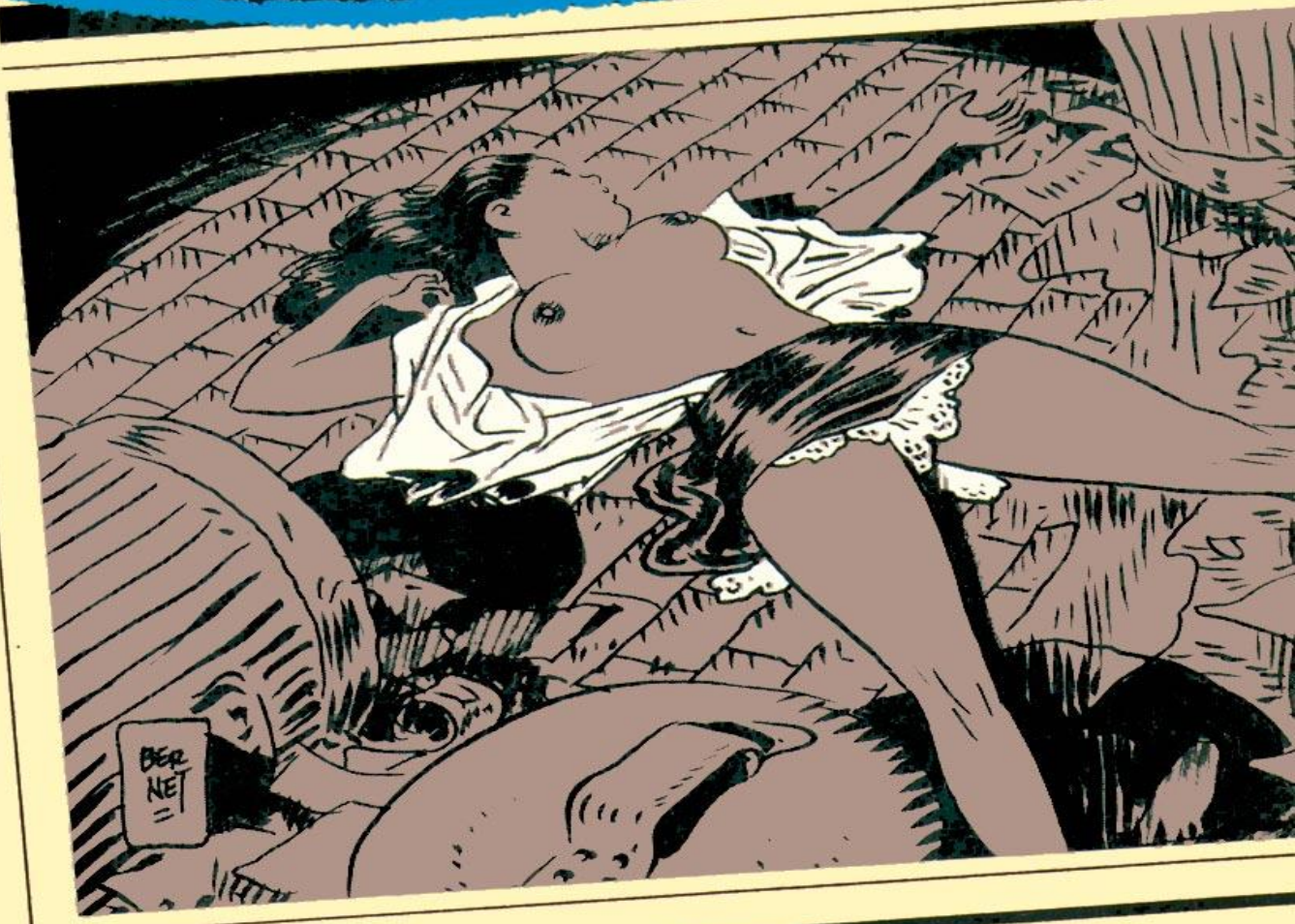
DAVID GOODIS

LA CALLE DE LOS PERDIDOS

(Street of the Lost)



El tema de la violación, tratado por el autor de FUEGO EN LA CARNE

LA GENUINA NOVELA NEGRA

BLACK

David Goodis, autor de SENDA TENEBROSA, CALLE SIN RETORNO y DISPAREN CONTRA EL PIANISTA

Unánimemente considerado por los principales expertos como uno de los más grandes autores de novela negra, David Goodis ha sido objeto, en los últimos tiempos, de sucesivas ediciones españolas. Pero aún quedaban inéditas algunas de sus mejores obras. La colección **BLACK** ha presentado ya *Fuego en la carne* (acompañada de un microdiccionario sobre el novelista) y ofrece ahora *La calle de los perdidos*, que en 1983 fue adaptada al cine por Gilles Behat con el título *Rue Barbare*, en España *El más salvaje entre todos*.

Otras novelas de Goodis con versión cinematográfica son *Senda tenebrosa, Al anochecer, Rateros, Disparen contra el pianista, Viernes negro*, y *Calle sin retorno*, llevadas a la pantalla respectivamente por Delmer Daves, Jacques Tourneur, Paul Wendkos, François Truffaut, René Clément, y Samuel Fuller. A su vez Goodis trabajó como guionista en Hollywood a lo largo de los últimos años cuarenta. La sección que cierra cada volumen de esta colección, Documentos **BLACK**, incluye en el presente caso una cronología-bibliografía-filmografía de este importante novelista.

La calle de los perdidos figura entre sus obras maestras. Narra la dramática lucha de un solitario contra un cacique del lumpen urbano a partir de que la violación continuada de una muchacha le decida a intervenir en un mundo corrupto bajo el amparo de una policía venal. El desarrollo del combate adquiere precisos significados de corrosiva parábola política en una época dominada por el maccarthismo y la guerra fría.

OceanofPDF.com

David Goodis

La calle de los perdidos

La genuina novela negra - 12

ePub r1.0
Titivillus 30.01.2023

OceanofPDF.com

Título original: *Street of the Lost*
David Goodis, 1952
Traducción: Lorenzo Cortina
Dibujo portada: Jordi Bernet

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OceanofPDF.com

A LA LUCHA FINAL

Cuando estalló la guerra española, David Goodis era todavía un *teenager*. Había cumplido recientemente los diecinueve años. Sin embargo, encaraba ya la vida desde un racional ángulo de compromiso ético. Así se podría observar, al cabo de poco tiempo, en su primera novela, *Retreat from Oblivion* (cuyo título significa «retiro del olvido»). Y en ella se dedicaba notorio espacio a la participación de las Brigadas Internacionales en el conflicto aludido.

Líder estudiantil en el colegio y en la universidad, el juvenil Goodis destacaba por sus iniciativas y actividades intelectuales, que incluyeron un precoz debut en la escritura profesional. Se sentía, en comunión con sobresalientes tendencias de los sectores culturales americanos, parte del universo, con una misión concreta e ineludible a desempeñar en el área propia. Mucho después, en 1952, esta postura quedaría expresada mediante una regla moral que aparecía en boca de un personaje de la presente novela, *The Street of the Lost (La calle de los perdidos)*: «Ningún hombre en todas partes. Cada hombre en alguna parte». Era lo contrario al egoísta aislacionismo que prevalecía en Estados Unidos durante el lustro anterior a Pearl Harbor. Un lustro herido desde sus mismos inicios por la agresión fascista en España.

Ante la noticia de que se alistaban voluntarios para combatir en aquel país contra los militares sublevados, Goodis convenció a un amigo para que le acompañara en autostop desde Filadelfia hasta Nueva York y asistir allí a un acto en solidaridad con el pueblo español que combatía en defensa de la democracia. Probablemente la descripción del mitin antifascista en el séptimo capítulo de *Retreat from Oblivion* corresponde a la experiencia vivida por los dos jóvenes tras culminar su viaje.

Entre paréntesis hay que recordar el rechazo generalizado de opinión pública y esferas oficiales a la causa de los republicanos españoles, agredida reiteradamente en aquellos días desde las principales cadenas de

prensa, la de Hearst y la de McCormick. Se llegó entonces a identificar al pueblo resistente con masas de comunistas y anarquistas que estaban prestas a destruir los valores de la civilización occidental, y el gobierno americano había prohibido el desplazamiento de voluntarios (incluso de médicos y enfermeras) en ayuda de quienes defendían la República.

De ahí que en *Retreat from Oblivion* la idealista que llevaba a un ejecutivo al mitin en que tomarían la palabra diez miembros del batallón Abraham Lincoln (repatriados tras ser heridos en combate) le dijera a su acompañante, con relación a los promotores del acto: «Podrías pensar que se trata de una banda de terroristas barbudos, dispuestos a dejar caer una bomba sobre la Casa Blanca».

Parece ser que Goodis condujo a su amigo de Filadelfia hasta una oficina de reclutamiento de voluntarios, y que éste se enroló de forma inmediata; luego cruzó el Atlántico y falleció muy pronto en el campo de batalla. *Retreat from Oblivion*, escrita en aquel entonces, ofrece un ferviente homenaje al caído: necesariamente hay que reconocerlo en Tommy (marido de la chica que guiaba al protagonista al mitin), el cual aparece en cuatro capítulos con ambientación en los frentes españoles y muere allí tras serle amputada una pierna.

Philippe Garnier, en su espléndida biografía *Goodis - La vie en noir et blanc*, aporta considerable información sobre la permanencia del interés del novelista por las relaciones entre política y ética. Se observa esta tendencia en los persistentes esfuerzos de Goodis con destino a la preparación literaria de un filme prebautizado como *Up Till Now* (título que pudiérase traducir por «hasta ahora en pie»). Goodis pretendía reflejar las inquietudes de la nueva era atómica mediante un enfrentamiento de ideologías, del fascismo al comunismo, en el seno de una familia y de su círculo. A través de una carta, citada por Garnier, del 22 de abril de 1947, el productor Jerry Wald expresaba su entusiasmo a Jack Warner por el apoyo que éste había dispensado públicamente al proyecto: «Se diría que hayamos regresado a la gran época de la Warner, cuando pescábamos los temas en la tinta aún húmeda de los titulares de la prensa». Cabe subrayar que Wald fue uno de los guionistas del gran filme de Raoul Walsh *The Roaring Twenties* en

1939, y que luego produciría obras de género negro tan célebres como *La senda tenebrosa*, *Cayo Largo* y *Sin remisión*.

Pero el arranque de la caza de brujas con la primera sesión del Comité de Actividades Antiamericanas el 20 de octubre de 1947 frenó los preparativos de *Up Till Now*, y en diciembre se canceló definitivamente el proyecto. Jack Warner había tomado la postura que los inquisidores reclamaban a los magnates de la industria cinematográfica y, antes ya de que los textos de *Up Till Now* quedaran sepultados en los archivos, la compañía empezó a confeccionar su particular lista negra de colaboradores y a efectuar los despidos y cambios correspondientes.

Acabó entonces la carrera de David Goodis en Hollywood. También finalizó su período de novelista estrella, con ediciones en tapa dura y resonancia en los medios informativos. Años más tarde retomó *Up Till Now* y la obra inédita *The Boys from Yesterday* para llevar a cabo la novela *The Blonde on the Street Comer*, que se ceñiría retrospectivamente a mediados de los años treinta, abandonaría los confrontamientos ideológicos del guión susodicho, y constituiría un peculiar interludio en la narrativa negra del autor.

Se sabe que desde 1950 Goodis se encerró en Filadelfia, en el hogar paterno, y en los libros de bolsillo que carecían de repercusión en los círculos intelectuales. El análisis de las primeras novelas de su nueva etapa descubre un cierto predominio de la introspección en torno a problemáticas individuales, referidas sobre todo a conflictos de orden personal. Goodis se había inmerso en reflexiones y elucubraciones sobre su frustrada experiencia matrimonial de 1942-1943, y tanto *La chica de Cassidy* como *Of Tender Sin* reanudaban, en parte, las raíces temáticas de la novela de 1947 *Cuidado con esa mujer*. Sin embargo, aquellas obras de 1951-1952 inauguraban, en la producción goodisiana, los sombríos escenarios de los barrios bajos de Filadelfia, destinados a integrar el ámbito-eje de las tabulaciones del novelista. Y aquel marco era empleado seguidamente por Goodis para dar pie, en 1952, a una incisiva parábola política: *La calle de los perdidos*.

Por supuesto, cabe ignorar los antecedentes del autor y leer *La calle de los perdidos* simplemente como una negra historia del lumpen urbano,

repleta de sexo, violencia y degradación; basta, además, este punto de vista para que la novela parezca una de las obras maestras del creador de *Calle sin retorno*, *Disparen contra el pianista* y *Fuego en la carne*. Pero una lectura en profundidad revela dimensiones y niveles que acentúan la intensidad de los valores estéticos y sugieren una estructuración narrativa de acuerdo con las creencias más radicales de David Goodis.

La actitud del protagonista, Chet Lawrence, a lo largo de muchos años en una zona dominada por quienes detentan la exclusiva de la fuerza bruta ha sido la de mantenerse al margen. Ante su indiferencia y sus cuidados en no inmiscuirse, el cacique del área, Hagen, ha podido desarrollar un caudillaje de carácter fascista, bendecido además por los venales policías que hubiesen debido poner fin a ese régimen de terror. El culpable antiintervencionismo de Chet, ex combatiente del aire con latente agresividad y dotes para la lucha física, beneficia a Hagen, quien se enriquece con el negocio ilegal del alcohol, se divierte con el uso de la violencia sexual, y se protege mediante el sadismo de sus hombres de choque y la complicidad de la policía. Si se relaciona *La calle de los perdidos* con *Retreat from Oblivion*, aflora la analogía con el favor que la neutralidad oficial de Estados Unidos brindó al ejército agresor en la guerra española, sin impedir, además, que éste fuese abastecido por petroleros americanos y otros empresarios del mismo país. Brota también la conjetura de que Goodis hubiera querido referirse a la pasividad de múltiples miembros de la industria cinematográfica durante una caza de brujas que, en el momento de la redacción de *La calle de los perdidos*, arreciaba en función de las acometidas del senador McCarthy.

Y en el sórdido barrio de *La calle de los perdidos* ocurre, de repente, que Chet Lawrence se ve impelido a actuar; el detonante básico ha sido la violación, luego reiterada, de una muchacha oriental. A continuación, el retorno a los brazos de Bertha, con la que tuvo una lejana historia de amor frustrado, le hace dar el salto, narrado por Goodis de modo que lo erótico se transforma en reflexión moral. Chet advierte dónde está la razón: «Era como dar un golpe al Tiempo y borrar todos aquellos años de haber estado más muerto que vivo». El sacrificio heroico de un negro ya maduro, Sam, constituirá el acicate definitivo.

Los habitantes del barrio ven al desencadenado Chet como un peligroso cruzado y temen que destruya la forma de vida a que les ha acostumbrado la dictadura de Hagen, una forma de vida que consideran su privilegio, «la clase de infierno que les hacía olvidar todos los demás infiernos de las arruinadas viviendas, los harapos en vez de ropas, y sus perdidas esperanzas». No obstante, sucede que el terror fascista sobrepasa los límites rutinarios, y emerge en consecuencia una solidaridad (el valor más enaltecido por David Goodis a lo largo de toda su obra) que ya había apuntado en diversos impulsos individuales. Llega entonces la hora de unirse los parias de la tierra. La hora de la lucha final.

JAVIER COMA

OceanofPDF.com

CAPÍTULO PRIMERO

A las diez y diez, en Ruxton Street, la muchacha china estaba tendida de espaldas en la cuneta de la calle. Abrió los ojos, miró hacia la luna de abril y vio cinco lunas. Éstas eran de color lavanda y se alzaban en el cielo, como unas rebotantes pelotas de goma. La muchacha intentó levantarse, pero cayó hacia atrás y gimió. Sentía un intenso dolor en el brazo izquierdo, y se preguntó si lo tendría roto. Luego percibió el otro dolor y cerró los ojos con fuerza al tiempo que se mordía los labios. Comenzó a confiar en estar moribunda y en que todo se acabara pronto.

Entonces escuchó unas pisadas que se aproximaban, abrió los ojos de nuevo y vio al hombre. Éste no se había percatado de su presencia. Andaba cabizbajo, y recorría la acera con paso lento y cansino. La chica se incorporó apoyándose en un codo. Su movimiento atrajo la atención del hombre, que frunció levemente el ceño. A continuación miró con expresión desaprobadora, como si dijese: «Otra fulana borracha, a la que le está bien merecido todo lo que le ocurra».

La mujer se percató de que el hombre no tenía la menor intención de ayudarla. Iba a pasar por su lado aún con el ceño fruncido. La chica esbozó una tonta sonrisa, sin emitir el menor sonido. Está bien, déjame morir aquí, déjame morir.

El hombre se detuvo. Se volvió hacia la muchacha y se aproximó. Ella vio que llevaba un mono de trabajo y que su rostro aparecía tiznado de grasa. Era un hombre bastante robusto, y aparentaba tener treinta y pocos años. Su cabello era de un rubio pálido, denso y reluciente, con unos mechones mal peinados. Tenía los ojos grises y, bajo las manchas de grasa, su rostro se veía rojizo. La muchacha china se percató de que llevaba casco de soldador con mascarilla.

El hombre se detuvo junto a ella, sin hacer ningún ademán para ayudarla a incorporarse.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Me han asaltado.

El hombre se inclinó un poco para mirar su rostro más de cerca. Comprobó que no estaba beoda. «No es una fulana», se dijo.

La cogió por los brazos y empezó a alzarla. La joven hizo una mueca y de nuevo se mordió los labios. Él se dio cuenta de que se tocaba el brazo izquierdo.

—¿Está roto? —preguntó.

Ella se examinaba el brazo. Lo hacía de una forma profesional y entonces él se percató de que llevaba zapatos y medias blancas. Su falda era de color azul oscuro y su blusa también blanca.

—No —respondió ella—. No está roto. Sólo son hematomas.

Se subió la manga y el hombre pudo ver los moratones por encima del codo.

La ayudó a caminar por la acera y la hizo sentarse en el umbral de madera de una casa. La joven comenzó a llorar. Su llanto no emitió sonido alguno, pero se cubría los ojos con las manos y él vio la humedad entre los dedos. Los hombros le temblaban, y percibió cierta dignidad y orgullo en aquellos sollozos. Tragaba saliva con fuerza y realizaba un gran esfuerzo por dominarse.

Chester Lawrence dio media vuelta mientras pensaba: «Lo mejor que puedo hacer es dejarla ahí y que se las apañe por sí sola». Comenzó a alejarse, mas luego regresó.

—¿Vive por aquí? —preguntó.

Ella asintió.

—Yo también… —prosiguió él. Entonces frunció el ceño—. ¿Y cómo no la había visto antes?

La china tenía un pañuelo en la mano. Se estaba enjugando los ojos.

—Sólo llevo aquí una semana.

—¿Dónde se aloja?

—Con mi tío. El lavandero.

Plegó el pañuelo y se lo metió en el bolsillo de la falda.

—¿Le conoce?

—Sí —repuso Lawrence.

Se metió la mano en un bolsillo y sacó una cajetilla de cigarrillos. Ofreció uno a la chica; ella le dio las gracias, aunque lo rechazó porque, según dijo, no fumaba. El hombre se encendió uno.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó él.

Ella intentó sonreír.

—Me encontraré mejor después de estar un rato sentada.

—¿Quiere que avise a su tío?

—No. Por favor, no. No quiero que lo sepa.

—Tal vez necesite un médico.

Ella meneó la cabeza.

—Pronto me encontraré bien. Es la conmoción sobre todo. Ya estoy saliendo de ella.

Lawrence aspiró el humo con fuerza.

—Sería mejor que me dejase llevarla a su casa.

—No —replicó la chica—. Mi tío trabaja hasta tarde. Deseo caminar sola.

—Deberá entrar por la puerta de atrás. Está sucia por todas partes. Mírese la falda.

Ella bajó la vista hacia la prenda. Aparecía rasgada y manchada con el agua sucia del arroyo, del limo del callejón al que el otro hombre la había arrastrado. Volvió a sentir aquella mano sobre su boca, oyó su risilla, como cabritilla rasgada, y la ronca voz que susurraba:

—Sé buena ahora, ya, sé buena…

Luego alzó la mirada hacia Lawrence y vio la forma en que él permanecía allí de pie, tímido, incómodo.

—Ya no le necesito —dijo—. Ha sido muy amable. Se lo agradezco.

Lawrence no replicó. Una vez más se volvió de espaldas. Luego echó a andar.

Pensó: «Sigue andando, sigue andando».

Anduvo más de prisa. Pasó ante un callejón donde hacía sólo un mes había visto golpear a un hombre hasta la muerte, sin que él hubiese movido un dedo para ayudarle. Pasó ante un solar, el escenario de incontables riñas y alborotos, y en el que su papel nunca había pasado de mero espectador. La Calle veía la sangre de alguien vertida casi cada noche de la semana, y

había transcurrido mucho tiempo desde el día en que decidió que esa sangre jamás sería la suya. Entonces sólo tenía quince años y trató de detener una pelea entre un sueco y un griego. Aquélla había llegado al estadio de las navajas y, cuando se acercó a ellos, los dos se lanzaron contra él. Le rajaron el vientre. Permaneció tres meses en el hospital. Mientras estaba tumbado, se hizo el firme propósito de mantener una política de estricta neutralidad en todos los asuntos de la Calle. Tenía la intención de que aquella maldita y apestosa calle jamás volviese a alcanzarle. Y no fue porque los vendajes le causasen prurito y el estómago le ardiese. De hecho, tenía muy poco que ver con eso. Ni siquiera estaba encolerizado con los navajeros. El enemigo era la Calle.

Pues Ruxton Street era como aquellas grandes serpientes que viera en una ocasión en el zoo. Todo lo que encontraban lo engullían.

E incluso parecía una serpiente. Su cabeza empezaba en los almacenes, pasaba a Eight Street, luego se curvaba, cruzaba Seventh Street y ondulaba de nuevo hacia el este de Sixth Street. Corría en línea recta unas dos manzanas, luego hacia otra curva, hasta que su cola acababa en un callejón sin salida, ante los muros de un almacén.

Y relucía y brillaba como una serpiente. Las aceras de Ruxton Street estaban siempre húmedas de saliva, flemas y orines, amén de vino y whisky derramados y productos de los grupos electrógenos caseros. Por los bordes de la calzada corría agua sucia.

Era una calle de casitas de madera y viviendas decadentes, de ventanas rotas y puertas astilladas. Con tres salas de billar, cuatro cervecerías e incontables tabernas donde se vendía licor ilegalmente y se hacían partidas de cualquier clase de juego. Pero su política al respecto se había mantenido firme, y había conseguido permanecer apartado de todo eso. Incluso se había conservado lejos de las camas donde las mujeres de todos los tamaños se vendían más baratas que en cualquier otra parte de la ciudad. Mantuvo las distancias y consiguió no mirar cuando llamaban a sus ventanas o silbaban bajito desde los oscurecidos portales.

Tenía profundamente arraigada en su mente la idea de que la Calle nunca llegase a alcanzarle. Al igual que el conocimiento de que jamás se marcharía de ella. Era como caminar por una inacabable cuerda floja por

encima de la enorme serpiente que se arrastraba tras él, siguiéndole el rastro, en espera de que se cayera. En muchas ocasiones había intentado alejarse de aquella cuerda, marcharse de la Calle, pero siempre algo le había hecho regresar. Unas voces parecían decirle: «Estás aquí atrapado, compañero, atrapado, con muchas obligaciones».

Siempre, alguien dependía de él. Al principio había sido su madre, viuda. Más tarde, su hermana inválida. Después de que ellas muriesen, durante algún tiempo pareció que se había quedado libre. Pero, antes de que supiera lo que ocurría, se encontró casado con la flaca muchacha que vivía en el primer piso de una casa, tres portales más lejos.

Y allí era donde vivía. Con una mujer que era más una carga que una esposa. Además de un trío de cuñados que no contribuían ni con un céntimo. Seis noches a la semana, tras soldar vías de ferrocarril, regresaba a casa agotado para verlos allí sentados, con los ojos inyectados de sangre después de haberse bebido los cheques de sus pagas. Algunas noches regresaba con el deseo de tener un martillo pilón. Siempre tenía la sensación de que alguna de esas noches regresaría con uno de ellos, una piqueta o una herramienta similar, y aplastaría todo aquel podrido tinglado.

Siguió andando por la Calle. Cruzó ante un callejón, cualquier callejón, bajó por Sixth Street, luego la Fifth Street, anduvo la mitad de una manzana de viviendas de tres pisos y llegó al destartalado portal donde su mujer, Edna, le aguardaba sentada.

Estaba allí, con un cigarrillo entre los labios y una botella de soda casi vacía encima del regazo. Una de sus medias aparecía caída en su delgada pierna. Su arrugado vestido dejaba ver su piel en el talle. Era una mujer muy delgada, de veintinueve años, aunque parecía mucho mayor, muchísimo mayor. Y, desde luego, tampoco intentaba hacer nada al respecto. Ni siquiera se pintaba. Apenas se veía una traza de color en su enjuto rostro.

Alzó la vista hacia Lawrence. Pero él no la miraba. Lo que contemplaba era una ventana rota y escuchaba los ruidos de una pelea que se desarrollaba en el primer piso.

—¿Quién ha roto el cristal de la ventana? —preguntó.

—Mi hermano.

—Uno de estos días le romperé la cabeza.

Comenzó a subir los escalones. Edna le tiró de una manga.

—No te metas en esto, hazme el favor. No te metas, por favor.

—¿Y por qué no? Escúchales. Van a tirar las paredes abajo.

—Siéntate, Chet. Siéntate conmigo.

Él se sentó a su lado. Edna le puso la mano en el regazo. Pero él no lo sintió.

—¿Estás cansado? —preguntó ella.

—Muerto…

—Estarás hambriento.

—Esperaré un poco.

—Chet, ¿tienes diez dólares?

Él se la quedó mirando.

—¿Para qué?

—Mi padre ha de pagar una multa.

El rostro masculino se endureció.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Le atraparon jugando a los dados en Third Street.

—¿Y dónde se encuentra ahora, en la cárcel?

La mujer asintió.

—Estupendo… —dijo Lawrence.

—Chet, por favor…

—No. Que se vaya al infierno.

—Chet, es un viejo…

—Es más joven que yo. De la forma en que hace las cosas, tiene menos de treinta años.

—Pues ha cumplido setenta y dos —declaró Edna.

—Y si los buenos muriesen jóvenes, él viviría hasta los mil.

Edna se quitó el cigarrillo de la boca. Se quedó mirándolo, se lo llevó de nuevo a los labios y aspiró con fuerza.

—No es tanto —dijo—. Sólo diez dólares.

—Siempre son sólo diez dólares. O cinco. O quince. Maldita sea, siempre es algo… ¿Por qué no aprende a portarse bien?

La mujer no replicó.

—Y tú… —prosiguió Lawrence—. Lo que me saca de quicio es que no parece preocuparte.

Ella se encogió de hombros. Sus ojos reflejaban tristeza.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Habla con él. —Y luego añadió, señalando a la destrozada ventana—: Y todos los demás. Habla con ellos.

—Ya lo he hecho —repuso la mujer—. Sólo he hablado y hablado. ¿Y todo eso de qué sirve?

Él no tenía respuesta. La mano de la mujer le apretó la rodilla aún con más fuerza, pero él siguió sin notarlo. En su cerebro no había otra cosa que una corriente de mal tiempo que no parecería el normal en abril. Sin importar el mes que fuese, para él era el grisáceo mes de diciembre cuando estaba sentado allí, en el portal, con Edna. Siempre era la misma sensación, una tensa tirantez en el pecho, algo que se le pegaba a la garganta y un peso que parecía tirar de sus ojos. Algunas noches le parecía que ya no podía soportarlo, y lo único que deseaba era arrodillarse en la acera y dar puñetazos contra el cemento.

Se trataba de una mezcla de oscuros recuerdos con un palpitante arrepentimiento. Aquello se remontaba a ocho años antes, el día en que había caído en esta miseria, el día en que se había casado con ella. Por lo general, conseguía mantener difuminados esos recuerdos, sin escenas, sin detalles. Pero ahora, por una razón u otra, acudían a su mente todos los acontecimientos que condujeron a ese matrimonio; a continuación, la boda en sí; luego, de nuevo las razones, y, otra vez, la boda. «Maldita sea —pensó—. Es como recordar tu propio funeral».

Oyó que Edna le hablaba.

—¿Qué ocurre, Chet?

—Nada. Pensaba…

—¿Acerca de qué?

«De ti y de mí», quiso decir, mas no respondió.

—Pareces muy desanimado —comentó Edna.

Lawrence suspiró con fuerza.

—Sólo estoy cansado, eso es todo. —«Cansado no es la palabra exacta, colega», pensó. Se dijo a sí mismo que ya habían pasado nueve años y que

pronto serían diez ya.

Y luego todo continuaría hasta que transcurriesen diez más, y después otros diez. Pero en todo aquello existía un raro consuelo, puesto que, al añadirse, las décadas significarían que algún día sería un anciano y todo aquello carecería de importancia. Sonrió con amargura por dentro. Aquélla era una maldita manera de considerar la vida. Allí sentado, con treinta y cuatro años, y deseando tener noventa. En realidad era una especie de suicidio, eso es lo que era…

Oyó a Edna decir:

—¿Quieres dar un paseo?

—¿Adónde?

—A cualquier sitio. Demos una vuelta por ahí.

Él se la quedó mirando. Era una buena chica. Con tantas obligaciones como tenía, lo hacía todo lo mejor posible. Casi le gustaba su mujer. No era culpa suya el que la hubieran fabricado como un palo de escoba. Y tres abortos ya. Tampoco ella tenía la culpa. Tal vez fuese mejor así. Todos los niños que nacían en la Calle crecían hacia abajo en vez de hacia arriba.

—Muy bien —repuso, y se levantó de los escalones—. Iremos a «Sam’s». Cenaré allí.

—Hay cosas en casa.

—No. Quiero algo en casa «Sam’s».

Echaron a andar con lentitud, encaminándose hacia el iluminado letrero de aquel figón que permanecía abierto las 24 horas del día. Ella enlazó la mano con la de su marido, y él sintió aquellos delgados dedos que carecían de toda calidez. Daba la sensación de sostener en su mano un guante lleno de algodón. Andar con ella era igual que caminar con una chiquilla extraviada, llevándola a algún sitio, a cualquier sitio, limitándose uno a permanecer con ella porque se había perdido, estaba indefensa y dependía para todo de él.

Podía oír la voz de su madre, enterrada hacía tanto tiempo, que decía:

—Vela por ella, Chester, es una chica dulce, tan agradable y tranquila… ¿Por qué no la sacas a dar un paseo?

Y le ponía una moneda de diez centavos en la mano. Para dos cucuruchos de helado.

Así que había salido afuera, con sus once años, al tiempo que decía a la niña de seis años:

—¿Quieres que demos un paseo?

Al instante, ella empezó a adorarlo.

—¡Claro! ¡Cómo no! —había respondido ella, casi a gritos.

Anduvieron hasta la pastelería, donde él compró los cucuruchos. Luego fue otra primavera, y su madre le dio un billete de dólar y él llevó a Edna Blake al circo. Los años siguieron pulverizándose a través del negro túnel de maravillas de los que estaban hechas las niñitas, y Edna se sentaba sola en su portal mientras que él daba vueltas por allí con Tillie y Bertha, y Greta y Helene, y regresaba a la casita donde una mujer de piel negra le cobraba cincuenta centavos y le decía que era un chico estupendo y maravilloso y que, algún día, sería un marido fuera de serie. Luego habían transcurrido más años, y más años, y ya tenía veinticinco, y servía en Aviación Naval, como ametrallador en un bombardero, «Ventura». Llegar a casa de permiso y ver a Edna Blake sentada sola en el umbral de su casa. Era un sábado por la noche y le preguntó qué hacía. Ella le respondió que no tenía nada que hacer. Le dijo que sentía mucho lo de la hermana de él, que se estaba muriendo, y el muchacho replicó que sí, que era algo muy malo, pero que no se podía hacer nada y, de todos modos, Carol llevaba sufriendo demasiado tiempo y que ahora sería mejor que se muriera.

—Sí —dijo ella—, ésa es una manera de ver las cosas.

Él le preguntó si le agradaría dar un paseo.

«Oh, gracias a Dios», parecieron decir los ojos de la chica.

Y anduvieron por la Calle hasta la pastelería, donde él compró un par de gaseosas de lima. Luego regresaron por la Calle, todo el camino hasta los almacenes de embarque. Él dijo que le gustaría mirar los trenes. Edna le preguntó la razón, y él le respondió que comenzaba a odiar los aviones y que sólo quería ver de cerca trenes. Por lo tanto se fueron a los muelles de embarque y él se pasó el rato observando los trenes. Pero el lugar donde se encontraba, de pie junto a ella, estaba iluminado por la luz de la luna, y él volvió la cabeza, miró a Edna y notó la forma como la chica le observaba. Vio que su cabello se movía grácil en aquella brisa de abril, y que sus ojos brillaban; en aquel momento, de repente, se había convertido en una chica

bonita. Cuando él la rodeó con sus brazos, Edna se aferró a él. Durante un instante pensó en las chicas de la isla y se dijo que la muchacha estaba demasiado delgada. Pero la presión del cuerpo de ella era apremiante y le decía:

«Deséame, Chet, deséame, por favor, deséame».

«Claro que la deseas…», susurraba la luna de abril.

Por lo menos esta noche.

Se alejó con ella de los muelles de carga y anduvieron unos cuantos metros por Ruxton Street. Llegaron a la puerta del primer piso. Él deseaba saber si el padre y el hermano de ella se encontraban en casa. Ella dijo que no y luego lo observó con una mirada de curiosidad.

—Vamos, entremos… —dijo él.

Edna meneó la cabeza. Tenía los ojos abiertos como platos. Él probó la puerta. Estaba abierta. Edna seguía moviendo la cabeza mientras entraba. Él la siguió. Y la luz de la luna, a su vez, le siguió a él.

La luz de la luna se derramó por el sofá donde él acariciaba a Edna.

—Por favor, Chet —pidió ella—, por favor, no lo hagas.

La lengua de él se abrió paso entre los dientes femeninos.

—No —repitió ella.

Por lo tanto, él apartó la mano. Se dijo que debía levantarse del sofá y comenzó a ponerse en pie; pero, de repente, los brazos de la muchacha se aferraron a su cintura, vio el vehemente deseo en sus ojos, y escuchó cómo se le aceleraba la respiración.

Todo aquello se mezcló hasta constituir una señal de que Edna le hacía saber que, realmente, lo deseaba.

La luz de luna relució con un brillo aún mayor sobre el rostro de la muchacha.

Y él oyó cómo le decía:

—Nunca lo he hecho antes.

Él esbozó una mueca. Se preguntó si no le estaría mintiendo. Silenciosa, tímida y frágil como era, seguía en pie el hecho de que eso le ocurría a una chica de Ruxton Street. En Ruxton Street, no había muchacha alguna que fuese inocente después de los quince años, a menos que la mantuvieran encadenada en un sótano.

—Soy pura —dijo, con mucha timidez, casi como si de una confesión vergonzosa se tratara, algo de lo más bobo en una chica de veinte ser una estricta doncella.

La verdad de aquello fue una lanza que se hundió dentro de él, salió y le penetró de nuevo. Para impresionarle con el hecho de que aquello no iba a tratarse de un placer rutinario. O tal vez fue un poco más allá, para prevenirle respecto de las consecuencias. Por ello, la punta de la lanza era como un semáforo en rojo.

Pero la luz de la luna le decía:

«Lo hará, tarde o temprano, y será mejor que le ocurra contigo».

Los brazos femeninos le rodearon. Edna comenzó a emitir sonidos de frenético deleite. Luego los sonidos se hicieron cada vez más fuertes, y él supo que la estaba lastimando. Intentó detenerse. Pero ella no se lo permitió.

Los brazos de la joven se aferraban a él como si de fórceps se tratara. El cerebro del hombre se quedó en blanco mientras la luz de la luna se convertía en un payaso anónimo, de pie detrás de él, y le daba cariñosos codazos.

Cuando al fin él se retiró, agotado, escuchó el ruido que hacía la puerta principal al abrirse; dio un respingo y vio cómo aquellos dos sabuesos borrachos, el padre y el hermano mayor, entraban en la casa.

Se quedó mirando hacia la cocina, a la puerta trasera que daba al callejón. Todo cuanto tenía que hacer era atravesar la cocina a la carrera, abrir la puerta y salir pitando. Pero oyó que la chica pronunciaba su nombre, y aquello fue como una red que se cerrase en torno a él y lo aprisionara en la sala de estar. Luego, ella miró a los sabuesos beodos, de pie, en el otro lado de la estancia, y que se observaban el uno al otro, como si se imaginasen que el alcohol le estaba jugando una mala pasada a sus ojos.

El padre estaba diciendo:

—Enciende la luz. Veamos qué ocurre aquí.

El hermano se apoyó en la pared en busca del interruptor, lo encontró y un brillo amarillento surgió de las tres bombillas del techo, para mostrar a

Lawrence, con los hombros hundidos y la cabeza baja, y a la chica sentada en el sofá.

Lawrence permaneció de pie, en espera de que lo golpeasen. Miró al padre y al hermano y sus ojos dijeron:

«Muy bien, dadme la paliza y acabad ya. Cualquier cosa que hagáis, me la merezco».

Pero todo cuanto hicieron fue parpadear por el resplandor de la luz del techo, con el hermano exhibiendo una sonrisa idiota y el padre diciendo con tono reflexivo:

—Vaya…, ¿sabes de qué va la cosa? Ella se ha atrevido al fin y lo ha hecho.

—Maldita sea si no lo ha hecho —repuso el hermano.

—Ya era tiempo —siguió el padre—. Tenemos que remojarlo con un trago. Esta noche mi hija se ha convertido en una mujer. Lo ha hecho y ha conseguido a un hombre.

El hermano asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

—Es exactamente lo que ella necesitaba.

No hubo más comentarios. Los dos sabuesos borrachos se encaminaron a la puerta delantera y salieron de la casa. Edna comenzó a reírse. Se levantó del sofá y siguió riendo de una forma estrepitosa, salvaje, ahogándose con sus risotadas. Lawrence se arrodilló a su lado, acariciándole las muñecas, mientras intentaba decirle algo, aunque incapaz de conseguir que las palabras pasasen a través de sus labios.

Pero, en realidad, no necesitaba decir nada. Los ojos de Edna eran los que llevaban toda la conversación.

Decían:

«¿Ves cómo van las cosas, Chet? No tengo a nadie que cuide de mí. Ahora no puedes dejarme, no puedes, no puedes dejarme en absoluto».

Y una voz en el interior de él decía:

«No puedes dejarla. Ahora te necesita; tendrás que quedarte con ella, quedarte con ella, quedarte con ella…».

Tres días después se encontró casado.

Y ahora, al pensar en aquel momento en que colocó un anillo en el dedo de Edna, sintió de nuevo la espantosa presión de entonces, como si llevase

unas pesas de hierro encima de los hombros y una cadena de hierro alrededor del cuello. No había oído pronunciar las palabras que le decían que estaba casado, sino sólo el apagado crujido de una puerta que se cerraba delante de él y lo apartaba de cualquier escalera de salida, manteniéndole atrapado allí, en Ruxton Street.

—¿En qué piensas? —preguntó Edna.

—En nada —musitó él—. En nada.

Siguieron andando y llegaron a «Sam's». Abrió la puerta a Edna, ella entró en el restaurante y él la siguió. Sam se encontraba solo; era un hombre de color, alto y delgado, de casi sesenta años, que llevaba una gorra de jockey negra y verde, y que estaba escuchando *Big Daddy, don't you leave this little gal* en la máquina de discos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

Era un restaurante muy pequeño. Sólo había cinco taburetes junto a la barra. Y tres mesas. Sam era el único que lo regentaba, y siempre se estaba quejando acerca de las agencias de empleo, que no cesaban de prometerle que le enviarían una camarera y jamás lo hacían. Cuando el local estaba en horas punta, y la gente intentaba meterle prisa, Sam les decía que dirigiesen sus quejas a la agencia de empleo que le había prometido una camarera.

Sam salió de detrás de la barra. Señaló una mesa y dijo:

—Ésa de ahí es una bonita mesa.

—¿Qué mesa? —le preguntó Lawrence.

—La número tres —respondió Sam—. Es para los clientes especiales.

—¿Varía la comida en cada una de las mesas?

Sam se quedó callado durante un momento, y luego repuso:

—Veréis, el servicio es más rápido. Está al lado de la cocina.

Lawrence se sentía ya un poco mejor. Siempre se animaba cuando iba allí y mantenía alguna discusión con Sam. Estaba muy orgulloso de Sam, y le respetaba, porque era uno de los pocos ciudadanos de Ruxton Street que siempre se portaba bien. Sin embargo, no solía sonreírle, y Sam jamás le sonreía a él. En realidad, Sam jamás le sonreía a nadie.

Edna se sentó a la esa número tres. Lawrence se acercó al *jukebox* y metió una moneda de diez centavos. Cuando apretó las palancas, no miraba los títulos de las canciones. Lo hacía a través de la ventana, a la muchacha china que se encontraba al otro lado de la calle. Andaba muy despacio. Su mirada estaba fija al frente, y él comprobó que aún le quedaba media manzana por recorrer hasta llegar a la casa de su tío. A la velocidad que ella avanzaba, Lawrence estimó que tardaría sus buenos diez minutos en hallarse en la lavandería. Mientras la observaba, la chica vaciló, empezó a desplomarse; primero cayó sobre una rodilla, después sobre ambas, y se quedó allí. Lawrence se dijo a sí mismo que debería salir a ayudarla. Luego se replicó que aquello no era de su incumbencia, y se apartó de la ventana.

Entonces vio a Sam, que se apresuraba a su lado, abría la puerta y salía a la carrera. Atravesó la calle y levantó a la chica del suelo.

Oyó cómo Edna decía:

—¿Qué ocurre ahí?

—Nada —musitó él—. Sigue donde estás. No ocurre nada.

Sam estaba hablando con la chica. Durante un momento, la china se apoyó contra él, luego se echó hacia atrás y pareció que respiraba hondo. Hizo un ademán a Sam y siguió andando sola por la calle. Lawrence se aproximó a la mesa y se sentó frente a Edna. Sam regresó momentos después y se situó detrás de la barra; tenía una expresión airada y se dio unos golpecitos en la visera de su gorra de jockey, embutiéndosela mejor en la cabeza.

—¿Qué ocurría, Sam? —preguntó Edna de nuevo.

El negro llevó a la mesa cuchillos, tenedores y cucharas.

—Esta noche hay un especial de jamón con berzas —dijo—. Sesenta centavos.

—¿Qué ha ocurrido ahí afuera? —inquirió otra vez Edna.

Lawrence medió:

—Yo quiero jamón con col. Y doble ración de pan y mantequilla. Y trae café. —Se quedó mirando a Edna—. ¿Y tú qué quieres?

—Sólo café —replicó ella—. Sin crema.

Lawrence tenía una servilleta en la mano. Se puso a frotar una de las cucharas.

—No hay necesidad de que hagas eso —le dijo Sam—. Aquí todo está limpio.

Lawrence dejó la cuchara, cogió el cuchillo y empezó la misma operación.

—Oh, deja eso —le dijo Edna—. ¿Por qué le haces enfadar siempre?

—Limpio los cubiertos con agua caliente —habló Sam con dureza—. Éste es un establecimiento que cumple las disposiciones de sanidad.

—Claro que sí —convino Edna—. No le hagas caso, Sam.

Lawrence se dedicó al tenedor.

—Mantengo el local lo más limpio que puedo —prosiguió Sam—. No tengo la culpa si algunos vagos vienen por aquí y lo ensucian. No puedo

bañar a los vagabundos.

Edna se echó a reír.

—Eso es. Díselo, Sam.

—Este vagabundo no se puede lavar aquí —intervino Lawrence—. Nunca tienes jabón.

El hombre de color se quedó mirando las mugrientas manos del soldador.

—Un jabón no quitaría todo eso. —Luego, añadió, refunfuñando—: Cuando pongo jabón, siempre lo roban. —Mientras se alejaba de la mesa, musitó—: Una pastilla de jabón cuesta veinticinco centavos, y vienen aquí a robarla.

Se metió detrás del mostrador y hurgó debajo de él. Sacó una pastilla de jabón y un par de servilletas de papel.

Luego le hizo una seña a Lawrence.

En el pequeño lavabo de detrás de la cocina, Lawrence se frotó el rostro y las manos. Vio que Sam había estado en lo cierto respecto al jabón; no podía quitarle tanta porquería. Volvió a enjabonarse las manos, con la idea de lavárselas por tercera vez, pero luego lo mandó todo al diablo. Estaba usando las servilletas de papel cuando la puerta se abrió y un hombre muy fornido entró en el servicio.

La inmensidad de aquel cuerpo se hallaba en relación más con la anchura que con la altura. Debía de pesar 120 kilos, por lo menos. Su talla, en cambio, era media, más o menos el metro sesenta y cinco. Llevaba una camisa deportiva negra de manga corta, con lunares amarillos; el cuello desabrochado mostraba parte de su velludo pecho. De rostro redondeado, tenía la piel aceitunada, casi amarillenta, y resultaba evidente que sufría del hígado. Sus labios eran muy llenos y su nariz, aplastada. Los ojos, en extremo pequeños, eran negros como las cabezas de unos alfileres de sombrero. Aquel hombre tendría unos treinta y ocho años; su ralo cabello era casi todo blanco. Se llamaba Matthew Hagen. En un tiempo, a los periodistas deportivos locales les había gustado el estilo boxístico de aquel Tony Galento. Llevaba alejado de los cuadriláteros unos diez años, y se ganaba la vida vendiendo bebidas alcohólicas caseras, libres de impuestos. Su modo de vida se avenía bien con la Calle.

—Hola, Chet —saludó.

Lawrence hizo un ademán. Se apartó del lavabo para dejar sitio a Hagen.

—¿Te puedes esperar un momento? —preguntó Hagen. Había cerrado la puerta y apoyaba la espalda contra ella. Sin esperar a que le respondiera, prosiguió—: ¿Te ha dicho ella algo?

—¿Quién?

—La chinita…

—¿Qué chinita?

Hagen sonrió. Las comisuras de sus labios se alzaron hacia arriba, como una carne llena de nervios se curva en una sartén.

—Hace un rato te he visto hablando con ella.

Lawrence dio un paso hacia la puerta. El otro no se movió. Lawrence ya no pudo dar otro paso porque habría chocado contra Hagen. Se colocó a un lado y no respondió.

El hombrón seguía sonriendo.

—Dímelo, Chet. ¿Qué te ha contado la chica?

—Nada.

Hagen alzó su gordezuela muñeca y se miró el reloj de pulsera, que tenía una caja con rubíes, así como los números de la esfera.

—Pagué un montón de dinero por esta cosa. Te dice la hora exacta. Y he comprobado cuánto tiempo has hablado con ella. Poco más de cuatro minutos. Y ahora estás aquí y me dices que ella no te ha contado nada.

Lawrence ya tenía preparada su respuesta:

—Sólo he hablado yo.

—No es cierto. Os estaba viendo. Y vi cómo ella movía los labios.

Dio la sensación de que aquellos ojos, que parecían unos alfileres negros, fueran a salirse del cojín grasiento que era el rostro de Hagen, girando lentamente hasta mirar con fijeza a Lawrence. Fue una mirada muy profunda y éste parpadeó. Tuvo la sensación de que un aire frío empezaba a entrar en el cuarto. Notó cierta rigidez en los músculos del cuello. Aquello no tenía la menor relación con lo que le había ocurrido a la muchacha china. Ahora sólo pensaba en sí mismo y en lo que le estaba sucediendo.

Miró más allá de la cabeza de Hagen, hacia la puerta.

—Ahí fuera me está esperando un plato caliente.

—Déjalo que espere —replicó Hagen—. Tenemos que hablar acerca de esto. Es muy importante.

—Para mí no, de veras. Sea lo que fuere, yo no tengo nada que ver con ello…

—Ése será tu punto de vista —repuso Hagen—. El mío es muy diferente…

Lawrence no contestó.

—Me estás haciendo conjeturar cosas, Chet —prosiguió Hagen—. Y una de las cosas que más aborrezco es jugar a las adivinanzas.

—Pues estarás jugando solo.

El hombrón se quedó mirando su prominente estómago. Lo metió un poco y luego lo dejó salir otra vez. Esbozó una tonta sonrisa, con una especie de tristeza.

—Estás metido hasta el tuétano…

Lawrence apretó los dientes.

—No eches leña al fuego, Matt. Déjame tranquilo. No quiero que me molesten.

La sonrisa aumentó.

—¿Y quién te está molestando? ¿Por qué te excitas tanto? No hay nada de qué excitarse… Todo lo que hacemos aquí es mantener una pequeña conversación.

Lawrence respiró con fuerza por la nariz. Empezó a rogarse a sí mismo el contenerse. Intentó hablar con calma.

—Mira, Matt. Ya te he dicho que la chica no me explicó nada. ¿Quieres dejar las cosas así?

—Claro —repuso Hagen—. Pero no puedo.

—Muy bien, no puedes. Pero yo sí.

—No, jefe…

La sonrisa se extinguía de nuevo.

—Tú mismo te has metido en este lío. Y ahora vamos a hablar al respecto, y eso no será culpa mía. Tal como han ido las cosas, yo me he presentado aquí y te he hecho una pregunta directa… ¿Y tú qué haces? Te muestras evasivo. Y eso me preocupa. No puedo evitarlo. Me inquieta…

—Yo tampoco puedo hacer nada.

—Pues hay una cosa que sí puedes hacer. Hablarme con franqueza. Cuéntame todo lo que ella dijo. Cada una de sus palabras.

Lawrence respiró de nuevo hondo. Vio cómo empezaba a brillarle el rostro a Hagen. No iba a decir nada. Pasó un rato y luego murmuró:

—Hazte a un lado, Matt.

Hagen se apoyó con más fuerza contra la puerta.

El único ruido en el cuartito era el de una respiración pesada.

—Muy bien, vamos a dejarlo por ahora —dijo Hagen al cabo de unos segundos—. Pero más tarde, por la noche, seguiremos hablando de ello. Quiero que te veas conmigo en «Bertha's».

Lawrence meneó la cabeza.

—Escucha lo que te estoy diciendo. Irás a reunirte conmigo en «Bertha's»…

—No. Verás lo que voy hacer. Me tomaré mi cena y me iré a casa a dormir…

—Eso es un plan muy seguro —replicó Hagen—. Excepto por una cosa. No has mencionado a «Bertha's».

—Es que no pienso acudir. No voy a ir para nada a «Bertha's».

—Claro que irás allí esta noche —respondió Hagen.

Se miró de nuevo el reloj de pulsera.

—Son las diez y treinta y tres. Te concederé veinte minutos para cenar. Otros cinco para que lleves a tu mujer a casa. Todo cuanto tendrás que hacer será cruzar la calle y te encontrarás en «Bertha's». Yo te estaré esperando allí. Llegarás a las once en punto…

Hagen se dio la vuelta, abrió la puerta y salió. Dejó la puerta abierta de par en par. Lawrence escuchó la fuerte música que procedía de la máquina de discos que se encontraba en la otra estancia. Decidió quedarse en el cuartito durante un minuto más o así. Alargó la mano, cogió el picaporte y cerró la puerta. Luego se dio la vuelta hacia el lavabo, dejó correr el agua y se lavó las manos de nuevo. Se las enjabonó bien y se las enjuagó; se las enjabonó y volvió a enjuagárselas hasta que tuvo la sensación de llevar una hora allí. Cogió las arrugadas servilletas de papel y se secó las manos, tras lo cual salió del lavabo.

Había más clientes en el restaurante. Una pareja de ancianos con atuendos de gitanos se sentaba a una mesa y tres chicas de color, con una pintura de labios brillante, comían sémola y mondongos fritos en la barra. Las muchachas intentaban enzarzar a Sam en una conversación. Sam las miraba ceñudo y no decía nada. Lawrence se acercó a la mesa donde Edna le aguardaba y se fijó en que Sam había colocado un plato hondo al revés encima de su plato llano, para que la comida se conservase caliente. Edna fumaba un cigarrillo y bebía su café cargado. Esperó hasta que Lawrence se sentase para preguntar:

—¿Te encuentras ya mejor? —Y le guiñó un ojo.

Él no respondió. Retiró el plato sopero de encima de su cena, y comenzó a comerse las berzas con jamón. Lo hacía con la cabeza muy inclinada encima del plato; trataba de concentrarse en los alimentos, aunque extrayendo de éstos muy poco sabor, a pesar de que se trataba de una comida muy bien cocinada.

Una de las chicas negras se puso de pie, fue hasta el *jukebox* e introdujo una moneda de 25 centavos. El casco de soldador que colgaba del respaldo de su silla golpeó los hombros de Lawrence y, cuando éste se volvió para apartarlo, comprobó que Sam lo miraba. Le devolvió la mirada. Un largo dedo hizo una seña a Lawrence mientras Sam salía de detrás del mostrador y se metía en la cocina. Lawrence se levantó y Edna le preguntó adónde iba. Le dijo que se había olvidado los cigarrillos en el lavabo. Se alejó de la mesa y entró en la cocina.

El hombre de color lo aguardaba allí. Le dijo poco más alto que en un susurro:

—Ten cuidado, tío.

Lawrence se dio la vuelta y miró hacia la puerta del lavabo. Estaba cerca del hornillo.

Luego Sam miró también a la puerta.

—He oído lo que Hagen te ha dicho. No pude evitarlo. Yo no quería hacerlo, pero mis oídos funcionan a la perfección. A veces desearía ser medio sordo. Estos oídos escuchan demasiado…

—Está bien —musitó Lawrence—. No se puede hacer nada. —Luego añadió aún más bajo—: Hagen no me preocupa…

Los ojos de Sam parecían lentes clínicas.

—Tío, no deberías decir eso. Tienes motivos para estar muy preocupado. —Se acercó un paso más—. Esa chica de ahí fuera, la china, ha sido atacada. Alega haber tenido un accidente. Pero no se trata de ningún accidente cuando una mujer camina como ella. Hay unas gotas de sangre en la acera. Luego miré en la calle y vi los lunares amarillos. De la camisa de veinte dólares de Hagen.

Lawrence se encogió de hombros, como si dijera:

«Está bien, así son las cosas que se refieren a Hagen, en especial en primavera, ya ha sacado tantas veces su faceta de semental que casi es una pérdida de tiempo pensar al respecto». Mas Sam lo sacó de aquella pista.

—Hagen me ha visto hablar con la chica. Pero ya sabe que a mí no me mata demasiado la curiosidad.

—Lo mismo me ocurre a mí…

—Hagen no está tan seguro acerca de ti.

—Pues debería estarlo.

—Pero no es así.

Se produjo un momento de silencio, y luego Lawrence añadió:

—Durante veinte años me he dedicado sólo a mis asuntos. He visto cómo la gente era apuñalada, golpeada con porras, cortada con cuchillas. Siempre me llamaban pidiendo ayuda, y yo me limitaba a darme la vuelta y alejarme. Nunca me he metido en nada. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando les veía agonizar en el arroyo.

—Ya lo sé, tío. —El tono de voz de Sam fue aprobatorio—. Ésa es la reputación que te has ganado. Pero una reputación es como un neumático. Rueda y rueda hasta que topa con un clavo.

—¡Por el amor de Dios! Todo lo que hice fue levantar a la chica y sentarla en un portal…

—Sí, eso fue todo lo que hiciste —contestó Sam—. Veinte años mandados al infierno…

—No puede ser así…

—Confío en que no —repuso Sam. Al instante, sus ojos se pusieron tristes—. Sigue mi consejo. Tendrías que estar asustado.

—¿Asustado?

Sam asintió, enérgico.

—Eso es lo que Hagen desea. —Su tono se volvió apremiante, grávido de sentimiento, como si aquello se tratara de un asunto familiar—. Haz lo que te digo. Deja que Hagen te crea muerto de miedo. Ésa es la única forma de salirse, el estar de veras asustado. No te mezcles con ese hombre. Es malo. Un auténtico demonio…

Lawrence sonrió.

—Cálmate, Sam. No lo pongas peor de lo que es.

Y, sin embargo, su sonrisa parecía forzada, como si unos ganchos la aguantasen en las comisuras de su boca. Pasó al lado de Sam y salió de la cocina. Regresó a la mesa y vio que Edna fruncía el ceño.

—¿Qué haces tanto tiempo por ahí? —preguntó.

—Sam me estaba contando un chiste.

—¿Y cómo es?

—Acerca de un neumático…

Se quedó mirando su plato. Aún quedaba algo de comida, pero ya no le apetecía terminársela. Tomó un poco de café, que le pareció como arena en la boca. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego abrió la cartera y colocó dos billetes de un dólar encima de la mesa. Comenzó a ponerse en pie y observó cómo Edna se quedaba mirando el dinero.

—No ha sido tanto… —dijo ella. Y alargó la mano hacia los billetes.

—Déjalos ahí —ordenó él, al tiempo que le apartaba la mano—. Vamos, tenemos que irnos.

Mientras salían, Edna iba diciendo:

—¿Y por qué te iba a contar Sam un chiste? Él nunca cuenta chistes…

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III

Iban andando despacio y Edna le explicaba algo, pero no la escuchaba. Cuando ella le hacía alguna pregunta, él musitaba un sí o un no. Finalmente, su mujer le preguntó en qué pensaba, y él no respondió. Edna le dijo que, a veces, era una persona difícil con la que hablar; que, en ocasiones, se preguntaba si algo andaba mal en él, no en el cerebro, sino en su actitud. Siguió comentando acerca de que él trabajaba demasiado duro en los muelles de embarque, y que era una pena que hicieran trabajar tanto a los hombres. Que lo que debería hacer, continuó, era trabajar en el primer turno y olvidar toda aquella rutina de hacer horas extras, y no darles más que las ocho horas diarias. Asimismo, le explicó que ya había llegado el momento en que los demás de la casa hiciesen algo más por la nevera y por pagar el alquiler, y que uno de esos días deberían sentarse todos juntos y charlar sobre eso. Dijo que estaba harta de la forma en que su padre y aquel hermano suyo se portaban, levantándose a las dos de la tarde y bebiendo vino durante el resto del día, y por la noche. Sin hacer otra cosa que beber vino con todos aquellos otros borrachínes. Y su cuñada… Era horrible la manera en que su cuñada daba vueltas por ahí, y su hermano, un completo idiota por dejarla comportarse así; debería hacer que le examinasen la cabeza. Los tres, su padre, su hermano y su cuñada parecían formar un equipo. Alzó la mirada hacia Lawrence y comprobó que no la escuchaba. Le pidió que, por favor, le prestase atención cuando le hablaba. Que aquello era lo menos que debería hacer. Se lo quedó mirando con mayor atención y le dijo que todas aquellas cosas tampoco estaban haciendo mucho más. Aguardó a que le contestase y, cuando él no lo hizo, decidió dejarlo correr; hablarían acerca de aquello más tarde, con las luces apagadas, cuando estuviesen en la cama. Luego lo rechazaría y le diría que le dolía la cabeza o la espalda, o cualquier otra clase de dolor, siempre tenía las excusas preparadas, las frases exactas. Pero, a veces, él se ponía furioso y, en ese caso, desde luego, debía dejarle. Sería maravilloso si pudiesen limitarse a

los besos. Eso era algo que le gustaba hacer con él. El aliento de su marido siempre olía de forma muy agradable y era una delicia el besarle y luego tumbarse y mirarle al rostro. Era muy atractivo. La boca estaba muy bien, así como la nariz, y los ojos, tenía unos ojos maravillosos. Era un deleite besarle y pasarle las manos por las orejas y por aquella cabellera, de un dorado plateado, que coronaba su cabeza, y besarle una vez y otra… Pero entonces él se excitaba… ¿Por qué tendría la sangre tan ardiente? ¿Por qué no podrían limitarse a los besos?

Se mordió los labios con fuerza.

—Ese café me ha dejado del todo despierta —dijo—. Supongo que me sentaré un rato.

Él no replicó.

—Me parece que leeré algunas revistas de películas —prosiguió ella.

Estaban cruzando Fourth Street. Algo destelló en su camino. Era un gato persiguiendo a otro gato.

—Sí, eso es lo que haré. Me sentaré durante una hora o así y leeré revistas de cine.

Continuaron andando y llegaron ante la puerta. Edna se quedó mirando el umbral de madera, se dio la vuelta y lo miró. Él estaba de pie, apoyado contra la jamba.

—¿Qué miras? —le preguntó Edna.

—Nada.

Se puso de frente a su mujer. Le tendió el casco de soldador.

—Toma. Lleva esto a casa.

—¿No entras?

—Aún no.

—¿Y a dónde vas?

—A ningún sitio. Me voy a sentar aquí durante unos minutos…

Ella se lo quedó mirando durante un momento, luego se encogió de hombros, subió los escalones, abrió la puerta y entró en la casa. Lawrence se sentó en medio de la escalera y permaneció un rato así, sin hacer el menor movimiento. Luego, con lentitud, introdujo una mano en uno de los bolsillos de su mono y sacó un gran reloj de bolsillo. Marcaba las once y

dos minutos. Metió otra vez el reloj en el bolsillo, se puso en pie y echó a andar para cruzar la calle.

A mitad de este recorrido, se detuvo.

Pensó:

«No, al diablo con él. No».

Se dio la vuelta hacia el portal de su casa, pero, en vez de entrar, siguió andando por el oeste de Ruxton, hacia Fifth Street.

Pensó:

«Lo que en realidad deberías hacer es continuar por aquí hasta los muelles de carga. Allí sale un tren a las once cuarenta, y todo lo que necesitas es subirte a un furgón, quedarte dormido, y, cuando te despiertes, te encontrarás a mil kilómetros de distancia. Eso sería lo más inteligente que podrías hacer».

Luego, cuando ya cruzaba Fifth Street, pensaba:

«Pero no lo harás. Eso es lo que un hombre inteligente haría, y tú no eres un hombre inteligente».

Bajó el bordillo y cruzó al otro lado de Ruxton Street. Se detuvo debajo de una farola y encendió un cigarrillo. Detrás de él, unos dedos dieron unos golpecitos contra la luna de una ventana. Se dio la vuelta y vio a las chicas gitanas que le mostraban los dientes con esperanzadas sonrisas. Durante un instante estuvo casi tentado de entrar a gastarse un dólar y oír lo que tuviesen que decir acerca de mañana, acerca del mes siguiente y del año próximo. Pero, por supuesto, le harían encontrar mañana una mina de oro, le doblarían el dinero al mes siguiente y le obligarían a vivir en un palacio el año siguiente. Saludó a las gitanas con la cabeza y echó a andar de vuelta hacia Fourth Street.

Pasó ante otra ventana donde unos dedos daban golpecitos. Era un marica que compartía su barraca de madera, por medio de un contrato de arrendamiento, con un hombrecillo de Venezuela. El venezolano trabajaba en el turno de noche en algún sitio, y el marica se sentaba allí, ante la ventana, mientras bebía ginebra en un vaso de agua, y aguardaba alguna clase de pisadas masculinas. Cobraba dos dólares lo cual era, en realidad, un buen precio.

Siguió andando. Más barracas de madera. Más dedos que repiqueteaban en las ventanas. Ese lado de la calle siempre estaba atestado en el mes de abril. Se volvió y miró los rostros femeninos que le sonreían que le decían:

«Te conocemos, te trataremos bien. Vamos, entra, Chester, no tienes nada que perder».

Pasó por delante de un solar sembrado de basura, en cuya parte central había un gran letrero que rezaba: «Absolutamente prohibido verter basura». Luego siguió por un callejón y pasó por delante de la choza de Tillking, el rompecabezas viviente de Ruxton Street. La mujer pesaba más de doscientos kilos, pero tenía más clientes que cualquier otra chica de la Calle. Había asistido a la escuela primaria con Tillie, y era la chica que se portaba mejor de la clase. Aquellos días se decía que los placeres que vendía estaban más allá de cualquier consideración. Y si alguien se mostraba curioso al respecto, el averiguarlo le costaba seis dólares.

Cruzó ante otro callejón y escuchó conversaciones en voz alta, palmadas; después pasó por delante de la iglesia del Espíritu Santo, donde los ancianos de color pedían a Dios que salvase a los pecadores, a todos los pecadores; pero, en especial, por sus hijos, que, en este mismo momento, estaban haciendo toda clase de cosas para ganarse unas monedas de diez o de veinticinco centavos, y bebiendo cualquier clase de brebajes satánicos y fumando porros satánicos, de dos por un dólar, en no importaba qué callejón de la Calle.

Unos metros más allá, pasó ante la pequeña iglesia ortodoxa griega. Luego otro solar, donde el mes anterior dos griegos y dos suecos habían sido asesinados a navajazos por otros griegos y otros suecos, donde, en ese mismo instante, un perro callejero chillaba y se revolcaba locamente porque nueve grandes ratas habían decidido comer esa noche y le estaban mordiendo.

Pasó ante una tienda donde vendían objetos regalados para obras de caridad; luego, ante un escaparate en que se exhibían botellas de hierbas y raíces, con un letrero que rezaba: «Madame Nancy», y bajo el letrero se veían dos cabezas reducidas. No se detuvo y pasó ante el «Salón de Billares Teddy’s», y después una casa de pisos, y otra, otro callejón y, por último, ante el edificio de madera de dos pisos, que, aunque no tenía ningún letrero

en el exterior, era un establecimiento comercial conocido como «Bertha's House».

Allí compraban y vendían la dinamita embotellada que obraba con mucha más rapidez que la ginebra de la cervecería, el vino y el whisky. En las mesas se jugaba al *blackjack* y al póquer durante toda la noche. Si deseaban comer algo, Bertha cocinaba para ellos. Si habían ido acompañados de una chica que deseaban llevarse al piso de arriba, Bertha tenía siempre una habitación preparada. Pero eso de las chicas era algo que nunca suministraba por sí misma. Tenía a gala su reclamo de que «este antro no es una casa de gatitas».

Conocía a Bertha de toda la vida. Ella era unos pocos años más joven y, cuando él tenía seis años, encontró una lata de pintura azul brillante y se la vació a ella en la cabeza. Cuando él contaba dieciséis años, se la llevó a un edificio declarado en ruina, con la idea de que se asustaría, pero no le dio el más mínimo miedo. Cuando todo hubo acabado se sintió deslumbrado, y, en cierto modo, conquistado. No le había gustado aquel asunto de sentirse conquistado; y sobre todo, por la forma en que ella se rió de él. Por lo tanto, se hizo a la idea de no tener ya nunca más nada que ver con Bertha. Pero, a la semana siguiente, había vuelto con la chica. Y otra vez más. Y luego de nuevo. Y cuando ya tenía dieciocho años, y la veía tres veces a la semana, por lo menos, la odiaba y se lo decía así, pero la muchacha seguía riéndose de él. Sin embargo, la primavera ejerció sus encantos una noche sobre Lawrence, y se encontró de nuevo hablando con ella. Alquilaron un cuarto para una hora y, durante los siguientes veinte minutos, todo cuanto hizo fue hablar y hablar, tratando de convencerla de que, de veras, le gustaba. Pero ella se rió de él y le dijo que acabara con toda aquella cháchara, que no habían ido a hablar. Él frunció el ceño y la insultó. Ella saltó, le insultó a su vez y le dio una bofetada en la boca. Él le soltó un puñetazo en la mandíbula que la derribó. Ella se incorporó y le dio un golpe en un ojo, y él volvió a derribarla con otro puñetazo. A continuación, él salió, anduvo por el vestíbulo y bajó las escaleras. Ella no pudo perseguirle porque se encontraba desnuda. Pero, cuando él ya estaba en la calle, escuchó abrirse una ventana, y la próxima cosa que supo fue que una botella de cerveza

aterrizó sobre su cabeza. A partir de aquella noche, ya no tuvo nada que ver con Bertha.

Pero, a veces, se la encontraba por la calle, e intercambiaban miradas furiosas e insultos. De vez en cuando, se presentaba en casa de Lawrence y le contaba que su suegro y su cuñado le debían dinero, o bien no habían pagado lo que se bebían o se trataba de una deuda de juego o se habían enzarzado en alguna pelea, estropeándole los muebles.

Él siempre le daba idéntica respuesta:

—Sal de aquí antes de que te eche.

Pero ella se quedaba hasta tener el dinero en la mano.

Sólo unas cuantas semanas antes se había producido un debate más acalorado que de costumbre, y, cuando él se negó a acceder a su demanda del pago de doce dólares, la mujer agarró una lámpara de quince dólares y la arrojó por la ventana, echándola a perder. Luego escupió en el suelo y se quedó allí, animándole a que la golpeara. La única razón de que él se contuviera fue que tenía miedo de lo que pudiese llegar a hacerle. En cuanto la mujer se fue, Lawrence se apoderó de un jarrón de porcelana y lo estrelló contra el suelo, sólo para oír el ruido que hacía.

Ahora se encontraba allí, delante del local de Bertha. Se llevó otro cigarrillo a los labios. Su cabeza se volvió ligeramente mientras encendía la cerilla, y, a través de la llama, se quedó mirando hacia el otro lado de la calle, hacia la fachada de su casa, hacia aquel lugar llamado hogar. En términos de su distancia real, el hogar se encontraba tal vez a quince metros de distancia. Sin embargo, a él le parecía hallarse en la otra orilla de un océano, y que éste tenía casi dos mil kilómetros de anchura. Se olvidó de la cerilla que sostenía entre los dedos y la llama le quemó. Soltó la cerilla, dejó caer el cigarrillo de sus labios, y, una vez más, volvió el rostro a la puerta de la casa de Bertha.

Aunque su cerebro decía: «No, no», la puerta replicaba: «Sí, no tienes elección, debes entrar».

Ascendió los cuatro escalones de piedra y oprimió el botón del timbre. Se produjo un breve momento de espera; luego, la puerta se abrió y vio a Bertha.

Contempló la masa ondulada de rojo cabello oscuro y las largas pestañas, del mismo color. Sus ojos eran de un azul oscuro, ojos de alto voltaje, que parecían decirle al mundo: «Nada me espanta; intenta algo y verás lo que te ocurre». Los labios, la nariz y la textura de su piel se añadían a lo que en la Calle se conocía como un rostro llamativo. Se contaba que Bertha tenía el rostro y el cuerpo más atractivo que un hombre pudiera ver en cualquier calle.

Bertha permaneció allí, con las manos en la cadera, sin emitir sonido alguno, excepto el leve tintineo de sus pendientes de diamantes falsos. Llevaba puesto un vestido de brillante satén púrpura, que se amoldaba a su cuerpo como si se tratase de una segunda piel. Allí estaba, sobre sus altos tacones, observando a Lawrence de arriba abajo.

—¿Has venido a revisar las cañerías? —preguntó.

Pero sus ojos le dijeron que sabía por qué se encontraba allí. Se hizo a un lado y le dejó pasar. Lawrence cruzó un reducido vestíbulo y penetró en un salón que, en contraste con otros salones de Ruxton Street, parecía elegante. En un tiempo, cuando los padres de Bertha aún vivían, ese lugar había sido sólo otra cabaña de madera, con paredes astilladas y muebles maltrechos. Ahora, al mirar a su alrededor, vio lo bien que ella había hecho con esa herencia arrendada. Ningún casero lo hubiera arreglado de este modo, y razonó que ella debía de haber comprado la casa y luego haberse gastado bastantes dólares en ella. Se percató de la cercana alfombra y un sofá, que parecían notablemente costosos.

Se acercó al sofá, y escuchó cómo Bertha decía:

—No, tú no. A menos que desees pagar para que lo limpien.

Por lo tanto, se acercó a una silla.

—No, ahí tampoco —indicó ella, que mostró una mueca de asco ante su mugriento mono—. Siéntate en los escalones… —Y su mano onduló, despreciativa, hacia la escalera.

Durante un momento, el trato con Hagen quedó olvidado, y fulminó a Bertha con la mirada.

—No me digas dónde debo sentarme. Lo haré donde desee hacerlo.

Avanzó, agresivo, hacia el sofá y se instaló en el cojín central. Se retrepó, cruzó las piernas y se puso todo lo cómodo posible.

Bertha se colocó ante él.

—Esto te convierte en un cliente. ¿Qué quieres beber?

—Suero de leche.

—Yo no sirvo eso.

—Pues entonces no puedo pedirlo.

—Muy bien —convino ella—. Pues pide otra cosa.

—Café.

—Eso está mejor. Pero no lo sirvo en el salón.

La mujer se volvió para salir de allí. Él se levantó del sofá y la siguió hasta la cocina. Ésta era muy grande, con un gran hornillo y tres mesas circulares. En una de las mesas, algunos hombres jugaban al póquer. En otra mesa, tres mujeres y un adolescente bebían un líquido incoloro en vasos de agua. La tercera mesa se encontraba vacía; él la rodeó y cogió una silla que quedaba de cara a los jugadores de póquer. Había cinco. A cuatro de ellos los reconoció como ciudadanos de la Calle, y al quinto, un hombre joven y delgado, nunca lo había visto. El joven tenía la tez caribeña, nariz y labios perfectos, unas delicadas y pequeñas orejas, y llevaba el cabello, negro como el azabache, bien peinado y con raya exactamente en medio. Tenía una forma graciosa de sentarse, como un bailarín preparado para su actuación. Vestía camisa deportiva verde oscuro debajo de una chaqueta cardigan verde pálido, y, mientras el joven se levantaba y se acercaba a Bertha, pudieron verse unos pantalones de un gris pálido y unas sandalias de un amarillo también pálido y con suela de crepé. El joven delgado empezó a hablar con Bertha, diciéndole algo que Lawrence no pudo oír. Luego regresó a la mesa de póquer. Bertha estaba en el fregadero, poniendo agua en la cafetera. Llevaba la cafetera al hornillo cuando Lawrence se levantó y le interceptó el paso.

—¿Dónde está Hagen? —preguntó.

—Volverá.

Ella le rodeó, puso la cafetera en el hornillo y lo encendió.

Él abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y regresó donde había estado sentado. Mientras se instalaba en la silla, vio que el joven delgado le estaba observando. Transcurrieron unos segundos mientras él replicaba con una mirada sin expresión a la del hombre joven. Luego, el

caribeño se levantó y abandonó la cocina. Lawrence escuchó abrirse y cerrarse la puerta principal. Miró hacia la cocinilla y vio cómo Bertha encendía un cigarrillo. Mientras la mujer exhalaba el humo, frunció el ceño y pareció estar enfadada por algo.

Se aproximó a la mesa y se sentó. Entre ambos quedó una silla vacía. La mujer siguió fumando en silencio durante un momento; después se deslizó a la silla vacante y aguardó unos segundos antes de decir:

—Olvídate del café. Vete.

Lo dijo muy bajito, sin mirarle.

Él empezó a estudiar el rostro de la mujer, pero comprobó que era inexpresivo.

—Por dos razones —prosiguió Bertha—: Una, no me gustas y no te quiero aquí. Dos, te estoy dando un buen consejo. Si te quedas por aquí, te verás metido en líos.

Él puso las palmas de las manos planas sobre la mesa.

—¿Y cómo te lo imaginas?

—Ya lo discutiremos. Ahora limítate a hacer lo que te digo.

Lawrence esbozó una leve sonrisa.

—Con eso nos quedamos a mitad de camino. Puedo comprender el que no desees que esté aquí. Pero no acabo de captar cómo vas a darme un buen consejo. Nunca lo comprenderé.

—No trates de comprenderlo. Vete, sólo eso.

Él permaneció en silencio durante un momento. Luego musitó:

—¿Qué sucede?

Bertha no contestó.

—Voy a averiguarlo de alguna forma, me lo digas o no. Sería mejor que me lo contases.

Ella apuró una larga chupada de su cigarrillo y se tomó su tiempo antes de dejar salir el humo.

Luego dijo:

—Durante todos estos años no te has metido en nada. ¿Cómo lo has hecho esta noche?

Su respuesta fue una furia fría, dirigida sobre todo contra sí mismo. En realidad, fue incapaz de contestar nada.

—De un momento a otro —prosiguió ella—, Hagen regresará. Te estoy dando la oportunidad de marcharte antes de que la cosa pase a mayores. Me limitaré a contarle que has estado aquí y que te has cansado de esperar. Eso bastará para él. Por lo menos, por esta noche.

—¿Y qué me dices de mañana?

—Mañana ya no estará tan nervioso. Ahora mismo se encuentra muy trastornado. Y ya sabes cómo son las cosas con Hagen.

Y en aquel preciso instante, recordó algo de los primeros tiempos, de mucho tiempo atrás, cuando Hagen era el líder de las bandas de Fifth Street y habían arrastrado a dos chicas a un callejón. Cuando le llegó el turno, le dijo a Hagen que no deseaba tomar parte en aquello. El rostro de Hagen se había puesto muy rojo, de la misma forma que un rato antes, en el restaurante de Sam. Y Hagen había sacado una oxidada navaja. Ahora, al recordar aquello, se acordó de lo que sucedió después: las chicas en el sótano de un edificio declarado en ruina, y toda clase de hombres que entraban y a Hagen, que les cobraba treinta centavos por sesión. Luego, hurgando en aquellos recuerdos, se acordó de él mismo y de Hagen, en el sótano, a Hagen contemplándole con una clara desconfianza, mientras le mostraba las dos manazas, y le explicaba lo que sucedería si en algún momento llegaba a abrir la boca. Y se oía respondiendo:

—Muy bien, Matt, muy bien, Matt…

Mientras, las rodillas le temblaban y el sótano se había puesto frío, terriblemente frío, aunque, afuera, el tiempo fuese suave y casi cálido. Tiempo abrileño.

—El café ya está —dijo él—. Ponme un poco.

—Mañana por la noche —respondió Bertha—. Mañana por la noche es la noche del café. Ven por aquí y no te costará ni un centavo. Esta noche el precio es de un dólar por taza.

Lawrence cogió la cartera y dejó un billete de un dólar en la mesa.

Bertha cogió el billete y lo dobló con movimientos lentos. Se levantó de la silla y se acercó a la cocinilla. En la mesa de póquer se produjo una pequeña discusión acerca de las reglas del juego, que se apaciguó durante unos instantes para volver a estallar un poco más tarde. Bertha regresó con el café, lo dejó delante de Lawrence, después se acercó a la mesa de los que

jugaban a póquer y les dijo que no metiesen tanto ruido. Ellos continuaron gritando y ella les aulló que bajaran la voz, y ellos lo hicieron. Bertha se acercó a la sopera que contenía monedas de veinticinco y diez centavos, su parte en cada juego. Los jugadores aguardaron a que ella realizase su usual inspección a fondo del dinero contenido en la sopera. Quedaron bastante sorprendidos al observar que la mujer sólo echaba una ojeada. Se volvió de repente y regresó a la mesa donde Lawrence se tomaba el café.

Éste no la miró. El rostro de la mujer estaba blanco mientras observaba cómo él se inclinaba hacia su cigarrillo y luego hacia la taza del café, y de nuevo se dedicaba a su cigarrillo. Bertha observaba cómo él lo hacía todo con gran lentitud, como aquellos que beben café durante toda la noche y no tienen nada más que hacer con su tiempo.

—En los años que nos conocemos —dijo ella en voz baja—, te he llamado toda clase de cosas, excepto maldito loco. Pero ahora lo incluyo.

Él, que se había llevado la taza a los labios, la apartó lo suficiente para murmurar:

—Es un buen café. Pero no vale un dólar…

—Antes de que la noche acabe, costará muchísimo más. Y no me refiero a dinero en efectivo.

—Ésa es mi preocupación.

Bertha se inclinó y colocó los codos sobre la mesa.

La espalda apoyada en la mesa de póquer. El jugador que daba las cartas les dijo a los otros que prestasen atención al juego. Bertha lo oyó y, durante un momento, sus ojos se suavizaron un poco con una templada simpatía por todos los machos que anhelaban, se morían de hambre y sufrían en el tiempo primaveral. Luego, al ver a Lawrence perdiendo el tiempo con el café, sus ojos se endurecieron de nuevo.

—He aquí lo que voy a hacer —dijo ella—. Dejaré que las cosas ocurran. Me quedaré sentada y veré cómo te pierdes. Aunque, pensando en ello, creo que constituirá un auténtico placer.

Se tomó otro sorbo de café.

—Eso es más probable. Me refiero al ángulo del placer. Has estado jugueteando con ese pensamiento desde el mismo minuto en que entré. Y

ésa es la razón de que deseases que me fuera. Así, más tarde, podrías ver cómo me arrastran.

—No, Lawrence. He sido sincera contigo.

—Eso díselo a los gusanos. Sé franca con ellos.

Bertha respiró hondo. Sus labios se pusieron rígidos y formaron un insulto. Luego lo soltó sin el menor sonido, y respiró hondo de nuevo.

—Haré un último intento. Te digo que te vayas ahora mismo. Y eso va contra las órdenes que he recibido de Hagen. Apostó veinte contra uno que no aparecerías, pero que si lo hacías, tendría que asegurarme de que te quedases.

—¿Eso fue lo que dijo?

—Sí, eso fue lo que dijo.

—¿Y qué fue lo que dijo el guaperas?

—¿El guaperas?

—El figurín. El jugador de póquer. El que se levantó y habló contigo. ¿Qué dijo?

Los ojos de la mujer eran directos, sin parpadear.

—Te estaba comprobando. Me preguntó si eras el hombre que Hagen deseaba ver. Le contesté que sí. Me contestó que se iba para encontrar a Hagen y decirle que tú estabas aquí.

Lawrence tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Quién es ese guaperas? ¿Qué hay entre él y Hagen?

—Son socios en los negocios. Se llama Pancho. Suele viajar, con las ferias itinerantes. Lo contrataron como la mano que nunca falla. Es lanzador de cuchillos.

—¿Y por qué lo han metido en esto? ¿Se supone que debo estar cagado de miedo?

—Sería mejor que lo estuvieses, Lawrence.

Abrió la boca para darle una respuesta, pero algo en él retrocedió en el tiempo, y se encontró en el pequeño restaurante escuchando a Sam, y Sam le decía que la mejor forma de manejar ese asunto consistía en estar muerto de miedo.

Luego escuchó a Bertha:

—No se trata de una situación ordinaria. Deberías ser capaz de comprenderlo.

Se le acercó más y su voz se convirtió en casi un susurro.

—El asunto de esta noche es algo nuevo para Hagen. Durante años y años ha estado arrastrando mujeres desde la calle a los callejones. Pero siempre habían sido mujeres de Ruxton Street, profesionales y tipejas. Una vez acabada la cosa, se les pagaba un par de dólares o algo así, y se iban y se olvidaban del asunto. Pero esa muchacha china es una recién llegada, una chica normal. No está en absoluto familiarizada con esta rutina. Si la cosa funciona de la forma en que Hagen confía, ya no será honrada durante mucho tiempo. Pero también está preocupado respecto de que pueda existir alguna interferencia.

Lawrence alzó la taza y terminó el café.

—Esto es un asunto entre Hagen y la chica. Y no me incluye a mí.

—Tú te metiste de lleno cuando hablaste con la chica.

—Eso es un pensamiento de Hagen, no mío.

—Te olvidas de algo —repuso Bertha—. Hagen tiene la costumbre de hacer lo que otros piensan.

—Tal vez sea así, desde donde tú te encuentras. Pero yo vivo en el otro lado de la calle.

Bertha se quedó silenciosa durante unos momentos.

Luego murmuró:

—Cuando hables con Hagen, no le hagas ir por ahí. No tragará el anzuelo.

—Me importa un comino que se lo crea o no. Yo no he venido aquí a vender nada.

—Pero te has presentado. Y has cruzado la calle desde el otro lado. Siéntate y piensa en esto durante un minuto. Y ahora tendrás que excusarme. Tengo clientes.

Un grupo de cuatro se había unido a los otros en la mesa de los bebedores. Bertha se levantó y se acercó para tomar sus peticiones.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

Siguió sentado allí, retrepado, con las manos detrás de la cabeza, mientras pensaba: «No estás asustado, sabes que no lo estás, y quizás eso sea lo que te preocupa, el hecho de que no estés muerto de miedo».

Se dijo a sí mismo que no debía perder el dominio de los nervios, sin importar lo que sucediera. Recordó las otras veces en su vida que perdió el dominio de sí mismo; en realidad lo había perdido, sin que le hubiese preocupado si vivía o moría, siempre que destruyese lo que se encontraba delante de él. La primera vez le ocurrió a los trece años. Fue asaltado por una banda de los de Seventh Street. Lo tiraron al suelo, lo mantuvieron arrodillado ante un cubo de basura y le ordenaron que comenzase a comer. Por supuesto, él no lo hizo, y uno de ellos se colocó a su espalda y comenzó a hurgarle con el astillado extremo de un palo de escoba rota. Le costó casi todo un minuto; pero luego se puso en pie, se volvió loco por completo, y a tres de ellos tuvieron que llevárselos en ambulancia. Los demás se dispersaron entre gritos, chorreando sangre, y él se quedó en la esquina, buscando más pandilleros de Seventh Street.

El segundo incidente sucedió menos de un año después, cuando se vio implicado en una discusión con uno de su propia pandilla y Hagen les ordenó a ambos que luchasen entre sí para dirimirla. Comenzaron en la esquina de Fifth y Ruxton. Al principio no sintió ganas de pelearse, y lo mismo le ocurría al otro chico. Hagen les ordenó que dejasen de bailar uno alrededor del otro; que si no se enzarzaban bien, les arrancarían la ropa y les pintarían la espalda de amarillo. Por lo tanto, comenzaron a moverse un poco más de prisa, aunque sin entusiasmo. Entonces, en un momento dado, vio cómo los otros se reían de él y oyó que Hagen le decía a alguien que trajera un bote de pintura amarilla. Dejó de pelearse y echó a correr. Los otros pandilleros lo persiguieron, lo atraparon y fue en ese instante que comenzó a pelearse de veras. Vio a Hagen, que se había puesto a un lado y seguía riendo. Trató de alcanzarle, pero lo acorralaron contra una valla e

intentaron derribarlo. Les rogó que lo dejaran en paz, para poder habérselas con Hagen. Le dijeron que él era sólo un mierda y que si se metía con Hagen, su cuerpo acabaría expuesto en una funeraria. Entonces comenzó a sollozar y a pedirle a Hagen que dejara de reírse de él. Hagen aumentó sus risotadas. Una vez más trató de abrirse camino entre los otros para llegar hasta Hagen. Había perdido por completo el dominio de sí mismo y sus brazos parecían aspas de molino activadas eléctricamente. Hubo chillidos, algunos de ellos rodaron por el suelo y, finalmente, él también se derrumbó, y le dieron de patadas en la cabeza, hasta dejarlo inconsciente. Unos días después se enteró de que había roto alguna mandíbula y que alguien perdería un ojo. La pandilla se mostró muy orgullosa de él, y el chico que quedó tuerto no se mostró vengativo en absoluto, e, incluso, insistió en estrecharle la mano, mientras el ojo bueno parecía decir: «Lo has hecho muy bien conmigo, Chet, eres un poco camorrista y, de todos modos, ahora tendré más aspecto de matón con el ojo malo, de veras que pareceré todo un tío, pero no te preocupes del pendenciero. El pendenciero estaba demasiado atareado sollozando».

No estaba muy seguro respecto del tercer incidente. Había tenido lugar a unos 5.000 metros por encima del Pacífico, y en mitad de aquello había quedado sin sentidos y con una considerable cantidad de metal en los brazos, el pecho y el estómago. Más tarde, la Armada le comunicó que había derribado tres aviones enemigos, por lo que le concedieron una medalla. Le dijeron que era al valor. Pero a él nunca le gustaba llevarla porque, en realidad, no tenía nada que ver con el valor. Sólo había perdido los nervios, aquello fue todo. Allí arriba, en el aire por encima del Pacífico, había sido, simplemente, otro gato callejero de Ruxton con ansia de matar en los ojos y sin ninguna otra idea en el cerebro.

En la mesa de póquer habían comenzado a discutir de nuevo. Y también tenían bastante barullo en la mesa de las bebidas. El adolescente, que estaba sentado con su madre y dos tías, deseaba otra copa de licor de maíz, y su madre le estaba diciendo que no, a lo que él le respondió que iba a conseguirla. Las tías le dijeron que se callase. Él les replicó que se fuesen a algún sitio a abrirse de piernas. Su madre le dió un sopapo en la boca. Él se levantó y le propinó un puñetazo en un ojo. Luego empezó a dedicarse a sus

tías; pero, llegado aquel momento, Bertha se acercó, le agarró por los cabellos y por el fondillo de los pantalones y lo sacó a rastras de la habitación; atravesó con él el salón y lo echó afuera, por la puerta principal.

Tras regresar a la cocina, Bertha le dijo a la madre del chico que a partir de ese momento nunca lo llevara por allí. Bertha explicó que el niño era un maldito engorro.

—No quiero que lo insulte —replicó la madre—. Es carne de mi carne, y estoy orgullosa de poder llamarle hijo.

—Pues ha conseguido una buena cosa —replicó Bertha.

—Sí, es un chico estupendo —convino la otra.

—No me refiero al chico —continuó Bertha—•, hablaba del ojo a la funerala que le ha puesto a usted.

La madre dijo algo a Bertha, pero Lawrence no le prestó atención. Estaba escuchando las fuertes pisadas que se acercaban a la cocina, y supo, de alguna forma, que se trataba de Hagen. Sintió una opresión en el pecho y tuvo la rara sensación de que no se encontraba sentado en una silla, sino deslizándose por una pendiente. Se dijo a sí mismo que no existía razón alguna para sentirse así: sólo se trataría de una conversación, y luego él se iría, cruzaría la calle y se encontraría en su hogar.

Vio a Hagen entrar en la cocina, y detenerse un instante para taladrarle con la mirada de sus ojos de alfiler. Luego siguió andando lenta, muy lentamente, como si el suelo de la cocina fuese una delgada tabla que colgase por encima de unas rocas dentadas. Como si Hagen fuese un animal de montaña que despreciase el peligro de una altura vertiginosa, pensando sólo en la presa atrapada allí, al otro lado del barranco.

Hagen se sentó cerca de él, sin mirarle, sin decir nada durante unos momentos. Luego, Hagen le dijo a Bertha que le sirviera una jarra de agua helada. Lawrence pidió más café. Hagen lo miró y dijo:

—¿Es eso todo lo que bebes? —preguntó.

Él asintió.

—Vende muy buen café.

—Y buen licor también —repuso Hagen—. ¿Quieres un poco de licor? Yo pago.

—No.

—¿Por qué? Se trata de una bebida con buena graduación. No es de garrafa.

Hagen se volvió hacia Bertha, que se encontraba al lado del fregadero triturando cubitos de hielo en un recipiente.

—Sírvele una copa —dijo Hagen—. Quiero que lo pruebe.

—No —musitó Lawrence—. No quiero probar eso.

—Sírvele una copa —repitió Hagen a Bertha. Luego se dirigió otra vez a Lawrence—. Me gustaría bebérmelo yo mismo. Pero el doctor me ha puesto una dieta especial para mi maldito hígado. Nada de licor, ni huevos, ni alimentos especiados, todas las cosas que me gustan. La semana pasada me olvidé de las reglas y comí unos pimientos picantes. Tuve que pasarme tres días en la cama.

Lawrence estaba encendiendo un cigarrillo.

—Hay otra cosa —prosiguió Hagen—. Fumar. Se supone que tampoco puedo fumar. Pero es algo que no puedo parar. Vamos a coger uno.

Tomó la cajetilla de Lawrence y aguardó a que éste le encendiese una cerilla. Lawrence le tendió la caja de cerillas. Hagen cogió un fósforo y miró a Lawrence mientras lo encendía y lo acercaba con lentitud al cigarrillo. En aquel momento se produjo más conmoción en la mesa de las bebidas, pero Lawrence no lo oyó. Sólo escuchó el silencio en su mesa mientras Hagen inhalaba el humo y lo exhalaba, sin dejar de mirarle.

Luego Hagen dijo:

—Hay algo interesante acerca de los trastornos de hígado. Sólo afecta a la digestión. Eso es todo, sólo la digestión. Las demás partes del cuerpo siguen trabajando. Aparte del hígado, estoy en una forma magnífica.

Lawrence dejó caer la ceniza en la taza vacía de café.

—En una forma magnífica —repitió Hagen—. Ella ha podido averiguarlo esta noche.

De nuevo el silencio. Lawrence trataba de no mirar a Hagen. Pero los ojos de éste permanecían fijos, no como alfileres, sino como pequeños anzuelos. Lawrence intentó volver la cabeza, pero no pudo. Se quedó allí mirando, aguardando.

Escuchó que Hagen decía:

—Endemoniadamente cierto que lo averiguó. Y yo mismo…, también encontré algo. Es como una flor. Una azucena china, eso parece. Ya he tenido antes a esas muchachas chinas, pero nunca algo como esto. Se trata de algo especial.

En ese momento, Bertha regresó a la mesa y dejó un vaso y un jarro lleno delante de Hagen. Miraba a Lawrence. Lo observó durante un momento que pareció tener más dimensiones que el tiempo, un momento que poseía profundidad y peso, como si se tratara de algo que sostuviera en la mano. Luego aquello desapareció y vio a Bertha que se daba la vuelta y regresaba junto al hornillo.

Hagen estaba diciendo:

—Extra especial, así es como podría denominarlo. Una cosa que deseaba desde hacía tanto tiempo como me es posible recordar. Solía decirme: «Una de esas buenas noches localizaré algo de clase realmente superior, un material de primera categoría, pequeña, esbelta y suave, oliendo a limpia, pura como el agua primaveral, con un rostro como las cosas amables que tratan de extraer de los libros». Pero, en realidad, sólo bromeaban. Les es imposible sacar esa clase de rostro. —Se inclinó hacia Lawrence, con la boca abierta como si fuese a tragarse algo—. ¿Qué opinas de su cara?

Lawrence se encogió de hombros.

Hagen se le acercó aún más.

—Dime… Quiero saberlo. ¿Qué te parece?

—No me fijé en ella.

—¿De veras? ¿Y cómo es eso? Un rostro así no pasa desapercibido. Claro que lo verías… ¡Dios mío, qué rostro! Y el cuerpo…, ¿tampoco te has dado cuenta del cuerpo?

—No. No trataba de mirarla.

Hagen siguió inclinándose hacia él. A medida que su cabeza se acercaba más, sus ojos parecían empequeñecerse. Pero su boca, aún abierta, cada vez era más grande, como una pala cargadora que se aproximase. Lawrence vio el puente de oro, el reluciente resultado de mediado el sexto asalto, cuando el protector se le cayó de la boca y un tremendo gancho de izquierda le hizo

saltar cuatro incisivos. Recordó la manera en que Hagen, con orgullo, había exhibido la brecha en las encías, señalándola, mientras sonreía y decía:

—Aquí está, exactamente aquí, pero ni siquiera lo sentí, sino que lo acorralé contra las cuerdas, le golpeé debajo del corazón y luego todo el mundo se fue a casa…

Y ahora, mientras Hagen sonreía de nuevo, Lawrence vio el rojo oscuro de la marca de un diente, que resaltaba en el gris rojizo de los gruesos labios. La marca era reciente, aún se veía húmeda, y, durante un momento, le revolvió el estómago el imaginarse a Hagen presionando sus recios labios contra la boca de la muchacha, y a ella haciendo lo único que podía en aquel momento: mordiéndole.

—La primera vez que la vi fue ayer —prosiguió Hagen—•. Salía de la lavandería del chino y llevaba unos libros. En aquel mismo instante me dije: «No puede ser real. Tendrás que mirarla más de cerca. Vaya, pues es real. Es absolutamente real y camina como uno de esos preciosos patitos que nadan en el arroyo». La cabeza me dio vueltas y comencé a seguirla mientras todo mi interior se revolvía, porque juré que, en toda mi vida, no había visto nada que pudiese compararse con aquello. La seguí hasta la parada del tranvía, donde se subió a uno, y entonces fue como si me cayese de un tejado, tan fuerte fue la desilusión. Luego me imaginé: «Qué diablos, debería haber sabido que sólo estaba en Ruxton de visita, no puede tratarse de una mercancía de Ruxton Street». Por lo tanto, me dije que debía olvidarlo todo. Pero la noche pasada no pude dormir. Tuve que leerme una docena de revistas y beberme litros y litros de agua.

»Luego, esta noche yo caminaba por Seventh Street y la vi en el tranvía. Maldita sea, era ella. El tranvía se detuvo y ella se bajó; entonces, lo único que hube de hacer fue sacarle ventaja. Así, cuando la chica pasó por la Sixth Street, yo estaba allí, en el callejón, esperándola. Deja la bebida, Bertha, y olvídate del café. Sírvele sólo la copa. Llévate el café.

—Tal vez prefiera el café —observó Bertha.

—Tiene una copa, eso es lo que tiene. Llévate ese maldito café ahora mismo…

Bertha dejó el vaso encima de la mesa. Era un vaso de agua casi lleno hasta el borde de un líquido coloreado. Mantuvo los dedos en torno al vaso

durante unos momentos, girándolo hacia un lado, luego hacia el otro, con gran lentitud, hasta que estuvo delante de Lawrence. Luego Bertha se llevó la taza de café al fregadero y lo tiró por el desagüe.

—Así que allí estaba yo —prosiguió Hagen—, aguardando, a unos pocos metros del callejón para que la chica no pudiese verme. Escuché sus pasos que se aproximaban y fueron como música para mí, como una de esas cancioncillas chinas. Parecía algo mágico, ¿sabes? Y yo estaba allí, de pie, y casi no podía esperar, pero ella pasó caminando por delante de mí. Salí, la agarré, la alcé bajo el brazo y la metí en el callejón. Le puse una mano encima de la boca y mi otra mano sujetó, y sujetó…, un manojo de pétalos de flores, eso es lo que parecía, un manojo de azucenas aplastadas. Cuando nos encontrábamos en mitad del callejón, aparté mi mano de su boca para comprobar si se ponía a gritar, pero no lo hizo, se limitó a mirarme. La luna estaba allí con un solo propósito: iluminarle el rostro, sólo el suyo, ningún otro. Y ella me miraba. Sin decir una palabra. Pero tenía la boca abierta y le vi los dientes, como perlas, y sus labios parecían jalea de frambuesa. Tuve la posibilidad de probarla. Le coloqué una mano debajo de la cabeza y atraje su rostro hacia mi boca y degusté sus labios; puedo jurarte que eso era jalea pura. Entonces, ella me mordió. Pero aquello también me supo bien. Voy a decirte lo que sentí entonces. Si una manada de hambrientos leopardos hubiera llegado galopando para atacarla, me hubiese colocado delante, enfrentándome, solo, a todos ellos. Claro que lo hubiera hecho. Porque supe que aquél era el premio que yo llevaba esperando durante tanto tiempo, encontrar algo así, y ahora lo tenía, y no hice otra cosa que decírselo. Ella dejó de retorcerse y emitió un elevado sonsonete con su garganta. Y te diré algo: te doy mi palabra de que si en aquel mismo instante, hubiera entrado un banquero, y dicho: «Matt, te daré siete millones de dólares en metálico si lo dejas, me refiero a siete millones de dólares auténticos», te juro que le hubiese respondido que no. Y tan cierto como que estoy sentado en esta silla, hubiese arrojado ese botín por la borda, e incluso el doble. Y ya sabes cómo me gusta el dinero… Eso ha sido siempre para mí el número uno, el ganar dinero. Pero allí, en aquel callejón, al diablo con el dinero, al demonio con todo. Excepto ella. No bebes, Chet. Vamos, bebe…

—Puede esperar.

—Bebe ahora…

—¿Para qué apresurarse?

—Quiero ver cómo te lo bebes.

Hagen habló en una especie de rechinante susurro, el rostro le goteaba como si acabara de levantar la cabeza de una palangana llena de agua. Su casi calva cabeza le brillaba a la luz del techo, con sus gruesos dedos corriendo a través de los enmarañados mechones, toquiteándolos y excavándolos, como si tratase de arar su cráneo y que le creciese más pelo. Accionaba los músculos de su rostro como si fuese a juntar sus rasgos. Su voz fue casi amable cuando insistió:

—Por favor, bébetelo. Vamos, sé sociable. Déjame ver cómo te lo bebes…

Lawrence alzó el vaso hacia su boca. Cuando el cristal tocó sus labios, volvió ligeramente la cabeza y vio a Bertha, con la espalda apoyada en el fregadero, que lo observaba. Tenía los brazos cruzados y esbozaba una leve sonrisa.

Sus ojos le decían:

«Te has mantenido apartado durante veinte años, o eso creías, pero ahí estás sentado, con Hagen. Todavía eres miembro de la pandilla y nunca has sido otra cosa: sólo otro gato de callejón más en Ruxton Street».

—Eso es, Chet. Bébetelo —oyó que Hagen decía.

Entonces empezó a beber aquel blanco whisky de maíz, que no había vuelto a probar desde una medianoche, mucho tiempo atrás, cuando los de Fifth Street habían robado un barril de ese whisky para luego bebérselo en el patio trasero de alguien. Recordó que su gusto no le agradó, pero aquel ardor en las tripas constituyó una buena sensación, una especie de antorcha allí encerrada, ardiendo en su rebelión contra una cosa u otra, y dijo que era algo bueno y que quería más. Y ahora sintió de nuevo la llama, percibió la rebelión, pero no tenía la menor idea de qué se trataba todo aquello. A menos que fuese una forma de decirle a Bertha que estaba equivocada, que un hombre podía vivir en la Calle, e incluso beber sus bebistrajos de contrabando, y no ser un gato de callejón por ello.

Bebió otro trago y dejó el vaso mediado. Vio cómo Hagen le observaba con una especie de orgullo, casi de afecto, como si dijese: «Qué bueno es verte de nuevo, Je vuelta al hogar».

—Pues como te decía —prosiguió Hagen—, esa chinita es ahora el asunto principal. Todo lo demás significa un pimiento. Lo que trato de decirte es que tenía unas lucecitas que saltaban de un lado a otro en mi cerebro, dándole vueltas. Deseaba salir con ella del callejón. Quería llevarla a una tienda y comprarle algo. Sin importar lo que deseara, lo hubiera comprado para ella. Pero me había gastado hasta la última moneda, e incluso llevado al Monte de Piedad este reloj de pulsera de rubíes que me costó tres billetes de a cien. Trataba de decírselo. No recuerdo cómo lo hice, pero intenté, lo mejor que pude, que se hiciese una idea general al respecto. Supongo que no me escuchó, porque echó a correr, o al menos lo intentó. No la perseguí. Lo único que hice fue salir despacio del callejón y seguirla por Ruxton Street. Vi cómo se caía en la calle. Mi cabeza se aclaró un poco y me dije que no podía permitirme el lujo de quedarme por allí. Pero, ¡maldita sea!, me resultaba imposible perderla de vista. Por lo tanto, crucé la calle y probé en varias puertas hasta que encontré una abierta; entré, dejé la puerta entornada y me quedé allí a vigilar. Había pasado un minuto quizá cuando te vi llegar y, por supuesto, me imaginé que la dejarías allí, preocupándote sólo de tus asuntos, como habías hecho durante todos estos años, apartándote de la acción de Ruxton, sin querer saber nada de nada. Pero no… Nada sucedió según lo previsto. Me dije a mí mismo: «Mírale, está hablando con ella, la ayuda a levantarse; la muchacha le está contando quién lo hizo, describiéndome». Y sentí cómo mi fastidiado hígado trabajaba a destajo y me revolvía la sangre. Pero luego te alejaste. Y más tarde me imaginé que sería una buena idea que tú y yo tuviésemos una pequeña charla.

Lawrence alzó el vaso y lo vació de un trago. Hizo una seña a Bertha para que se aproximase a la mesa.

—Llénalo de nuevo —pidió.

—¿Lo quieres de veras? —preguntó Bertha.

—Claro que le apetece —intervino Hagen—. Si no le gustara, no se lo bebería.

—No estoy muy segura acerca de eso —murmuró Bertha.

Hagen alzó la mirada hacia Bertha.

—Vamos a ver…, ¿a ti qué te importa eso? ¿Qué son todas estas interrupciones?

—Es un anticuado —respondió Bertha—. Y tengo que ser cuidadosa con los chapados a la antigua.

La boca de Hagen se abrió por completo. Se quedó mirando a Lawrence. Luego se volvió otra vez hacia Bertha.

—Tú vende las bebidas. Déjame que yo me preocupe de los novatos.

Bertha recogió el vaso vacío y se alejó de la mesa. Lawrence la observó mientras la mujer, con movimientos deliberadamente lentos, cogía la botella del estante, la abría y servía la ración. Llevó el vaso a la mesa. No miró a Lawrence mientras lo dejaba delante de él. Éste creyó que ella iba a decir algo, pero lo único que hizo fue un ademán de asentimiento a un cliente de la atestada mesa de las bebidas. Luego se acercó allí y Lawrence oyó cómo el cliente decía:

—Dos jarras, Bertha. Y esta vez haz que el líquido arda. Esta noche quiero precipitar las cosas.

Escuchó la respuesta de Bertha:

—Ya has tenido una.

—¿Qué? Si ni siquiera he empezado…

—Ya estás envarado como un tablón. El whisky de maíz que te he servido no te hará daño, pero no puedes resistir otro. No te venderé matarratas.

—Oye, tengo mis buenos dólares…

—Guárdatelos. Mi negocio es emborracharte, no enterrarte.

Lawrence escuchaba todo aquello con gran atención, en un intento de olvidar que se hallaba sentado al lado de Hagen. Deseaba creer que se había dejado caer allí para echar una ojeada, como alguien de paso por Ruxton Street, con una especie de curiosidad sobre ese lado de la calle. Empezaba a darle vueltas a aquel pensamiento cuando vio la chaqueta de lana verde pálido entrar en la cocina; los ojos de ónice de Pancho se volvieron hacia la mesa. Avanzó hasta ella y se sentó al lado de Hagen.

—¿Cómo ha ido eso? —preguntó Hagen.

Pancho no emitió el menor sonido ni hizo un solo gesto. Estaba mirando a Lawrence.

—Puedes hablar —le dijo Hagen—. Es de confianza. Se trata de mi viejo amigo Chet, un compinche de los buenos tiempos.

—No me fío de él —murmuró Pancho. Seguía mirando a Lawrence—. ¿A qué se dedica?

—Es un obrero —repuso Hagen—. ¿No lo ves? Es soldador. Trabaja para el ferrocarril.

La mirada de los ojos de ónice permaneció fija en Lawrence.

—¿Y qué más hace?

Hagen mostró una mueca de impaciencia.

—Nada, nada. Deja de hurgarle. Ya te he dicho que es de confianza…

Pancho se volvió entonces hacia él y habló en voz baja.

—Es una buena idea asegurarse.

—Estoy seguro.

—Pues hace un rato no lo estabas.

—Pero ahora, sí —repuso Hagen—. ¿Te va bien todo a ti?

Pancho se encogió de hombros, y las comisuras de sus labios se inclinaron un poco.

—Tú conoces esta calle mejor que yo. Si no es un chivato, permitiremos que permanezca aquí. ¿Ya has dejado bien sentado que no se trata de un chivato?

Hagen se volvió hacia Lawrence con una untuosa sonrisa.

—Será mejor que tú le respondas, Chet. No eres ningún chivato, ¿verdad?

—Ésa es una brillante pregunta —respondió Lawrence. Se quedó mirando a Pancho—. Yo no he venido a enterarme de nada. Estoy aquí, tomándome una copa, eso es todo. ¿Quieres que me siente en otra mesa?

Pancho volvió a encogerse de hombros.

—Siéntate aquí, Chet —dijo Hagen—. Aquí mismo. Conmigo y con Pancho. A propósito, éste es Pancho. Mi socio en los negocios. Muy capaz. Muy eficiente. Un operario muy rápido. Como un motor de reacción, sólo que no hace ruido. Nunca sabes cuándo está preparado, dando vueltas por

ahí. Llega a toda pastilla y se va de la misma manera. Cuando va a venderte algo, lo hace aunque vivas en el lejano Norte, te venderá nieve.

—Ya basta —terció Pancho—. No me hagas más propaganda. Eso me aburre siempre.

Hagen rió entre dientes.

—Todo te aburre. —Una vez más se volvió hacia Lawrence—. Aquí está Pancho. Es la mano que nunca falla. —Luego contempló al caribeño—. Adelante, enséñaselo.

—Ahora no.

—Quiero que lo vea. Demuéstraselo.

Hagen se puso en pie.

—Mira allí, Chet. Cerca de la cocinilla. En la pared. Aquella enorme cucaracha.

Desde luego era inmensa, y relucía muy negra, arrastrándose con lentitud, como soñolienta, hacia una ranura que había en la pared.

—Ahora, observa —dijo Hagen a Lawrence—. Mira lo que ocurre cuando la cucaracha llegue a la grieta.

Lawrence siguió observando a la cucaracha, que se encontraba a pocos milímetros de la hendidura. Lawrence se volvió y comprobó que Pancho no la miraba. Se había retrepado y se examinaba las uñas de sus dedos medios. Lawrence se volvió de nuevo y vio que el insecto había llegado al agujero y comenzaba a introducirse en él. Entonces, como si se tratara de una sola gota de lluvia que cayese muy de prisa, el destello plateado cruzó la cocina y la delgada hoja partió a la cucaracha exactamente por la mitad. El único sonido fue un leve golpe, como un dedo que golpeara madera. El único movimiento fue el producido por los dos trozos de cucaracha volando por los aires y precipitándose al suelo, además de la vibración de la navaja. Todo aquello tuvo lugar en décimas de segundo, y, al instante siguiente, Lawrence se volvió hacia Pancho y le vio sentado, aún retrepado en la silla, mientras se examinaba las uñas de sus dedos medios.

—No lo creo —estaba diciendo Hagen—. Nunca llego a creerlo. Pero ahí está.

Rodeó la silla, se acercó a la pared, arrancó la navaja y la llevó de regreso a la mesa. Lawrence comprobó que se trataba de una pequeña

navaja de resorte, con una hoja de unos diez centímetros. Pancho alargó los dedos hacia ella, se produjo una especie de borroso movimiento y la navaja desapareció.

—Se la ha metido en el bolsillo —comentó Hagen—. Ha cerrado la hoja y se la ha metido en el bolsillo. Si no se trata de puro y simple vudú, no sé qué demonios puede ser.

Pancho estaba encendiéndose un cigarrillo. Lo hacía con lentitud y torpeza, y la llama falló dos veces antes de alcanzar el tabaco. Era como si la velocidad y la exactitud fuesen cosas importantes para él, que debiera mantener guardadas para sacarlas sólo cuando tenía que echar mano de la navaja.

Hagen se había sentado de nuevo y le decía a Pancho:

—Supongo que ya puedes hablar. Me jugaría lo que fuese que mi compinche de los viejos tiempos no es ningún chivato. Y mucho menos ahora. Esa pobre cucaracha le ha dicho cuanto deseaba saber.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

Alargó la mano hacia atrás y le dió a Lawrence unos golpecitos en el hombro.

—¿No es así, Chet?

Éste no contestó. Algo le quemaba los labios y se percató de que estaba bebiendo otro trago.

En aquel momento, Pancho estaba diciendo, con voz grave y medida, que parecía no corresponder a aquella mesa:

—Todo va a ir bien. Funcionará de la manera que tú deseas. Tendrás a la chica antes de la mañana. Pero una cosa, Matt, por favor: no te metas con mi forma de pensar. Siempre me preocupa cuando me haces sugerencias. En un movimiento de este tipo, el punto de vista más importante es el de la previsión del tiempo. El momento ha de ser el oportuno. Y yo me ocuparé del desarrollo del tiempo si me dejas solo. Ésa es una cosa. Y ahora, he aquí otra: este trato no tiene nada que ver con nuestros negocios. Es un favor personal que te hago.

—Te lo agradezco —replicó Hagen.

—Eso ya lo sé, Matt. Pero el dar las gracias no es suficiente. Quiero que me demuestres tu aprecio.

—Claro, claro… Lo que digas… Sólo tienes que hablar… Cualquier cosa…

—Pues es que me gustaría tener un automóvil.

Se produjo el silencio en la mesa. Hagen se echó hacia atrás para mirar a Pancho; luego se inclinó de nuevo hacia delante, y otra vez hacia atrás. Levantó la mano para pasar sus recios dedos por la sudada calvicie.

—Un coche —repitió Pancho—. Uno muy grande, Matt. Me gustan los coches grandes…

Hagen empezó a revolverse en la silla, como si le pincharan con alfileres.

—No me importa la marca —siguió Pancho—. Sólo que sea lo más grande posible. Siempre he deseado tener un cochazo. De color pastel. Me gusta el verde. Que sea de color verde pálido. —Pancho sonrió—. Un coche grande y bonito de color verde pálido…

—Pero eso cuesta mucho dinero. Vale miles…

—Me has preguntado qué quería. Por lo tanto, lo que quiero es un medio de transporte por todo lo alto. Estoy harto de los taxis.

—Pero si ni siquiera sabes conducir…

—Aprenderé. Tú me enseñarás.

Pancho se sentó como si ya estuviese dentro del coche. Colocó las manos en un invisible volante, lo giró hacia un lado, luego al otro; después llevó la palma de la mano hacia el reborde brillante que hacía sonar el claxon, e imitó el sonido de un trombón con los labios. Sonreía feliz, como un chiquillo que contemplase la llegada de un juguete de cumpleaños.

—¡Maldita sea! —masculló Hagen.

Pancho giró suavemente por una esquina y la bocina sonó de nuevo; luego cortó a través del tráfico y llegó a carretera abierta; y entonces fue cuando el gran coche comenzó a correr de veras.

—Muy bien —habló de nuevo Hagen—. Tendrás el coche. Pero no hasta que yo consiga a la chica. Es decir, hasta que la tenga de verdad, bien terminado el asunto y garantizado.

Pancho soltó el volante y dejó de sonreír.

—¿Qué clase de garantía?

—Que se quede.

—¿Cuánto tiempo?

—De forma permanente…

Y una vez más se removió en su silla, de tal modo que ahora se encontraba de frente a la parte central de la mesa. Abrió la boca y la cerró, y la abrió de nuevo, como si el aire fuese un sabroso jarabe y no pudiera nunca llegar a saciarse de aquel sabor.

—Va a ser algo permanente. Hace mucho que buscaba una cosa así. Mucho, muchísimo tiempo. Y ahora que lo he encontrado, nada será lo bastante grande como para quitármelo.

Se quedó mirando a Lawrence.

—Nada. ¿Lo oyes?

Lawrence estaba bebiendo whisky de maíz, y asintió para indicar que había oído.

Hagen se volvió hacia Pancho.

—¿Trato hecho?

—Aún no. Yo no puedo certificar esto como una cosa permanente. Todo lo que haré será traer a la chica y conseguir el automóvil. Así es como veo el asunto: yo la traigo, el resto te corresponde a ti.

—No —replicó Hagen—. De esa manera no funcionaría. He aquí cómo la cosa pitará: tú la traes, y durante todo el tiempo que yo la tenga, tendrás un coche verde para dar vueltas por ahí. Si yo pierdo a la chica, tú perderás el coche.

—¿Y si se muere?

—No se morirá.

—Tratará de suicidarse.

—No, no lo hará.

—Pues yo creo que sí lo hará —replicó Pancho.

—Nunca tendrá esa oportunidad. Haré una cosa: contrataré a una mujer para que no la pierda de vista.

Pancho aspiró con delicadeza el humo del cigarrillo.

—El automóvil es una cosa muy valiosa. No quiero perderlo. Y ahora, por favor, excúsame mientras reflexiono sobre todos los aspectos del asunto. Dices que no permitirás que la chica se haga daño a sí misma. Pero tú, Matt, a veces haces locuras. Tal vez tú seas el que la lastime. Y quizás ésa sea la forma como morirá.

—No —repuso Hagen. Pero su tono fue inseguro cuando añadió—: Intentaré no hacerle daño.

Alargó la mano, cogió la jarra y vertió agua helada en su vaso. Bebió un largo trago y se pasó los dedos por la boca con lentos movimientos.

—Ya sé cómo vamos a arreglarlo. Pondremos un plazo de un mes. Si la chica dura ese tiempo, conservarás el coche.

Pancho lo pensó durante un momento.

—Eso está mejor —dijo—. Un mes. Sí, eso está muchísimo mejor. Cerraré el trato.

Hagen asintió con lentitud.

—Un mes —murmuró—. Treinta días. O treinta y uno. Un mes.

Bajó la cabeza y su voz se hizo gruesa, tenebrosa y casi pesarosa.

—Qué tiempo tan breve… Sólo un solitario pequeño mes, dejando transcurrir por sí solo el calendario…

El caribeño se rió ligeramente.

—¡No tienes alma, bastardo! —exclamó Hagen.

Pero no fue como si se dirigiera a Pancho. Pareció inseguro respecto de a quién hablaba.

—Tal vez sea más de un mes —continuó—. Quizá se acostumbre a mí, llegue a gustarle y, realmente, quiera quedarse conmigo. Haré todo lo que pueda para facilitarle las cosas. Como con una flor. De la misma forma que cuido a una flor. —Se quedó mirando a Pancho—. ¿Cuál es el plan?

—Se trata de una operación delicada —replicó Pancho—. No existe una oposición fuerte. Estuve reconociendo el terreno por los alrededores de la lavandería, y luego, entré. Dije que era abogado. Le expliqué a ella que me había enterado de lo sucedido, y le dije que yo podría aconsejarla al respecto, y que no iba a costarle ni un céntimo. Sólo se trataría de una conversación entre ella y yo. Su tío estaba durmiendo. Me dijo que aún no se lo había contado, y yo le respondí que eso estaba muy bien. Le recalqué mucho que no debía hablar con nadie del asunto, en especial con su tío. Luego comenté un poco sobre cómo funcionaban las cosas en esta calle, los peligros que una persona corre si informa a las autoridades de ese tipo de cosas. Le relaté un cuento acerca de una mujer que fue asaltada hace un año, y que se mostró lo bastante estúpida como para denunciarlo a la Policía, y cómo, un mes después, alguien prendió fuego a su casa, y ella, su marido y sus tres hijos quedaron tostados, igual que carne al horno.

Hagen se rió por lo bajo.

—Eso no es ningún cuento…

—Claro que sí. Yo mismo me lo inventé.

—Creíste que lo hacías. Pero sucedió de verdad. Aunque no ocurrió hace un año, sino mucho más tiempo. Y no se trataba del marido, era su padre. Y no tenía tres hijos, sino cuatro. Y tuvo lugar enfrente de la Ruxton Street, en la Sixth Street.

—Bueno, de todas formas —prosiguió Pancho—, la chica quedó impresionada con lo que le conté. Le dije que volvería más tarde y que charlaríamos más.

Miró su reloj de pulsera.

—Son las doce menos diez —murmuró—. Lo haremos a la una. Tienes que estar en tu casa a la una en punto. Yo me presentaré allí con la chica.

—¿Y el tío?

—No te preocupes por él —repuso Pancho.

Hagen frunció el ceño.

—Esos chinos son muy listos. ¿Qué harás?

—Te he dicho que no te preocupes. De lo único que debes preocuparte es de comprarme un coche. —Pancho se puso en pie. Se alisó la delantera de su cardigan de color verde pálido—. Un bonito automóvil grande de este color, para hacer juego con la chaqueta —añadió antes de abandonar el lugar.

Lawrence se estaba llevando a los labios el vaso, casi vacío, y lo mantuvo delante de la boca mientras escuchaba las pisadas que se alejaban por el salón y luego el ruido de la puerta principal. En cuanto la oyó cerrarse, dejó el vaso encima de la mesa. Se quedó mirándolo, y supo que Hagen le observaba.

—Bébetelo —le dijo éste.

Meneó la cabeza.

—Vamos —porfió Hagen—. Bébetelo. Luego te invitaré a otro.

—Olvídalo —replicó Lawrence—. No es necesario.

—A mí me parece que sí lo es. Le diré a Bertha que te sirva otro.

—Desperdiciarás tu dinero. No estaré aquí para bebérmelo.

—¿Te vas ya?

—Sí.

—No, aún no te marchas —le dijo Hagen.

Lawrence miró al hombrón.

—No intentes retenerme, Matt. Eso no puede hacerse.

Hagen sonrió e inclinó la cabeza.

—Ésa no es manera de hablar —dijo con acento amable—. Hemos sido compañeros de los buenos tiempos, ¿verdad?

—No.

Respondió con claridad, y el sonido de sus palabras le dijo que no estaba borracho, y que tenía dentro la suficiente cantidad de licor de maíz como para lubricarle el cerebro y hacerlo funcionar; por eso estaba seguro de todo lo que necesitaba decir. Cuando habló, se dirigió a sí mismo, al mismo tiempo que a Hagen.

—Estamos llevando demasiado lejos este asunto —dijo— y hasta aquí hemos llegado. Tú has dejado sentado tu punto de vista, y yo el mío. Ambos sabemos que no me encuentro en absoluto interesado en esa jugada que estás realizando.

La mirada de Hagen lo taladró de nuevo.

—¿Qué jugada?

—No estoy seguro. Algo acerca de un automóvil.

—¿Y qué más?

—No me he preocupado de escuchar.

—Al diablo si no lo has hecho —respondió Hagen—. Ésa es la razón de que te haya hecho sentar aquí. Deseaba que escuchases. De la misma forma que escuchaste a la chica cuando te contó quién se lo había hecho.

—No me contó nada. Y yo tampoco se lo pregunté. Y tampoco te he pedido que me tengas aquí, invitándome a copas.

—¿Y qué tiene de malo el que te invite a unas copas?

—Nada. Eso no importa. Ahora todo ha terminado ya, y me marcho a casa.

—Aún no —dijo Hagen.

Lawrence se puso las manos en el regazo. Luego las dejó caer a los lados de la silla, con los brazos colgándole flojamente.

—Si tienes algo especial que deseas decir, adelante, dilo, y luego me iré.

El hombretón se sirvió más agua de la jarra. Se la bebió con lentitud. Luego hizo tintinear el hielo en el vaso, lo observó subir y bajar, y murmuró:

—El problema es que me haces pensar, Chet. Tengo que asegurarme de que no vas a abrir la boca.

—Si no estás seguro ahora, nunca lo estarás.

Hagen asintió con gesto enérgico.

—Eso es lo que me preocupa. Pensé que si venías aquí esta noche, eso bastaría. Y has venido… Pero yo sabía que no sería suficiente. Luego te he mostrado lo que Pancho puede hacer con una navaja. Pero eso tampoco ha sido suficiente. Aún sigo preocupado…

Lawrence esbozó una ligera sonrisa.

—No hay nada que hacer al respecto.

—Pero sí hay algo que yo puedo hacer.

Hagen estaba mirando al suelo. Se le había ido formando una arruga en la frente y la dejó crecer.

—No quiero hacerlo. Juro que no voy a extraer de ello el menor placer. Pero, de la forma en que están las cosas, creo que no me queda otro remedio.

Alzó la cabeza y las arrugas habían desaparecido; sus ojos eran una mezcla de nostalgia y de carnicería.

Lawrence se levantó.

—Buenas noches, Matt.

Vio que los ojos de Hagen le rogaban que se sentase, le imploraban que se mostrase asustado. Vio que Hagen se ponía rígido, que un peso le surgía del estómago y que se le extendía por el pecho. Luego dejó de mirar a Hagen cuando se apartó de la mesa. Observó que los rostros de los demás se volvían de repente hacia la mesa, cuando un puño golpeó contra la madera.

Escuchó cómo el hombrón rugía:

—Vuelve aquí ahora mismo y siéntate…

Lawrence prosiguió su camino hacia el umbral que daba al salón, y, detrás de él, escuchó la mezcla de ruidos de una silla volcada y de una jarra que caía al suelo. Durante un instante de completa inmovilidad sintió cómo se tensaba un cable tendido muy dentro de él, un cable que significaba control y razonamiento, precaución y cualquier otra acción conectada con la normalidad. Luego, cuando escuchó la pesada y atronadora aproximación del hombrón, percibió cómo el cable chasqueaba y se dio la vuelta para ver a Hagen que se lanzaba contra él.

Los jugadores de póquer se habían levantado a toda prisa y ahora se alejaban con rapidez para apartarse de su camino. Alguno de los bebedores

se habían olvidado de sus vasos. Los otros seguían bebiendo mientras se sentaban a una mesa especial, colocada en primera fila.

—Esto no durará mucho —comentó uno de los que bebían.

—¿Habéis visto alguna vez a Hagen en acción? —preguntó otro—. Es algo digno de verse.

—Es como un toro. Todo él parece un toro.

—No os sentéis ahí —dijo Bertha—. Recoged vuestras bebidas y dejad sitio.

Con gran rapidez, sillas y mesas fueron empujadas hacia un lado del cuarto mientras, en el otro, Lawrence hacía oscilar la mano izquierda frente al rostro de Hagen, bailoteando atrás y adelante y apartando la cabeza de los ganchos de izquierda y de los movimientos envolventes de la mano derecha de Hagen. Éste aún no había conseguido golpearle, y pensó: «Tienes un par de dedos más de talla, y esto te da esa pequeña ventaja; por lo tanto, atente a esto y no pienses en nada más».

En aquel preciso instante, un buen gancho de izquierda le alcanzó en la cabeza. «Tú pesas ochenta y cinco kilos —pensó—, y ese bastardo ciento veinticinco por lo menos, e incluso con tanta carne es ágil como un gato, debes mantenerte alejado de su puño izquierdo, intenta meterte dentro de su guardia».

Se metió en el interior del gancho de izquierda y golpeó con ambos puños el estómago de Hagen. Éste intentó agarrarle con ambos brazos, pero él se apartó, bailoteó hacia un lado, aplastó un derechazo contra la mandíbula de Hagen, y lo enlazó con un corto izquierdazo; luego, de nuevo con la derecha, otra vez con la izquierda, viendo cómo saltaba sangre de los labios de Hagen, vio cómo la cabeza de Hagen se iba hacia atrás cuando otro fuerte izquierdazo le acertaba en el mentón.

«Dale ahora, dale, ahora mismo».

Avanzó y puso toda su potencia en un izquierdazo en la sección media. Escuchó el gruñido del resuello; vio cómo Hagen se doblaba, tratando de protegerse las tripas con los codos. Continuó adelante, lanzó la derecha y se dijo a sí mismo que aquél iba a ser el final. Pero, en ese momento, Hagen lo agarró de nuevo y esta vez lo cogió, y lo sujetó apretándole; luego lo soltó, apartándole con un derechazo lo bastante separado de él como para poder

alcanzarlo con un gancho de izquierda. Le dio de lleno de una forma sólida, terrible, tirándole hacia atrás, en el aire, con los pies sin tocar en el suelo, los brazos revoloteando. Lawrence se golpeó contra una mesa, se deslizó sobre ella con la espalda, y rodó hacia un lado justo en el momento de llegar al suelo. Vio que Hagen se le acercaba, y en lugar de intentar ponerse en pie, blandió ambos brazos como guadañas y golpeó al hombretón exactamente encima de los tobillos. Hagen cayó hacia un lado. Lawrence se puso en pie de un salto, se hizo atrás y comenzó a lanzar puntapiés a Hagen en las costillas.

—¿A patadas? —dijo éste—. ¿Vamos a seguir a patadas?

Lawrence le dio otro puntapié.

Hagen tosió. Sorteó una nueva patada, anduvo hasta un lado de la habitación donde no había mesas, sillas ni espectadores. Dio unas vueltas, golpeándose los puños, uno contra el otro, con un aspecto muy profesional, satisfecho de la forma en que las cosas se desarrollaban. Sonrió a Lawrence y le hizo un ademán con ambas manos. Éste último cogió una botella, procuró apuntar bien y se la tiró. La botella, medio llena de alcohol destilado ilegalmente, alcanzó a Hagen en el hombro y rebotó en él. Hagen continuó con sus sonrisas y saludos.

Lawrence se rogó a sí mismo el poder salir de los efectos del gancho de izquierda. Tenía la sensación de que dentro de su cabeza había un martilleo, y que algo hurgaba y pinchaba con un atizador al rojo en el centro de su cráneo. Vio cómo los bebedores y los jugadores de póquer le observaban y aguardaban a que cayese. Se dijo que debería dejarse caer y olvidarse de aquellas payasadas de dar puntapiés y arrojar botellas.

Luego se dio cuenta de que Bertha lo miraba. Tenía una mano en la cadera y la otra mano formaba un cansado ademán que le decía que se dejase caer al suelo y lo olvidase todo por esa noche.

Comenzó a derrumbarse, sintiendo el alivio de saber que todo había concluido y que ya no debería recibir un ulterior castigo. Cayó muy lentamente, con la cabeza colgando, los brazos lacios, observando cómo el suelo se acercaba a su rostro cada vez más y más. Y luego le llegó el sonido de aquella risa.

Cuando la oyó, tenía los ojos cerrados. Pero supo que era Hagen.

Sin embargo, el sonido pareció llegarle, en realidad, desde detrás de Hagen.

Era como una fuerza que aguijonease a Hagen y le urgiese a reír, por lo que, aquel sonido de risas, aunque emitido a través de los labios de Hagen, procedía de la Calle.

Era la voz de Ruxton Street, que se carcajeaba de él y le decía: «Eso es, ten miedo. La única forma de seguir conmigo es estar muerto de miedo».

Pero luego oyó la voz de otra calle, o tal vez de un campo verde en alguna parte, o quizá del mismo cielo.

«Ahora te dejas caer, pero caerás más abajo del suelo, mucho más bajo».

Se incorporó. Avanzó hacia Hagen con las manos alzadas, con los dedos inclinados en forma de armas apretadas, en vez de carne suelta.

Vio a Hagen agachado allí, esperándole, sin reír ya, sólo mirándole con fijeza para calibrar la forma en que su contrincante se aproximaba.

Se le acercó con lentitud, descartando la extendida mano izquierda, al estilo boxístico, sólo acercándose para lanzar un porrazo con su gancho.

Y llegó junto a Hagen y le dirigió un derechazo a la mandíbula. Hagen lo encajó, echándose hacia atrás, pero sólo de cintura para arriba.

Luego, Hagen le alcanzó a él debajo del ojo, y Lawrence lo golpeó sobre el corazón; Hagen le atacó con un izquierdazo en la boca y Lawrence contraatacó con un buen derechazo que alcanzó al otro en la mejilla.

El ex boxeador se hizo hacia atrás, amagó con la izquierda, y luego empleó ese mismo puño, en un gancho, saltando con él, haciéndolo voltear, hasta empotrarlo en pleno mentón de Lawrence.

La luz del techo deslumbró de auténtica blancura, después se volvió verde, a continuación azul y verde, y, luego, alguien pareció apagarla.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI

Por quinta o sexta vez, salió del desvanecimiento, abrió los ojos y trató de permanecer por encima de la negrura, pero sintió que se hundía de nuevo y luego ya estaba sumergido del todo; nada existía. Aquello duró, más o menos, otros veinte minutos, hasta que regresó otra vez a la consciencia. Parpadeó con fuerza por la luminosidad de la bombilla del dormitorio y de una lámpara próxima a la cama en la que descansaba. Alzándose sobre un codo vio que le habían quitado los zapatos. Entonces observó que le habían desabotonado la parte delantera del mono y sintió humedad en su desnudo pecho. Se dijo a sí mismo que la mujer debía de haberle echado una gran cantidad de agua encima. Se preguntó cuánto tiempo llevaría inconsciente. Se incorporó y vio un reloj en la cómoda al otro lado del cuarto, marcaba las tres y cuarenta.

Frunció el ceño. Casi cuatro horas de nada. Pero luego, sentándose en la cama, recordó algunas cosas vagas, como que le habían levantado del suelo, transportado, hablado y echado un poco de licor por la garganta. Alzó las piernas para colocarlas a un lado de la cama. En cuanto sus pies tocaron el suelo, no tuvo la sensación de que aquello fuese el suelo. Consideró la posibilidad de que estuviese gravemente herido. Pero saltó de la cama, se quedó en pie y anduvo hacia la coqueta, con todo lo cual notó que las energías volvían a él, y que su cerebro comenzaba a aclararse.

Enfrente del espejo de la coqueta, contempló mucho menos daño del que esperaba ver. Tenía una brecha en la frente, un chichón púrpura en el ojo derecho y un corte en los labios. Todo el lado derecho de su mandíbula aparecía hinchado, pero sólo ligeramente, y supo que su mandíbula no había sido la que se llevó lo más fuerte de los golpes. El mentón había recibido el impacto, pero toda la fuerza había viajado más allá de la mandíbula, hasta el cerebro. Se llevó las manos a las sienes y se toqueteó el cráneo, pensando que tal vez tuviese conmoción cerebral. Luego se preguntó a sí mismo el nombre, y se respondió correctamente, con lo que empezó a tener la

sensación de que había logrado salir con bien de aquello. No había conmoción cerebral, no tenía ningún hueso roto, podía ver con ambos ojos y respiraba por la nariz. Sonrió a su rostro en el espejo y le dijo que era afortunado.

Pero, al momento siguiente, se sintió mareado de nuevo y el suelo comenzó a oscilar. Regresó a la cama, tambaleándose, y se dejó caer boca abajo. Esperó atravesar otro proceso de hundimiento, pero la sensación fue más bien de flotar. Se dejó llevar por ella y, al cabo de unos instantes, sus dedos obedecieron a su cerebro y metió la mano en uno de los bolsillos del mono, sacando la cajetilla y las cerillas; luego rodó sobre la espalda y encendió un cigarrillo. Dio varias largas chupadas, y ya lo tenía casi mediado cuando la puerta se abrió, dando paso a Bertha.

La mujer le lanzó una rápida ojeada, luego se acercó a la coqueta, sacó un frasquito de sales y lo llevó a la cama.

Lawrence meneó la cabeza.

—No necesito eso. Ya estoy bien.

—Crees estar bien. —Le puso el frasquito en la mano—. Úsalo un poco. Llévatelo a casa.

Lawrence sostuvo el frasquito debajo de su nariz y aspiró con fuerza. Los vapores salieron y él sintió que algunas de las sombras se alejaban, como mechones de nubecillas grises que se difuminasen. Bertha se había sentado en el borde de la cama y había cogido uno de los cigarrillos del hombre.

—¿Es tu dormitorio? —preguntó él.

Ella asintió.

Lawrence lanzó una ojeada a las paredes recién empapeladas y a las almidonadas cortinas.

—Lo has amueblado muy bonito. Reluce de limpio.

—Intento mantenerlo limpio.

Los ojos de la mujer se apartaron del sucio mono, de las manchas de grasa y de sangre en las almohadas y en la colcha.

Él se quedó mirándolas.

—¿He sangrado mucho?

—Las manchas no son tuyas, sino de Hagen. Él te sacó de la cocina.

—¿Eso hizo? ¿Y por qué?

—Por pura amistad. ¿No te acuerdas? Eres su compinche de los viejos tiempos…

—Sí, lo sé. Pero, ¿por qué me subió por las escaleras? ¿Por qué me trajo aquí?

—Deseaba hablar contigo. Una charla en privado, sólo tú, él y la enfermera.

—¿Una enfermera?

—Yo… Te di whisky y te eché agua por encima.

—¿Y quién me quitó los zapatos?

—Lo hice yo. La cama estaba ya bastante sucia, pero tampoco quería que se ensuciase más.

Observó cómo la ceniza de su cigarrillo caía al suelo.

—Ten cuidado. Eso lo haces en tu casa…

—¿Desde cuándo eres tan considerada?

Ella no replicó, pero alargó la mano hacia la mesilla de noche y, tras coger un cenicero, se lo tendió.

—¿Qué sucedió con Hagen? —preguntó él—. ¿Dije algo?

—Hiciste pocas declaraciones…

—¿Como cuáles…?

Bertha se encogió de hombros.

—Todo fue muy confuso. No pude seguirlo.

Lawrence aguardó unos momentos.

—Vamos, cuéntamelo… —musitó.

Berta se encogió de nuevo de hombros.

—Muy bien —contestó él—. No me lo digas. Ya me enteraré por Hagen.

La respuesta de la mujer fue inmediata y dura.

—Debes mantenerte apartado de Hagen.

Lawrence sonrió levemente.

—No es un mal consejo. Pero no será fácil de seguir. A partir de este momento, no me perderá de vista. Él será quien no dejará que me mantenga aparte.

—Sí, lo hará.

—¿Y cómo te imaginas una cosa así?

—Ahora ya está satisfecho —replicó Bertha—. Sabe que no le causarás problemas.

—¿Y qué le hace tener esa seguridad?

La mujer se quedó mirando a Lawrence.

—Fue algo que balbuciste cuando tenías los ojos cerrados.

Él siguió exhibiendo su leve sonrisa, y aguardó.

—Le rogaste que no te pegase más —continuó Bertha—. Como si estuvieses de rodillas ante él, arrastrándote, y luego sobre el estómago, a sus pies. Y se lo suplicaste una y otra vez.

Lawrence se puso rígido. Sus labios estaban tirantes como si tuviese hielo en la boca.

—¿Qué me estás dando?

—Sólo las cosas por las que preguntas. Deseabas saberlo y te lo cuento.

Él meneó lentamente la cabeza y habló para sí mismo:

—No puedo creerlo.

Bertha se puso en pie. Se acercó a la coqueta, se miró en el espejo y se ajustó sus rojizos mechones. Luego cogió un lápiz de labios y se retocó la boca.

—Si no te hubieses arrastrado, no te encontrarías ahora aquí sentado y fumándote un cigarrillo. Estarías sepultado en alguna parte. O te hubieran atado como un fardo y te hubiesen llevado a los muelles de embarque del ferrocarril y puesto debajo de las ruedas. Pero el hecho es que te arrastraste, gemiste y le imploraste que no te lo hiciera. Y eso era exactamente lo que él deseaba escuchar. Sólo quería asegurarse de que le tenías miedo.

—Pero no se lo tengo.

Ella lo miró a través del espejo.

—Por el amor de Dios, Lawrence, sé adulto. Deja de hablar como un niño en el patio de la escuela.

—Lo que te digo es que no le tengo miedo.

—Entonces será mejor que te hagas examinar la cabeza con rayos equis. Algo funciona mal en tu cerebro.

Se volvió y se colocó frente a él.

—Intenta prestar atención a lo que te digo. Ya no se trata del Hagen que solías conocer. Este Hagen es otro tipo de matón. Éste es un matarife ambulante.

—Al diablo con eso —repuso mientras intentaba levantarse de la cama.

—Quédate ahí.

Lawrence se había apartado ya de la cama y se dirigía a la puerta. Bertha corrió tras él y se le puso delante.

—Apártate —dijo él.

—Escucha, Lawrence…

—¡Apártate, maldita sea…! No quiero decírtelo más veces.

—Aún estás tocado. Apenas te tienes en pie.

—Puedo permanecer en pie el tiempo suficiente como para hacerle saber que no me arrastro.

Alargó la mano, la agarró por los hombros y comenzó a apartarla de la puerta.

Ella dejó que la echara a un lado. Durante un momento, los brazos de la mujer cayeron inertes y permaneció allí, de pie. Lawrence estaba abriendo la puerta, preparado para salir, cuando ella lo cogió por la cintura.

—No —gritó—. Odio los funerales.

Y lo apartó de la puerta, cerrándola de un puntapié. Él se zafó de su abrazo y se tambaleó hacia la salida. Bertha cerró los puños, se los miró, frunció el ceño y luego los abrió. Su brazo salió disparado y la palma de su mano alcanzó a Lawrence en la mejilla. Éste cayó de lado, chocó contra la pared, rebotó en ella, y Bertha le abofeteó de nuevo. Él osciló, parpadeó y sonrió estúpidamente, mientras la mujer le alcanzaba otra vez.

—Si quieres pelear con alguien —silabeó ella—, hazlo conmigo.

—No es una mala idea.

Su sonrisa se ensanchó. Le lanzó un *swing* y falló. Probó con otro, pero lo erró adrede: sabía que le fracturaría la mandíbula si la alcanzaba. Se preguntó por qué no deseaba romperle el mentón. Pensó en todas las veces en que había soñado con hacer algo así, ver a aquella fulana de tres al cuarto andar con la cara cubierta de escayola. Una vez más, la abierta palma se estrelló contra su mejilla. En aquel golpe hubo una gran cantidad de

fuerza, y, una vez más, las nubes grises aparecieron en su cabeza y comenzaron a dar vueltas y vueltas.

—Me voy a dar un paseo —musitó.

—Te quedarás aquí.

Con toda su fuerza, le asestó otra bofetada que le hizo retroceder, tambaleante. Perdido el equilibrio por completo, él se derrumbó sobre la cama.

Tenía los ojos abiertos pero todo lo veía borroso y las nubes de su cerebro comenzaron a girar más y más aprisa, hasta hacerlo de manera vertiginosa. Después le pareció que unas esposas, en las muñecas y en los tobillos, le sujetaban a la cama.

Bertha se acercó a él. Su respiración era pesada, tenía el cabello desordenado y las manos en las caderas.

—¿Y ahora, qué? —dijo—. ¿Aún sigues con ganas de pelear?

—Quiero ir a pasear.

—Claro que sí —le respondió ella—. Iremos juntos. —¿Juntos? ¿Tú y yo?

Sonrió más allá de ella, en dirección a la puerta.

—Eso es… —declaró Bertha—. Vamos, levántate y daremos un paseíto.

Ella alargó las manos bajo los robustos brazos y lo sacó de la cama. El hombre se desplomó sobre sus rodillas. Bertha maldijo por lo bajo. Tiró de él y Lawrence la rechazó, tras lo cual cayó de bruces al suelo. Bertha soltó unas palabrotas en voz más alta. Tiró de nuevo del hombre, se esforzó lo indecible y consiguió ponerle en pie una vez más. Empezaron a alejarse del lecho, pero no hacia la salida. Se encaminaban a la otra puerta, que Bertha abrió. Lawrence vio el blanco embaldosado, el lavabo y la bañera. Trató de hacerse hacia atrás, pero Bertha lo empujó con violencia, con lo que él perdió el equilibrio y se precipitó sobre sus rodillas. El blanco suelo se alzó hacia sus ojos, descendió, subió y luego comenzó a estremecerse, como unas natillas en un plato. Escuchó el borboteo del agua, oyó una voz que decía algo acerca de un tratamiento con agua fría. Y después rodó sobre su espalda y vio la mancha borrosa del rojizo cabello femenino y el satén púrpura. Trató de mantener los ojos enfocados, intentó decir algo, quiso

preguntarle qué diablos hacía. Porque acababa de notar que le estaban quitando el mono.

Logró alzarse sobre los codos, pero eso fue todo lo que consiguió. Bertha le despojó del mono, y luego de los calcetines. Le desabotonó los calzoncillos y empezó a bajárselos, mas se quedaron atascados, y ella los desgarró. Lawrence escuchó cómo el agua comenzaba a llenar la bañera.

—Levántate —le dijo Bertha—. Métete en el baño.

Él intentó hablar, mas el sonido que emitió fue el balbuceo de un idiota.

—Vamos…

Comenzó a incorporarlo.

—Necesitas un buen baño.

Él se tambaleó, pero ella lo guió hacia la bañera y luego, mientras él intentaba echarse atrás, lo empujó por encima del reborde y lo introdujo en el agua. Al estar fría, le mordió en los tobillos, y le hizo emitir un ahogado chillido. Bertha lo introdujo más profundamente en el agua y Lawrence se sentó, con los ojos cerrados y la boca abierta. Ella le salpicó el rostro con agua. La bañera ya estaba casi llena por lo que Bertha cerró el grifo. Lawrence seguía allí sentado, con el agua fría casi hasta el pecho.

Oyó que Bertha le decía:

—Aquí hay una pastilla de jabón.

Tenía el jabón en la mano. Se le escurrió y se hundió hasta el fondo de la bañera. Bertha metió la mano en el agua, encontró el jabón y se lo entregó de nuevo. Él se quedó mirándolo y se dijo a sí mismo que debía seguir adelante y usarlo. Si no movía los brazos y aceleraba la circulación de la sangre, se quedaría congelado. Mientras se enjabonaba, oyó que los dientes le castañeteaban como el motor de una lancha. Bertha recogió el mono, los calzoncillos y los calcetines y los sacó del cuarto de baño. Lawrence se dedicó con ahínco al jabón. Jadeaba y gemía, pero, poco a poco, el agua dejó de morderle y empezó a infundirle una sensación más o menos placentera, como si una mano le acariciase la frente. Hundió la espumeante cabeza debajo del agua, y la sensación le resultó muy agradable, por lo que permaneció así sumergido durante un momento. Sintió que el cerebro se le aclaraba. Alzándose en la bañera, alargó la mano en busca de la toalla y logró mantener enfocado el cuarto. Salió de la

bañera, se secó cuidadosamente, se enrolló la toalla en la cintura y se dirigió al dormitorio.

Bertha estaba de pie, al lado de la coqueta. Llevaba una bata guateada de satén azul y tenía las manos ocupadas en el tozudo corcho de una botella sin etiqueta. Sin mirar a Lawrence le tendió la botella, y él movió el tapón hasta que quedase flojo y luego lo sacó. Bertha tenía preparados dos vasos de agua y le hizo un ademán para que empezase a llenarlos. Lawrence obedeció de una manera mecánica y los dejó mediados de aquel licor incoloro, que tenía un aroma mucho más fuerte que el whisky de maíz que se había tomado en la cocina. Ese licor poseía un olor definitivamente peligroso. Vio a Bertha alzar su vaso. Pero, en vez de bebérselo, lo bajó de nuevo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué aguardas? —preguntó ella.

—A ver cómo te lo bebes.

—Beberemos juntos —respondió Bertha.

Él puso el vaso al nivel del de ella. Luego, ambos comenzaron a beber. No pudo ver cómo se lo tomaba Bertha, porque sus ojos estaban hundidos por completo en sus cuencas, y parecían caminar hacia la nuca. Además de que una sierra para metales le estaba atacando las paredes de la garganta. Cuando aquello le llegó al estómago, casi pudo oír el crujir y el sisear de la caldera satánica que se le había encendido allí. El cuerpo se le tensó, como si su cráneo necesitase del techo y los pies del suelo. Luego se dobló, y, a continuación, se tensó de nuevo. De repente, el suelo se convirtió en el techo. Las paredes se precipitaron hacia él, que flotaba de espaldas. Tras todo lo que había experimentado, una especie de número acrobático pareció lanzarle por todo el cuarto y a través de la ventana, y luego hacia el techo, y a continuación hasta donde ahora se encontraba de pie, mirando a Bertha. Ella bebía como un chiquillo que toma un vaso de leche.

Lawrence jadeó, se estremeció y volvió a jadear.

—¡Qué gran salto, por Judas!

—¿Te gusta? —murmuró Bertha.

—¿Qué es?

—Rayos y centellas…

—¿Quién lo embotella?

—Se lo compro a Hagen.

—Hagen… —dijo.

Repitió el nombre y lo murmuró por tercera vez, como si el pronunciarlo en voz alta constituyese alguna clase de prueba.

—Tómate otro traguito —le indicó ella.

—¿Crees que lo necesito?

Bertha asintió. Sus ojos se habían convertido en una serie de aparatos de medición, que calculaban la temperatura de su estado de ánimo.

Lawrence bebió de nuevo. Esta vez tragó el líquido con más facilidad. Luego, se encontró diciendo:

—Ahora todo va bien. Podemos hablar de Hagen.

—¿Seguro?

—Creo que sí…

—Eso no es suficiente —respondió Bertha—. Tienes que estar seguro.

Señaló el vaso que él tenía en la mano.

—Tómate otro.

—Si bebo algo más, caeré redondo al suelo.

—No, no lo harás. Vamos, un trago más. Prepárate uno bien grande.

Él alzó el vaso, inclinó la cabeza hacia atrás y el matarratas se deslizó por su garganta como un río en llamas. Mantuvo el vaso pegado a los labios y sintió cómo el fuego se deslizaba hacia abajo. Eructó y trató de retirar el vaso de entre los dientes; pero, de alguna forma, no pudo hacerlo hasta que no quedó ni una gota de líquido. Sonrió a Bertha y le mostró el vaso vacío. A continuación lo dejó con fuerza sobre la coqueta, como si fuese una prueba.

Se enderezó, con las piernas firmes y el cerebro despejado. Sonrió a Bertha.

—Me parece que debería seguir con otra ración de estos rayos y centellas —dijo.

—No —replicó ella—. Con este matarratas hay un límite. Cuando te detienes en él, todo va bien. Pero si lo pasas, te encontrarás rodeado de médicos y de enfermeras.

—No estoy muy seguro de haber llegado a ese límite.

—Ya lo creo que sí.

Colocó el tapón a la botella, abrió el cajón superior de la coqueta y metió la botella dentro.

—Ésa no es la manera de vender tu mercancía —observó Lawrence.

Ella sonrió, amistosa.

—¿Y quién te ha dicho que la vendo? Mis asuntos comerciales los hago en el piso de abajo. Aquí arriba, todo es estricta vida social.

—¿Hacemos vida social?

—Confío en que sí.

Lawrence consideró sus palabras durante un momento.

—Pues hay algo extraño —murmuró—. Tú no me gustas a mí, y yo no te gusto a ti. Sin embargo, aquí estamos, haciendo vida de sociedad.

Bertha se encogió de hombros.

—Así ocurren las cosas a veces…

—Y no sólo eso —prosiguió él—, sino que me has hecho un buen trabajo y has evitado que saliese corriendo de aquí para acabar en pedazos. Porque eso es lo que hubiera sucedido, de haber seguido importunando a Hagen. O tal vez su amigo guaperas me hubiese hundido la navaja en el cuerpo y mañana verías a mi mujer vestida de luto. Has impedido que hiciera todo eso, y me gustaría saber el porqué…

La mujer se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—Mirémoslo así, Lawrence. Digamos que lo hice en recuerdo de los viejos tiempos.

—¿Los viejos tiempos? —Se rascó la nuca—. Eso no tiene sentido. Para ti siempre he sido un cero a la izquierda.

—No… —Ella no lo miraba—. Nada de cero. Has sido un asqueroso por aquí, un asqueroso por allá. Pero nunca un cero. —Alzó las piernas hasta dejarlas encima de la cama y se acurrucó contra una almohada—. Resulta muy agradable verte de pie, aún vivo. Confío en que escuches lo que he de decirte y continúes con vida. Lo único que me preocupa es tu belicoso temperamento. Siempre has sido una persona de muy mal carácter. Lo que hace falta ahora es que te domines.

—Supongo que podré hacerlo.

—No supongas nada. Repítele a tu cerebro que ha de conseguirlo. Ven aquí, Lawrence. Siéntate.

Aguardó hasta que el hombre estuvo sentado en el borde de la cama y luego continuó:

—Es importante que sepas la forma en que las cosas funcionan en esta calle. Quiero decir, la clase de acción que dejaste atrás cuando eras un chiquillo. Las cosas estaban muy mal, entonces; pero, ahora, son muchísimo peor. Porque entonces sólo se trataba de unos niños que jugaban a algo, y ahora son los mismos chiquillos, sólo que ya creciditos, y que, seguro como el infierno, ya no se dedican a jugar. Ahora, si ven que alguien se cruza en su camino, no se limitan a tirarlo al suelo, sino que se desembarazan de él. Te podría recitar toda una lista de chicos y chicas con los que has crecido, y que ya no verás corretear por aquí. Y no porque se hayan trasladado de barrio. Sino porque están muertos. Jamás has leído algo acerca de ellos en los periódicos; se trata, simplemente, de algo que se da por sentado y de lo que nadie te hablará. A menos que te metas en la acción y te conviertas en un miembro de pleno derecho de la organización.

—¿Qué organización?

—Es algo que no tiene un nombre. Le llamamos la organización. El ser miembro de ella te convierte en un habitual armafollones, infractor de la ley, borrachín, o sólo un simple gato callejero. No mantenemos reuniones, ni tampoco abonamos cuotas. Pero, de todos modos, no deja de ser una organización, y o estás dentro o estás fuera. Si te encuentras dentro, lo mejor es que permanezcas así. Si estás fuera, lo mejor es que te dediques a tus propios asuntos y no te interfieras. Un movimiento equivocado, sólo uno, y estás perdido. Y quiero decir *perdido*. No existe lo que podría ser una advertencia. O es una zona segura o el cementerio. No existen medias tintas.

Él permaneció silencioso durante un momento.

—No deberías contarme todo esto —dijo luego—. Yo no soy miembro…

—Sí, desde luego que lo eres.

Él frunció el ceño y aguardó.

—Estás dentro, Lawrence —prosiguió Bertha—. Te guste o no, estás dentro.

—¿Y quién lo dice?

—Nadie. No es necesario decirlo. Se trata de un hecho, eso es todo…

Lawrence meneó la cabeza.

—Yo no lo veo así.

—Pues piensa un poco y lo comprenderás.

Lawrence reflexionó durante un momento.

—Todo cuanto sé es que Hagen me dejó librarme con facilidad esta noche.

—Pues eso es todo lo que necesitas saber.

—¿Y cómo se sigue desde aquí?

—Tú lo harás. Ahora sabes algo que se supone ignoras. Es decir, a menos que estés dentro. Y Hagen ha declarado que lo estás. Cuando se fue de aquí esta noche y te dejo en esta habitación, respirando aún, es que usted se encuentra dentro, señor. Dentro, sin la menor duda.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Nada.

—¿Nada?

—Eso es lo que acabo de decirte.

Lawrence se apoyó sobre los codos.

—Has contestado como si se tratara de un trabajo muy difícil.

—Es algo mucho más duro de lo que te crees. —Su rostro reflejaba solemnidad—. No existe nada más duro que saber lo que ocurre, que no te gusta, y no poder hacer nada al respecto. Por ejemplo, yo. Todo lo que hago, en realidad, es vender bebidas de contrabando y llevarme mi parte de la mesa de póquer. Sólo eso. Y, sin embargo, cuando te detienes a pensarlo, estoy atada con todas las otras actividades, los robos, los incendios premeditados, los asaltos y los crímenes, y ciertos asuntos peores que el asesinato. Como lo que está ocurriendo ahora con esa china.

—Olvidémonos de la chinita.

—¿Puedes hacerlo?

—No es algo que me esté pasando a mí. —Su respuesta fue hosca.

—Ni a mí tampoco. Pero está sucediendo.

—Y un montón de cosas más.

Ella se inclinó hacia delante, alzando las rodillas y cruzando las manos alrededor de ellas.

—Claro —manifestó—. Un montón de cosas. Pero no es otra cosa que un tópico más. Y sucede cerca de mi casa. Puedo ver lo que ocurre. Conozco todo el asunto. Hagen me ha facilitado su descripción. Así ocurre siempre. Siempre hay alguien que me lo describe, me cuenta lo que van a hacer al respecto, me explican cada uno de los movimientos. Entonces, ¿qué hago? Pues me siento aquí y escucho. Luego sigo sentada y veo cómo sucede. Todo el tiempo ocurre lo mismo, y yo, aquí sentada. Dios mío, si eso no es un trabajo duro, ya me dirás qué es.

Después, la mujer saltó de la cama y se dirigió al otro lado del dormitorio, abrió el cajón de la coqueta y sacó la botella. Mientras la alzaba hasta la boca, su mano libre estaba apretada y Lawrence escuchó el crujir de los nudillos. Quedó asombrado de la forma en que bebía. El alcohol era ingerido como si se tratase de agua. Respiró hondo, preparándose para otro trago.

—Me dijiste que había un límite —le recordó Lawrence.

—Al diablo con el límite.

—Mañana serás una chica enferma.

—Ya estoy enferma. Por eso me tomo la medicina.

Y no la hay mejor que ésta.

Bebió un largo trago de la botella. Luego pasó por unos momentos de ahogos y jadeos, pero cuando pudo respirar volvió a levantar la botella.

Lawrence se dijo que debía ponerse en pie, acercarse hasta allí y quitarle la botella antes de que la mujer se prendiese fuego. Pero no pudo moverse de la cama. El licor que había consumido se hallaba ahora en el proceso de inducirle al sueño. Los párpados comenzaban a pesarle, y escuchó la voz de Bertha como si se encontrase a muchos kilómetros de distancia y sus palabras le llegasen a través de un túnel.

—Cuando se trata de ti y de mí, no existe otra cosa que la organización, y no hay en absoluto acción en Ruxton Street.

Bebió de nuevo.

—¿Dónde están mis ropas? —murmuró Lawrence—. Dame mis ropas…

—Él quiere sus ropas —dijo Bertha dirigiéndose a la botella—. El hombre quiere sus ropas…

Lawrence rodó sobre sí mismo, por lo que se encontró con las dos piernas encima de la cama. Descansaba de lado. Sus ojos permanecían cerrados al tiempo que musitaba:

—Vete a casa, es tarde. Mañana tienes que trabajar…

—Escúchale…

Bertha siguió hablándole a la botella, que mantenía aferrada con ambas manos, cerca de los ojos, mientras se tambaleaba de pared a pared.

—Dice que mañana tiene que ir a trabajar. Como si la estación de carga no pudiese funcionar sin él, y todo fuera a detenerse si no acude al trabajo. Realmente le preocupa que los trenes no funcionen…

—Al diablo con los trenes —murmuró Lawrence—. Lo que quiero es ganar el cheque de mi paga.

—Vaya. —Bertha no dejaba de hablarle a la botella—. Eso parece razonable. El hombre odia perderse el salario diario. Con él paga la tienda, el alquiler… ¡No se le puede culpar por ello! Se trata de lo más importante, lo que está por delante de todo. Conseguir el dinero con que llenarte la tripa y tener un techo por encima de la cabeza. Pero una vez has conseguido eso, entonces, ¿qué? ¿Existe algo más? Quiero decir, aparte de conseguir la comida o hacer el payaso por ahí, ¿hay algo más? Y no hace falta que busques una respuesta. Ya la conoces. Pero la cuestión es que no puedes emplearla. Estás metido hasta el cuello en la acción, eres, con todas las de la ley, un miembro de la organización, un auténtico gato de Ruxton, como Hagen dice. Por lo tanto, todo lo que te cabe hacer es sentarte, ponerte cómodo y ver cómo suceden las cosas, con la muchacha china, ahora mismo, en el cuarto de Hagen. Le haría un auténtico favor a la chica si le echase las manos a la garganta y apretase y apretase hasta que ya no quedase nada que apretar. Pero no lo hará.

Lawrence abrió los ojos, los cerró, volvió a abrirlos.

—Tienes que echarme una mano. Ayúdame a dejar la cama. He de irme a casa. Mañana debo trabajar.

Bertha se estaba tomando otro trago. Cuando intentaba vaciar la botella, ésta se le cayó de la mano. Hizo un raro ademán para atraparla en el aire, antes de que tocase el suelo; pero ya había aterrizado en él y carecía de todo tipo de forma, no era otra cosa que una medusa. Bertha se agachó y alargó

la mano hacia los cristales, pero fue como si se deslizasen, o tal vez el suelo se movió, con el resultado de que el impulso la envió hacia la cama en vez de hacia la botella. Llegó al lecho y se derrumbó de bruces, con un brazo sobre el pecho de Lawrence.

—Maldita sea… —murmuró éste.

Tenía los ojos cerrados y sus manos buscaron a tientas el brazo de la mujer para quitárselo de encima. Parecía aplastarle, enviándolo debajo de la cama, debajo del suelo, debajo de cualquier cosa…

Horas después abrió los ojos, volvió la cabeza y vio a Bertha allí, a su lado. Se miró a sí mismo y luego a la toalla, que se le había deslizado de la cintura. Colgaba a un lado de la cama. La observó durante un momento; luego se incorporó con lentitud, y, una vez más, se quedó mirando a la mujer. Tenía la espalda vuelta hacia él y sus hombros se movían en un firme ritmo lento de sueño profundo. El cabello rojo oscuro era como un amplio plumaje extendido sobre la almohada, con los mechones más largos rozándole los codos. Miró aquel reluciente cabello rojizo, y luego más abajo, a lo largo del declive de sus costillas, hasta llegar a la rica plenitud de su cuerpo, que parecía moverse hacia él; aunque, en realidad, no fuera así. Se preguntó si tendría algún pensamiento en su cerebro en aquel momento, y trató de mirarse el interior de los sesos, pero todo cuanto pudo hacer fue observar el suave y redondeado cuerpo de Bertha. Entonces, como si la presión de su mirada fuera un sonido o una mano que le propinara un codazo, la mujer se dio la vuelta, se despertó y vio cómo la miraba. Echó los hombros hacia atrás. Él se dijo que debía saltar de la cama, salir, cruzar la calle y marcharse a la otra cama, a la que él pertenecía; pero alargó la mano y rozó el hombro de Bertha. Al tocar su carne, una especie de bolita de algo al rojo vivo se le metió en la mano y subió con rapidez a lo largo de su brazo, hasta el pecho, y luego a lo largo de sus costillas, y más abajo. Mientras tanto, aquel calor al rojo vivo le alcanzó el cerebro, y el resplandor apareció en sus ojos y su mano se endureció en el hombro de la mujer. Trató de decirse que, en realidad, no estaba haciendo aquello, sino que todo ocurría por haberse bebido aquel líquido de dinamita.

«Aparta la mano, sin importarte la razón de que no puedas apartarla».

Pero entonces pareció que había todas las razones del mundo para no hacerlo. Era como dar un golpe al Tiempo y borrar todos aquellos años de haber estado más muerto que vivo. Como si aquel primer piso del otro lado de la calle fuera sólo un espacio vacío donde nada hubiese sucedido. Sólo un intervalo de espera, sin saber qué había estado aguardando, pero conociendo ahora que había esperado esa noche, precisamente.

Por ello, sus brazos rodearon a la mujer y sus labios se apretaron contra la boca de ella. Y Bertha puso las manos en su rostro y él pudo degustar el salvaje aroma de ella. Durante un rato, el único sonido en la habitación fue el de los pequeños trozos de yeso que comenzaron a caer de la pared detrás de la cama.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

Eran las tres de la tarde y estaba sentado en el borde de la cama, mientras se ponía el mono, los calcetines y los zapatos. Bertha estaba de pie ante la coqueta, todavía con la bata de satén azul y fumando un cigarrillo. Exhibía una suave sonrisa en los labios y otra, aún más brillante, en los ojos. Le estaba mirando y se decía a sí misma todo acerca de Lawrence. Trataba de dejar de pensar en él, pero incapaz de mantener el dominio de sus pensamientos porque aún se sentía débil y aturdida.

En la coqueta había una bandeja que contenía dos tazas en sus platillos y una cafetera. Acababa de subirlo de la cocina, y había llenado una taza, que le acercó. Él dijo que no quería nada. Pero ella insistió en que se la tomase y él aceptó, aunque sin mirar a la mujer.

«Aún no se ha despertado por completo —pensó ella—, estará bien del todo en cuanto se tome el café y se espabile».

Lawrence se bebió el café. Era muy fuerte y empezó a despertarle por instantes. Sintió la cabeza despejada y ya no hubo incomodidad física por el licor que se había tomado la noche anterior. Su estómago pedía comida, y se dijo que debería pararse en «Sam’s» antes de llegar al apartadero de carga. En «Sam’s», decidió, tomaría un copioso desayuno. Le llevaría su tiempo el dar cuenta de él. No había razón para apresurarse. Ya llevaba una hora de retraso y otra hora más no pondría las cosas peor de lo que estaban. De todos modos, la gente del ferrocarril siempre se quejaba de que los soldadores de primera clase escaseaban, y podía trabajar más tiempo si lo deseaba, por lo que esa noche tendría que estar dos horas más para ganarse el salario completo.

Se acabó el café y se puso en pie. Llevó la taza a la coqueta y la depositó en la bandeja; luego se acercó a la puerta y la abrió.

—¿Ya te vas? —preguntó Bertha.

—¿Es que no lo parece?

Bertha pasó delante de él y cerró la puerta.

—¿Siempre te comportas así cuando te despiertas?

—¿Me comporto…? —dijo él en voz baja—. Pero si no he pronunciado ni una sola palabra…

—A eso me refiero. ¿Qué te inquieta?

La voz del hombre se volvió aún más baja cuando contestó:

—No me gusta hacer el papel de novato. —Ahora estaba mirando al suelo—. Si se trata de un trabajo inteligente, no me importa demasiado. Pero cuando es una cosa barata y corrompida, como emborracharme y emplearme para una loca…

—¿Qué?

—Está bien, está bien. Haz el numerito de la tonta. No tienes la menor idea de lo que hablo. Ni siquiera te encontrabas aquí cuando sucedió. Estabas en el parque, recogiendo dientes de león…

—¿Y dónde estabas tú?

—En ninguna parte —replicó—. Maldita sea, te aseguraste de que fuese así. Me estuviste suministrando cera para muebles, o lo que fuese. Hasta que perdí la cabeza y no supe lo que hacía.

Ella se limitó a mirarle durante un momento.

—Si lo recuerdo correctamente —repuso Bertha—, estaba profundamente dormida cuando alguien me despertó…

—No fue el hombre que está aquí.

—¿De veras? —alzó las cejas—. ¿Entonces quién era?

—¿Por qué te molestas en preguntarlo? A ti no te importa quién fuese. En lo que a ti se refiere, pudo tratarse de cualquiera…

Bertha se apartó de la puerta. Su rostro pareció por completo inexpresivo.

Él abrió, salió del dormitorio, recorrió el pasillo y bajó las escaleras, cada vez más de prisa, como si salir de la casa a toda velocidad pudiese ayudarle a olvidar lo que había sucedido bajo aquel techo. Al llegar a la calle se encaminó hacia el restaurante de Sam; pero sintió que su cabeza se volvía en otra dirección, sus ojos señalaron al otro lado de la calle, hacia la casa de un piso. Edna estaba sentada allí, en el umbral, mirándole.

Cruzó la calle con paso lento. Edna se levantó de los escalones y entró en la casa. Se dijo a sí mismo que no debía ir en ese momento, sino

aguardar un poco, tal vez darse una vuelta por las calles de alrededor, o continuar caminando hasta encontrarse demasiado lejos como para regresar. Pero, a continuación, se encontraba ya en el bordillo, subía los escalones de madera y abría la puerta que le dio paso a la pequeña y desgastada sala de estar de la casa. En ella se hallaban tres personas, pero no les prestó la menor atención y siguió por un estrecho y oscuro pasillo, pasó ante un dormitorio y se introdujo en otro, en donde Ella estaba sentada en una silla, cerca de la ventana. Tenía las manos en el regazo y miraba al suelo.

Lawrence cruzó el cuarto y se puso junto a la ventana, mirando afuera. La ventana daba a un callejón, y al otro lado del callejón había una barraca de madera. La pared se veía astillada y algunas tablas aparecían sueltas. Mientras contemplaba la pared, una pequeña forma gris pasó con rapidez a través de un madero suelto y luego se deslizó en una ranura. Después retrocedió y corrió al otro lado del tablón. Él se quedó allí, de pie, observando cómo corría hacia detrás y hacia delante.

Escuchó que su mujer le decía:

—¿Has desayunado?

—No.

—Te prepararé algo.

—No —repuso—. Tomaré algo en «Sam’s».

—¿Y por qué vas a hacer eso? Hay comida en casa.

—He dicho que voy a «Sam’s».

—No chilles, Chet. No debes gritar.

Al otro lado del callejón, la pequeña forma gris redujo la velocidad de su paso por la tabla suelta, se detuvo y se quedó mirando al hombre de la ventana. Entonces se levantó sobre las patas traseras y movió los bigotes, como si estuviese saludándole.

Lawrence se volvió de espaldas a la ventana, inclinándose contra el alféizar con los brazos cruzados, aguardando a que ella hablase de nuevo. Pero su mujer no dijo nada, se limitó a permanecer sentada, inmóvil, con las delgadas manos descansando en su estrecho y huesudo regazo, y los hombros caídos. Lawrence la miró, parpadeó varias veces y se encontró preguntándose quién era ella. Se volvió de nuevo hacia la ventana y vio que el ratón se bamboleaba en el extremo de la tabla floja. Mientras lo miraba,

la cola osciló y luego se convirtió en un gesto, en una especie de súplica, como si el ratón estuviese diciendo:

«Por favor, haz algo, no te limites a estar ahí de pie».

Pero él siguió allí, de pie, y vio que el gato se tomaba su tiempo mientras alargaba una zarpa que, durante un instante, acarició al ratón; luego, ya tenía al roedor en la boca y se alejaba por el callejón, hasta perderse de vista. Ahora ya no había nada que mirar afuera, e incluso no se percibía el menor sonido. Sin embargo, a Lawrence le pareció que el ratón seguía allí, bamboleándose en el suelto madero. Le pareció escuchar su chillido quejumbroso.

—¿No vas hoy a trabajar? —preguntó Edna.

—No lo sé.

—¿Seguro que no quieres que te prepare algo de comer?

Él bajó la cabeza, con las manos apretando con fuerza contra el alféizar de la ventana.

—Muy bien —murmuró—, prepárame algo. Me lo comeré.

Edna se levantó. Se movió con lentitud por el cuarto. Al llegar a la puerta, se volvió para mirarle. Lawrence se apartó de la ventana y la vio de pie, en la puerta, mientras sus ojos trataban de llegar hasta él.

—¿Y bien? —dijo.

Ella meneó la cabeza con rapidez, casi en un estremecimiento, luego abrió la puerta y salió de la habitación. Lawrence comenzó a andar hacia la puerta; pero retrocedió, se golpeó con el puño la palma de la otra mano; se la golpeó de nuevo. Y otra vez. Empezó a caminar de un lado para otro, en el pequeño espacio que había entre la cama y la coqueta. Transcurrieron unos minutos y luego salió de prisa del cuarto, cruzó el pasillo y entró en la sala de estar, donde sus parientes políticos estaban arrodillados en el suelo con un par de dados. Le oyeron entrar, pero no se volvieron a mirarle. Los dados rodaron por la alfombra, chocaron contra la pared, rebotaron y mostraron un total de nueve puntos blancos.

Lawrence se sentó en el destartalado sofá. Observó al trío de lanzadores de dados, el viejo, el hijo del viejo y la mujer de este último. Estaban haciendo movimiento y emitiendo sonidos, pero los miró como si de tres inanimados accesorios se tratara; algo que jamás llegaría a tener vida a

menos que le estuviesen pidiendo dinero o sacándole de manera muy activa de quicio.

Desde hacía mucho tiempo había conseguido pasar más allá del punto donde la presencia de aquellas personas en la casa era de todo punto insoportable, y ahora los miraba como muebles inútiles, o sombras vaporosas que entraban y salían de las habitaciones, que entraban y salían de la casa a todas las horas de la noche.

Pero en eses momento, de repente, por alguna inexplicable razón, los vio como estructuras vivientes, compuestas de carne, conteniendo jugos activos, y respirando el mismo aire que él. Fijó la mirada en ellos, estudiándolos como si fuese a realizar el bosquejo de una serie de cuadros, que los mostraría primero como tres echadores de dados, arrodillados sobre una alfombra, y, luego, los representaría tambaleándose a lo largo de la calle, con zapatos que necesitaban unas medias suelas y ropa que precisaba de remiendos. Enseñarlos en la cocina, tratando de acabarse una comida que no podían terminar porque llevaban demasiado alcohol en su sistema. O dormidos como troncos en la pequeña habitación donde el viejo ocupaba un camastro del Ejército, y la pareja casada dormía en la cama, excepto cuando ella arrojaba a Paul del lecho, y éste tenía que dormir en el suelo. Por lo tanto, allí estaban aquellos tres, sus parientes políticos, el padre de Edna, su hermano y su cuñada.

Lawrence pensó:

«Durante nueve años, nunca los has mirado bien, pero será mejor que los conozcas. Ya no puedes ser más un espectador, y esto es del todo seguro. Vas montado con ellos en el mismo sucio carromato. Anoche bebiste matarratas, lo mismo que Paul».

Por el momento, dejó a los otros a un lado para enfocar a Paul, su cuñado. Vio la casi calva cabeza, la desgarrada chaqueta y los pantalones, que ni el más pobre patán de la Calle aceptaría como regalo. Paul, de estatura media, muy delgado, tenía una historia de treinta años de no ser nada en absoluto, excepto el ser arrestado por borracho y por conducta desordenada. Los antecedentes laborales de Paul consistían en tres temporadas navideñas de trabajo en Correos. Aparte de eso, se ganaba algunas monedas de 10 y de 15 centavos en los salones de billar locales,

donde era conocido como un muy competente y despabilado jugador de billar americano. Se trataba de un individuo demasiado tímido, excepto cuando el alcohol lo ponía en órbita, momentos durante los que emitía alaridos taladrantes, parecidos al chillido de alguna rara ave tropical, y cuando arañaba con las uñas. Y, casi siempre, el objetivo de aquellos ataques era su esposa, Connie.

Lawrence la miró, y vio su cabello del color del chocolate poco cargado, arreglado en forma de perro caniche, con las orejas al descubierto, la nuca afeitada y la cicatriz de un navajazo que le cruzaba el cuello, iba hacia la espalda y se adentraba hasta las paletillas. Medía un metro sesenta y pesaba cuarenta y cinco kilos. Pero su construcción en forma de judía verde poseía una flexibilidad que permitía que sus miembros se retorciesen como si fuesen de goma. Utilizaba esa habilidad para conseguir un promedio de treinta dólares semanales como contorsionista profesional en fiestas de hombres solos. Gastaba la mayor parte de este dinero en ginebra y el resto en el salón de belleza, con tratamientos faciales que no le procuraban mejora alguna. Durante la adolescencia, debido a que tenía espinillas, había empleado una navaja de afeitar para cortárselas. Como resultado de todo ello, su rostro había desarrollado la textura de una pista de ceniza. A causa de varios problemas en Ruxton Street tenía un ojo salido de sitio, le habían roto tres veces la nariz y su mandíbula había resultado alcanzada tan a menudo que carecía de forma definida.

Sin embargo, Lawrence pensó que los hombres la miraban, e incluso pagaban para mirarla. Se preguntó el porqué y visualizó a Connie en una fiesta de hombres solos, mientras la audiencia se inclinaba hacia delante y veían a aquella anguila eléctrica, que era capaz de incendiar un colchón.

Después contempló al viejo, el padre de Edna, un viudo de setenta y tres años, que nunca había permitido a la edad interferirse en sus asuntos. El viejo George no dejaba jamás de intentarlo. A veces, tenía que esperar hasta que su hijo estuviese durmiendo en el suelo, para bajarse en silencio de su camastro del Ejército, fingiendo ser sonámbulo, y avanzar hacia la cama de su nuera, que lo observaba con los ojos entrecerrados en el estupor de una borrachera de ginebra. Aquel anciano alegaba que, de vez en cuando, de verdad, se marcaba un tanto. Por supuesto, eso dependía de la cantidad de

ginebra que ella se hubiera metido entre pecho y espalda. Por lo tanto, el viejo siempre llevaba ginebra a casa, cuando podía robar una botella de alguna mesa poco vigilada.

Aquí está, siguió pensando Lawrence, y estudió al viejo como si tuviese algo en una caja de cristal con el letrero de «Prueba Especial». Resultaba difícil de creer, pero así eran las cosas. Los amarillentos ojos parecían controlar el menor movimiento de los rodantes dados, como si hubiera unos invisibles cables entre los dados y los ojos. El viejo había pasado la mayor parte de sus años de juventud en varias casas de juego y manipulaba los dados con un rápido y profesional retorcimiento de muñeca, inclinándose hacia ellos mientras rodaban, diciéndoles sin palabras lo que tenían que hacer. Aparecieron cuatro puntos y luego tres más. El viejo se frotó las manos como un ladrón de cajas de caudales se lija las puntas de los dedos, cogió los dados y los hizo rodar de nuevo. Consiguió otro siete. Los amarillos ojos acariciaron los dados, con sus delgados labios moviéndose sin emitir el menor sonido. Los echó de nuevo y consiguió un cinco y un dos. Lawrence observó, fascinado, no los dados, sino al arrodillado George, cuya piel no mostraba edad alguna, cuyo cabello era negro como ala de cuervo, peinado para que pareciese un solideo fuertemente encajado, partido exactamente por la mitad, sin que lo hubiese afectado los avatares del tiempo, sino la perfeccionada posición, tipo ballet, de un altamente artístico lanzador de dados. El viejo los hizo rodar una vez más, y su corta y delgada estructura se inclinó un poco, como si supiera lo que iba a suceder. Pero los dados se negaron a portarse bien y mostraron un uno y un dos.

Connie y Paul recogieron los veinticuatro centavos de la apuesta. Luego, ella contó los centavos en la mano con gran lentitud, y decidió apostar la mitad, pero cambió de opinión y, finalmente, dijo:

—Apuesto tres centavos.

Tenía los dados en la mano y su brazo estaba muy levantado, como si hiciese ondear una bandera. Paul aceptó la apuesta. El viejo alzó la mirada hacia el brazo de Connie.

—Tira los dados —dijo Paul.

—Los estoy moviendo —replicó ella.

Y su brazo siguió alzado, con los dados repiqueteando débilmente en su cerrada mano.

—¡Tira esos malditos dados! —exclamó Paul.

Sus ojos estaban vidriosos a causa del «Tokay». Había estado dándole al «Tokay» durante toda la mañana y, antes del mediodía, se había acabado la mayor parte de una garrafa de cuatro litros. Observó a su mujer, que movía los dados aún, y sus ojos fueron poniéndose cada vez más vidriosos.

Connie soltó los dados, arrojándolos contra la pared, como si estuviese tirando piedras. Logró un seis, y dijo:

—Es un número decente y voy a conseguirlo.

Para enfatizar su declaración, agregó tres centavos al montón. Paul se inclinó más cerca de los tres centavos, contándolos para asegurarse de que no le iban a engañar. Dejó caer sus propias monedas en el montón y sus ojos se vidriaron aún más empañados a causa del vino y de la sospecha, mientras observaba a su mujer agitar los dados.

—Tíralos —dijo—. Tira esos condenados y malvados dados.

—Tranquilo —respondió ella—. Los vas a poner nerviosos.

—Está bien, pero no te estés todo el día.

—Estaré el tiempo que me dé la gana.

Paul se volvió hacia su padre.

—¿Ves lo que está haciendo? —preguntó—. ¿Te percatas de lo que hace tardar el juego? Mírala. Fíjate la forma en que pierde el tiempo…

—No lo está perdiendo. —El anciano habló en voz baja, como un árbitro calmoso—. Está dando a los dados una legítima sacudida.

—Mejor que sea legítima —musitó Paul.

Sus ojos, empañados por el vino, lanzaron una mirada de amenaza a Connie. Observó el brazo de la mujer descendiendo, los dados volando hacia la pared, golpeándola y retrocediendo hasta mostrar un nueve. Ella los recogió y les proporcionó otro largo meneo. Sacó un cinco. Luego, un ocho. Después, otro cinco. Por último, un seis. Connie alargó el brazo hacia las monedas de la apuesta. Pero Paul la agarró por la muñeca.

—Déjame ver los dados —gritó Paul.

Sus dedos se volvieron garras en busca de los dados, falló, los pudo agarrar y los sujetó con fuerza. Soltó la muñeca de Connie y dio comienzo a

una inspección detallada de los mismos. Sus labios se curvaban hacia arriba, en las comisuras, favoreciendo una mueca que no era sonrisa, sino una exhibición de malicia y de desconfianza.

—Vamos a realizar una cuidadosa comprobación —les dijo a los dados—. Tus agentes han de ser investigados.

—¿Y qué hay que investigar? —preguntó Connie—. Son unos dados, eso es todo. Sólo unos simples, corrientes, genuinos y honestos dados…

—Ya averiguaré lo honestos que son —declaró, lúgubre, Paul.

Tenía ambos dados en la palma de su mano izquierda. La cerró con fuerza, luego la aflojó, la apretó y la aflojó de nuevo. Sus ojos enfocaban el techo.

—¿Qué es esa rutina? —preguntó Connie.

—Los sopeso —explicó Paul.

Siguió con aquello de cerrar y abrir la mano que contenía los dados. Y sus ojos se mantuvieron clavados en el techo.

Connie lo fulminó con la mirada.

—Ésa no es forma de verificar un par de dados.

—Es la forma que yo tengo de comprobarlos —repuso Paul—. Es mi propio y especial método. —Miró a su mujer—. La última vez que hiciste una cosa así, lo conseguiste. Pero no vas a lograrlo esta vez. Apuesto mi vida en ello. —Y continuó sopesando los dados.

Connie se puso en pie de un salto y comenzó a chillar.

—Tú, so imbécil, son los mismos dados que llevamos utilizando todo el día. Nunca miro los dados a menos que salgan de tu bolsillo. Los dados que yo uso nunca son falsos. Me llamo Constance y no soy ninguna granuja.

—No tanto, no tanto —replicó Paul. Y siguió sopesando los dados.

Connie se volvió hacia su suegro.

—¿Me has visto emplear alguna vez trucos en este juego?

El viejo no respondió. Prestaba una indivisible atención a lo que su hijo hacía. Asintió en calmosa aprobación mientras observaba el brazo de Paul que se movía con lentitud, arriba y abajo, con un movimiento que disminuía paulatinamente, como el lado de una balanza cuando se aproxima al punto de equilibrio.

Connie se exasperaba cada vez más. Comenzó a saltar de acá para allá, pisando fuerte sobre la alfombra, con los brazos dirigidos a todas direcciones. Tenía el aspecto de algún extraño insecto alado que tratara de escaparse de una telaraña.

El viejo George la miró.

—Tranquila, muchacha —murmuró—. No tiene objeto desgarrar la alfombra.

—Pondré patas arriba toda la casa —aulló Connie—. Sé lo que está sucediendo aquí. Tú y tu hijo os habéis puesto de acuerdo. Intentáis robarme mis apuestas, ganadas con tanto trabajo.

—Eso es una afirmación injusta —dijo George con voz monótona, como si estuviese haciendo cálculos numéricos—. Todas las reclamaciones contra el que recoge los dados han de comprobarse.

—No me hables en plan de crupier —voceó Connie—. Aquí no hay ningún recogedados ni recogeapuestas. —Señaló a su marido—. Este hombre es sólo un timador, eso es lo que es…

George habló de nuevo en un tono monótonamente técnico.

—Cada jugador tiene derecho, en todo momento, a examinar los dados. Comprueba el reglamento, por favor. Comprueba todas las reglas antes de interrumpir el juego.

—¿Qué reglas? —le desafió Connie.

—Las reglas de la casa —dijo el anciano, con voz vigorosa y educada, pronunciando cada sílaba con precisión como los botones en una camisa de frac, igual que si llevara de nuevo el esmoquin, dirigiendo con suavidad toda la acción en una mesa cubierta de fieltro verde.

Pero Connie no quedó impresionada. Siguió dando saltos mientras lanzaba salvajes gritos de protesta. Intentó coger los centavos de nuevo. Paul la golpeó en el estómago con el antebrazo. Ella cayó hacia atrás y quedó sentada en el suelo.

Empezó a gemir.

—Quiero mi dinero. Dame mi dinero.

Paul siguió sopesando los dados.

Connie rodó por el suelo, emitiendo chillidos:

—Esto es una mala pasada. Los ladrones me están robando el bolso. ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Su marido se dio la vuelta para fijar sus vidriosos ojos en la abierta boca de su mujer. Habló a través de una brecha donde le faltaban cuatro incisivos.

—Si no te callas —manifestó—, conseguiré unos alicates y te arrancaré la lengua.

—¡Al ladrón! —aulló Connie, y se tiró encima de las monedas.

Paul volvió a golpear con el antebrazo y la alcanzó en el bajo vientre. Esa vez, la mujer cayó de lado y aterrizó sobre la cadera.

—El dinero debe permanecer encima de la mesa —pronunció el viejo con voz calmosa.

Sus largos y huesudos dedos se deslizaron hacia los doce centavos y luego, con rapidez, dispuso las monedas de cobre en tres nítidos montoncitos.

—La apuesta es de mil doscientos —dijo a la estancia llena de esmóquines y vestidos de noche—. Tranquilidad. No se declarará ningún vencedor hasta que los dados sean comprobados. Por favor, sigan todas las reglas del procedimiento de las apuestas.

Connie estaba sentada con las piernas extendidas. La cabeza inclinada en un ángulo agudo, de manera que casi reposaba sobre uno de sus hombros. Se iba tranquilizando un poco.

—¿Quién ha hecho esas reglas? —quiso saber.

—La casa —replicó George.

—¿Qué casa? ¿Dónde hay una casa? ¿De quién es la casa?

El viejo entreabrió los labios para dar la correspondiente respuesta, y frunció levemente el ceño, al percatarse de que no tenía respuesta alguna que ofrecer.

Connie comenzó a levantarse del suelo.

Lawrence observó cómo Paul se metía los dados en el bolsillo y sacaba otro par. Había visto realizar esa maniobra en incontables ocasiones, y contemplado el ajetreado resultado, aunque lo había ignorado por completo, a menos que uno de ellos saliese disparado hacia donde él estuviera sentado. En ese caso, se limitaba a echarles a un lado y seguía leyendo el

periódico o limpiándose las uñas o cualquier otra cosa que estuviese llevando a cabo en aquel momento. Pero ahora, al ver cómo empezaba todo, sintió el tirón de una especie de soga que le atraía hacia aquello, diciéndole que se olvidase del sofá, que ya no era un ermitaño, que no podía mantenerse apartado de aquel hirviente lugar que tenía delante, la retorcida alfombra donde cualquier viejo pendenciero de Ruxton Street quedaba invitado a la refriega.

Paul estaba mirando a Connie y decía:

—Esos dados pesan más de lo debido. Yo me quedo el dinero y tú te vas a dar un paseo. Vamos, a pasear…

—Claro —replicó Connie—. Me daré un paseo.

Se acercó a su marido y lo golpeó en la boca. La cabeza de Paul se echó hacia atrás y luego hacia delante, para recibir un nuevo golpe que lo alcanzó de lleno en su delgada nariz. Agarró a Connie por los hombros, pero ella giró como una peonza, y rodó por la alfombra hasta una mesita en la que descansaba un pesado cenicero. La mujer agarró el cenicero y se aprestó a arrojarlo.

—Tíralo —dijo Paul—, tíralo y verás lo que te tiro yo a ti…

Connie estaba apuntando con cuidado el cenicero. Pero, en ese mismo instante, ya no miraba a Paul, sino al viejo, que se deslizaba hacia los doce centavos y llegaba hasta ellos con la velocidad y precisión de un oso hormiguero. En el mismo momento, Paul se volvió para ver a su padre, que recogía las monedas. Lanzó un chillido y se lanzó sobre George, el cual se apartó con la grácil precisión de un oso hormiguero evadiéndose del mal tiempo. Paul se lanzó de nuevo, y el viejo se apartó a gran velocidad de los aferradores dedos de su hijo, mientras llevaba a cabo una serie de maniobras de señuelo, cuya consecuencia fue que Paul sólo agarrase una brazada de aire vacío, y echó a correr hacia la puerta de la vivienda. Connie seguía apuntando con el cenicero, pero parecía indecisa respecto de a quién estaba más ansiosa por alcanzar. Trató de hacerlo con ambos al mismo tiempo, y lanzó el cenicero, que salió volando en una trayectoria a medio camino entre Paul y el viejo. Connie aulló con todas sus fuerzas cuando el viejo pasó pitando ante ella y llegó a la puerta. Pero, antes de que pudiera abrirla, Paul se arrojó a través de la estancia y agarró un puñado de los

cabellos de su padre. Apartó a su progenitor de la puerta y colocó una rodilla encima de las costillas del viejo. George dejó escapar un raro sonido, parecido al de un globo de juguete que pierde aire. Mientras George se derrumbaba al suelo, Connie hundió los dedos en el bolsillo de la raída chaqueta. Paul chilló de nuevo y clavó las uñas en el rostro de Connie, pero ella siguió hurgando en busca de los centavos, con la cabeza alzándose, descendiendo y lanzándose hacia los lados para evitar las uñas de su marido mientras el viejo continuaba en el suelo. Paul se inclinó por encima de las lisas rodillas de su padre, y continuó rastrillando el rostro de Connie. El viejo aguardó hasta que Paul estuvo completamente inclinado sobre él. Entonces alzó la rodilla izquierda y alcanzó a su hijo en el abdomen. Paul empezó a gritar.

—Otra vez, George. Dale otra patada… —aulló Connie.

La mujer consiguió parte de los centavos y trataba de meterlos en alguna parte de su vestido, pero éste carecía de bolsillos. Examinó los centavos que tenía en la mano, intentando contarlos mientras su cabeza seguía pivotando para apartarse de las uñas de Paul, que seguía gritando. El viejo realizó otra intentona de emplear la rodilla, pero no pudo hacerlo a causa de los pesos combinados de Paul y Connie, que presionaban sobre sus piernas. Paul había agarrado el vestido de Connie, tratando de inmovilizarla y poder dirigirle un porrazo que la dejase inconsciente, para, de ese modo, quedarse con los centavos, salir a toda velocidad de allí y comprarse una copa de «Tokay». Pero intentar mantener inmóvil a su mujer era como tratar de parar los retorcimientos de una lombriz de tierra. Por fin consiguió debilitar a Connie con un golpe del dorso de la mano en un lado de su cabeza. Aquello la dejó más o menos en posición para recibir otro porrazo en el mentón, y Paul se esforzaba por llevarlo a cabo cuando Lawrence saltó del sofá, sujetó a su cuñado y lo apartó de Connie y del viejo.

Paul se retorció ante la sujeción de Lawrence.

—Vamos —gritó Paul—. Suéltame…

Lawrence lo agarró con más fuerza y el otro bajó la cabeza y lanzó un cabezazo contra el pecho de Lawrence. Éste le puso una de sus palmas en el mentón y le impulsó la cabeza hacia atrás. Paul chilló aún más alto y dirigió sus uñas hacia los ojos de Lawrence, pero recibió un fuerte golpe de la

mano abierta en la mandíbula. Luego, esa misma mano abierta le cubrió el rostro y lo empujó con gran dureza, por lo que atravesó volando la sala de estar, chocó con una silla, la derribó y aterrizó de bruces contra el suelo.

Connie, que se había puesto en pie de un salto, chilló a Lawrence:

—¡Deja tranquilo a mi marido!

Paul estaba tratando de alzarse del suelo. Connie se precipitó sobre Lawrence y le tiró de las mangas.

—Déjalo correr —dijo Paul a su mujer.

Ella intentaba arañar a Lawrence en la cara.

—No tienes derecho a golpear a mi marido —gimió—. Es mi pequeño Paul y no quiero que nadie lo lastime.

—No lo he lastimado —contestó Lawrence—. Sólo deseaba que se estuviese tranquilo.

—Pero le has pegado. Vi cómo lo hacías. Grandullón…

Y golpeó con ambas manos a Lawrence en los hombros.

Paul estaba otra vez en pie y cerró los puños, en lo que le pareció una postura de boxeo.

—Vamos —dijo a Lawrence—. Vas a quedar fuera de combate, te dejaremos fuera de combate…

Lawrence suspiró y meneó lentamente la cabeza. Connie corrió junto a su marido y rodeó la esquelética estructura con sus brazos, al tiempo que apoyaba los labios en la gris mejilla de Paul.

Éste seguía con sus posturas de boxeador. Frunció el ceño impaciente a Connie, que continuaba abrazada a él mientras balbucía frases de simpatía y de cariño.

—¿Te ha lastimado, cariñito? —lo arrulló, tratando de acercarle la cabeza a sus ojos—. Vamos a ver qué le ha hecho a mi bebé. Pobrecito mío. Dile a mamá qué te ha hecho. Díselo a mamá…

—Cállate —musitó Paul.

Trató de echar a un lado a Connie. Pero ésta se aferró a él. Hizo otro intento para soltarse, y no lo consiguió, con lo que ambos perdieron el equilibrio y se precipitaron al suelo.

Paul blasfemó entre dientes.

—Levántame… —dijo.

Pero ella se enrolló en torno de su regazo, le pasó los brazos por los hombros, y siguió murmurándole pequeños sonetos al oído.

La cabeza de Paul comenzó a caerle con el peso del «Tokay» que tenía en el cerebro.

—Dame los centavos —musitó—. Te compraré una bebida.

Y su mano se metió entre los rizos de caniche de la cabeza de su mujer.

Lawrence sacó su cartera. Se preguntó qué diablos hacía mientras daba un billete de dólar a Connie. Ésta se quedó mirando el dinero de su mano. Se lo ofreció a Paul. Y éste asintió, solemne, aceptándolo. El viejo se acercó y ayudó a Paul y a Connie a levantarse del suelo. Paul dio sacudidas y se tambaleó mientras su mujer y su padre lo sujetaban para cruzar la alfombra, en dirección a la puerta de la vivienda. Lawrence les observó mientras salían. Era como mirar a unos niños que se van a la calle a jugar.

Oyó que Edna lo llamaba desde la cocina, avisándole que tenía la comida preparada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

Se dirigió hacia la cocina. Era un pequeño ambiente que contenía un oxidado horno negro y una astillada nevera, a la que se le había saltado casi toda la pintura. El fregadero estaba sucio, lleno de platos sin fregar, y la mesita tenía dos patas cambiadas. Encima de ésta había una bandeja de fríjoles al horno y unas cuantas costillas, media rebanada de pan blanco y una taza de café.

—No tenemos mantequilla —explicó Edna.

Aguardó a que él se sentara a la mesa, y luego lo hizo ella a su vez y lo observó mientras empezaba a comer.

Lawrence comió con rapidez, con el rostro casi encima del plato, cortando trozos de pan y metiéndoselos en la boca. Empleó una cuchara para los fríjoles y realizó un trabajo rápido con las escasas costillas. Se tragaba la comida antes de que estuviese a medio masticar, y la hacía bajar con el humeante café.

—No comas tan de prisa —dijo Edna.

Se cortó otro pedazo de pan y se quedó mirando el enjuto rostro de Edna y sus tristes ojos. En seguida bajó la cabeza y hundió la cuchara en los fríjoles. Comía con la velocidad y el frenesí de alguien que le hiciese pasar por las baquetas.

—Por el amor de Dios —siguió Edna—. Vas a echar a perder tu estómago.

Acabó los fríjoles y bebió más café. Le dijo a Edna que deseaba otra taza. En su estómago, el alimento le hizo el efecto de unas piedras. Edna le llenó de nuevo la taza, se la sirvió y él comenzó a beber, sin percibir su sabor, sólo para hacer desaparecer aquella carga lenta de la comida en su estómago. Vació la taza y sintió un cierto alivio. Edna le pidió un cigarrillo y él encendió dos y le pasó uno a ella. Se retrepó hacia atrás, tratando de disfrutar del tabaco, pero sin conseguir nada más excepto la agresión de la nicotina y del ácido alquitrán.

Siguieron allí sentados, fumando sin hablarse. Luego, al cabo de un rato, él dijo:

—Anoche me pediste diez dólares para sacar a tu padre de la cárcel. ¿Dónde has conseguido el dinero?

—No lo he conseguido…

—Entonces, ¿quién le ha sacado de allí?

—Hagen.

En aquel momento, Lawrence, que se llevaba el cigarrillo a los labios, vio cómo su mano quedaba suspendida en el aire, delante de su rostro, y observó cómo el humo se curvaba encima del ardiente tabaco.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—A mediodía. Mi padre ha llegado y cuando le he preguntado quién se había hecho cargo de la multa, me ha dicho que no había multa, que era un asunto de amistad. De conocer a las personas apropiadas. Como Hagen…

Lawrence siguió mirando el cigarrillo, mientras se decía que tampoco aquello era lo más complicado, y que ni siquiera debía pensar en ello. Pero empezó a pensar en las íntimas relaciones de Hagen con algunas autoridades locales, a las que pagaba con regularidad, y que miraban hacia otro lado cuando las botellas y las garrafas pasaban a lo largo de la Calle para ser introducidas en diversas casas. Se trataba de una relación por completo amistosa, basada en la simple premisa de aquello de «favor con favor se paga». Hagen les daba dinero cada semana, mucho más que el que el Ayuntamiento les pagaba. Tenían esposa y familia que alimentar y que vestir, y, de no haber sido por Hagen, andarían con expresión preocupada y, llegado el momento, se hubieran quitado el uniforme y buscado nuevos empleos. Tampoco había remordimientos ni pesar, o cualquier otro tipo de sentimientos en sus tratos con gente como Hagen. Sólo era una transacción en metálico, sin unas palabras o un gesto entre ellos. Pero, en su imaginación, dio uno o dos pasos más allá y se representó a Hagen haciendo los arreglos necesarios para sacar al viejo de la cárcel. Vio a Hagen al teléfono, o tal vez dejando caer una palabra en el oído de alguien que sonreía y contestaba:

—Claro que sí, Matt, no hay el menor problema. Luego se abría una puerta de acero y el viejo George decía:

—¿Quién me ha sacado?

Y el rostro por encima del distintivo policial era inexpresivo mientras decía:

—Tu amigo Matt Hagen…

Por supuesto, el viejo George se habría rascado la cabeza, preguntándose cómo era aquello, sin saber que su yerno pertenecía ahora a la organización, y de nuevo era el compinche de los buenos tiempos de un hombre que disfrutaba haciendo favores a todos los compañeros de los viejos tiempos. Siempre que se portasen bien.

Entonces escuchó que Edna decía:

—Pero, en realidad, mi padre y Hagen no son amigos íntimos. Eso ya lo sé. Me pregunto el porqué de lo que ha hecho.

Él se la quedó mirando. La mujer estaba inclinada hacia delante, con los codos apoyados en la mesa. Sus ojos eran como burbujas que flotasen hacia el rostro de él.

—¿Quién te pegó anoche? —prosiguió ella en voz muy baja—. ¿Cómo te has hecho todas esas magulladuras?

—¿Qué magulladuras? —murmuró Lawrence de una forma vaga.

Luego, alzó la mano con lentitud hacia la inflamada mandíbula, el labio cortado y el moretón del ojo. Se preguntó qué debería contarle.

—¿Quién te ha dado de mamporros? —insistió Edna.

—Déjalo estar —replicó.

—No. Dímelo.

Sacudió la ceniza en la vacía taza de café.

—No sé quién fue —murmuró—. Estaba borracho.

—Qué cosa tan rara… ¿Tú borracho? Nunca bebes tanto… Jamás te he visto borracho…

—Pues anoche me emborraché. —La fulminó con la mirada—. ¿Tienes algo que objetar?

Ella miró al suelo.

—Quiero saber lo sucedido. —Lo dijo con lentitud, con voz apagada, como si estuviese agotada de pensar en ello—. ¿Por qué fuiste a aquella casa?

Él no respondió.

—¿Por qué fuiste allí? —aguijoneó débilmente. Su tono era casi lloroso —. ¿Cómo te has quedado durante toda la noche?

—Me desmayé.

—¿Y entonces, qué?

—Nada —respondió—. Sólo me caí inconsciente, eso es todo. Me quedé profundamente dormido.

—¿Dónde? ¿En qué cuarto dormiste?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —gritó—. Ya te he dicho que estaba borracho. Y aún me encuentro mareado. No puedo acordarme de nada…

Durante unos segundos, la mujer permaneció silenciosa.

—Estás mintiendo… —dijo.

Él respiró hondo.

—¿Qué quieres de mí?

—Sólo que me cuentes la verdad. Eso es lo único que te pido.

Lawrence se hundió en su silla. Sintió pesado el pecho, como si unas pesas de hierro se lo presionasen.

—Al parecer ya lo sabes todo —contestó—. ¿Para qué tratas de sonsacarme? ¿Quieres que nos peleemos o algo parecido?

—No discuto contigo. Sólo estoy preocupada. Y asustada. —Se levantó —. Durante todos estos años te has mantenido apartado de los problemas, lejos de los corrompidos sinvergüenzas y de las sucias fulanas de la calle. Y ahora te dejas arrastrar a eso…

Su voz subió un poco.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo es que tienes tratos con Hagen?

Él se puso en pie de un salto.

—Al diablo con todo eso —musitó y salió de la cocina.

Entró en el dormitorio y comenzó a buscar su casco de soldador. Edna lo hizo tras él, y cerró la puerta con fuerza, apoyando luego la espalda contra ella, mientras respiraba con dificultad.

—¿Dónde está mi casco? —gruñó Lawrence—. ¿Dónde está ese maldito casco?

—Escucha, Chet…

—He escuchado suficiente. Ya has dicho demasiado.

Abrió la puerta del armario y vio el casco con gafas en un estante, lo cogió y echó a andar hacia la puerta. Edna se quedó allí, con las manos extendidas a sus espaldas sobre la puerta, bloqueándole la salida. Él se movió con fuerza y esto indicó a Edna que debía hacerse a un lado. Pero permaneció en el mismo sitio.

—Ya llego dos horas tarde —refunfuñó él—. ¿Quieres que pierda el jornal completo?

—El trabajo puede aguardar. —Tenía los labios tirantes, echados hacia abajo en las comisuras—. Esto es más importante. Tenemos que hablar al respecto.

—No existe ninguna maldita cosa de la que debamos hablar. Apártate ahora mismo de la puerta.

—Me voy a quedar aquí —respondió Edna, con toda la porfía que consiguió reunir—. No saldrás de esta casa hasta que me cuentes lo sucedido.

—No ha ocurrido nada —replicó él, con los dientes apretados—. Pero van a suceder muchas cosas si no me dejas irme en paz.

—Ahora me golpeará —le dijo Edna al suelo.

—Serás tú la que haga que te pegue. No quedarás satisfecha hasta que estalle y te atice un buen mamporro.

—Muy bien —contestó la mujer—. Pégame. Aquí me tienes. Adelante, pégame.

Lawrence se apartó de ella. Se quedó mirando el casco provisto de gafas que tenía en la mano; luego, su brazo retrocedió, se alzó y se proyectó hacia delante, con lo que el instrumento metálico salió volando por el cuarto. Se estrelló contra el espejo de la coqueta, rebotó entre un surtidor de cristales rotos y acabó en el suelo. Lawrence se adelantó y lo recogió. Los oscuros lentes estaban rajados. Se quedó allí, mirando el dañado casco. Luego se volvió y observó a Edna, que se separaba de la puerta para acercarse a la cama. Se sentó en el borde de la misma, de cara a la ventana.

Empezó a hablar como si se dirigiera a sí misma, como si diese por supuesto que él no se quedaría a escucharla.

—Anoche —comenzó—, cuando cenamos en «Sam’s» y Hagen entró (y luego cuando salió), tuve una sensación que no puedo describir, supongo

que fue una especie de tiritona. Más tarde supe que estabas hablando con Sam y me pregunté de qué se trataría. Hoy he ido a verle. Le he engatusado, tratando de sonsacarle con halagos, pero no ha querido decirme nada. De todos modos, no con palabras. Pero su expresión… Por ella sé que andas metido en algo. Por lo tanto, todo lo que me queda por hacer es sentarme y tratar de pensar acerca de lo que pueda ser. Me siento ahí afuera y entonces te veo salir de esa casa del otro lado de la calle. De esa taberna clandestina. Me digo a mí misma: «No, no es Chet Lawrence. No puede ser Chet el que sale de esa casa». Pero lo es. O tal vez no lo fuera. Lo que quiero decir es que no se trataba del mismo hombre. No del hombre que he tenido por marido durante todos estos años. Sólo se trataba de un granuja golpeado que salía de ese antro de perdición.

Él trató de decir algo. Pero no pudo abrir los labios.

—Siempre tuve miedo de una cosa así —prosiguió Edna—. Sabía que sucedería, tarde o temprano. Si un hombre vive en un barrio sucio, con el tiempo también él se vuelve sucio.

Se volvió y lo miró con fijeza.

—Créeme, Chet, no te culpo. Te juro por mi vida que no te culpo.

De nuevo, él intentó una respuesta. Pero las palabras no querían salir.

—Ven aquí, Chet —siguió ella con suavidad—. Siéntate.

Él no se movió. Estaba cabizbajo y daba vueltas al casco entre las manos.

—Por favor —murmuró Edna—. Siéntate a mi lado.

Lawrence cruzó la habitación y se sentó junto a su mujer. Ella le quitó el casco de las manos y lo dejó en el suelo.

—No vayas hoy a trabajar —le dijo—. Quédate conmigo.

A Lawrence se le cayeron los hombros. Se frotó los ojos con la mano.

—Vayamos a alguna parte —siguió Edna—. Es un bonito día de sol. El tiempo perfecto. Daremos un paseo por el parque.

—Y cogeremos flores —musitó él.

Ella se le acercó más.

—Eso es, vayamos al parque. Hace tiempo que no damos un buen paseo. —Ella puso la mano de su marido en su regazo y acarició el recio vello dorado de su muñeca—. Es tan agradable pasear por el parque en

primavera… Con ese aire tan fresco. Y el lago… Y los niños con sus veleros. Todo lo que tenemos que hacer es coger un tranvía. Llegaremos en quince minutos. Y podemos quedarnos hasta que oscurezca. Eso nos dará cuatro horas de estar en el parque, por lo menos.

—¿Y luego qué?

—Luego regresaremos al hogar.

—Al hogar —repitió él.

La mujer permaneció en silencio durante unos segundos.

—Existe un poema que dice que no hay un sitio como el hogar, pero eso lo puedes tomar de un montón de maneras diferentes, y supongo que dependerá del lugar en el que vivas.

—Y con quien vivas —murmuró Lawrence.

La mujer lo miró. Su rostro quedó ensombrecido de profundo dolor.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. —Su voz se había reducido a un susurro—. Estoy tan condenadamente confuso que me limito a hablar sin pensar.

Se quedó mirando por la ventana, a la pared de la cabaña de madera al otro lado del callejón.

—Un paseo por el parque, dices… Como si fuese alguna clase de cura. Como tomarse una aspirina para quitarse un dolor de cabeza. Pero luego, en un abrir y cerrar de ojos, vuelve de nuevo y parece que la cabeza va a estallarte. Por lo tanto, será mejor que busques un remedio mejor.

—¿Cómo cuál?

—Eso quisiera saber.

—Pues lo sabes —replicó ella—. Lo que ocurre es que no quieres incluirme a mí.

Él siguió mirando por la ventana.

—Tú siempre estarás incluida —replicó—. Pienso en que deberías hacer las maletas y marcharnos.

—¿Bromeas?

—No.

Sus ojos pasaron más allá de la pared de la cabaña de madera y lo que vio fue hierba, árboles y un pequeño valle. Durante un momento, fue como

si respirase el limpio aire de un país de las maravillas, donde los tranvías no le aguardasen para conducirle de vuelta a la Calle.

Se quedó mirando a su mujer, y dijo:

—Vayámonos…

La mujer frunció el ceño.

—¿Irnos, adonde?

Él le cogió las manos.

—Lejos de aquí. Eso lo primero. Conseguir salir de aquí. Y luego ya encontraremos algún sitio por nosotros mismos.

Le apretó las manos con fuerza.

—Te diré lo que haremos. Simplemente, irnos. Y proseguir hasta llegar a algún lugar que nos guste. Y entonces quedarnos allí. Sólo eso: quedarnos allí.

La mueca de la mujer pareció pasar por delante de él.

—¿Lo dices en serio?

—De no ser así, no lo diría. Vámonos, Edna. Vayámonos, ahora.

Ella hizo otra mueca.

—¿Ahora mismo?

—En este mismo instante. Hagamos las maletas y vayámonos.

—¿Y qué me dices de tu empleo?

—Al diablo con el empleo.

—¿Y qué me dices de mi padre? ¿Y de mis hermanos? ¿Y de Connie?

—Al diablo con todos ellos.

Los ojos de Lawrence estaban febriles, casi como los de un pez que trata de salir de la red que lo encierra.

—Vayámonos. Pero de verdad. No hay ni una sola cosa que nos retenga aquí.

Se puso en pie de un salto, y dio una palmada.

—A centenares de kilómetros de distancia. A miles de kilómetros. Cuanto más lejos, mejor. Y no será en ninguna ciudad, nada de aceras cubiertas de basura y llena de botellas rotas por todas partes. Nada de eso. Lo que tenemos que hacer es apartarnos de todo. Y de todos.

Empezó a andar de acá para allá al lado de la cama, mientras daba palmadas.

—¡Eso es exactamente lo que haremos! —exclamó.

—No —respondió Edna.

El sonido de su voz le golpeó como el crujido de las cuerdas que subiesen la red en la que él se encontraba. Se quedó allí, parpadeando de cara a su mujer.

—No podemos hacer algo así, Chet —dijo ella—. No podemos largarnos por las buenas y dejar a George y a Paul. Connie no me preocupa tanto; a fin de cuentas, siempre podría ganarse una moneda de veinticinco centavos de vez en cuando. Pero ya sabes cómo son mi padre y mi hermano. Si no estuviéramos aquí para alimentarlos y hacer que tengan un techo encima de sus cabezas, no sabrían qué hacer, ni adónde ir. Se quedarían como gatos callejeros, muriéndose de hambre por los desagües. No puedo permitir que eso suceda. Me resulta imposible marcharme sin ellos.

Los ojos de él decían: «Claro, comprendo cómo es eso. Y sé condenadamente bien que tampoco yo puedo dejarte».

Alargó la mano y recogió el casco. Comenzó a quitar los astillados cristales de la ranura de la careta.

—Necesitaré unas gafas nuevas —murmuró con tono vago—. No podré trabajar con este lío que hay aquí.

—¿Y no daremos un paseo por el parque?

Él se hallaba ocupado realizando una concienzuda inspección de la metálica careta.

—Si tuviese unas gafas de sol, yo mismo lo arreglaría.

—Chet, te he preguntado algo. ¿Qué me dices del parque?, ¿no vamos a ir?

Él alzó la careta del casco y pasó los dedos por el ocular. Comprobó la anchura del delgado reborde donde las gafas oscuras habían estado encajadas.

—Lo conseguiría con unos alicates —murmuró—. Todo lo que necesito es un trozo de cristal ahumado.

Edna se levantó.

—Mírame. Te estoy hablando —exclamó en voz más alta.

Él alzó la mirada del casco y la fijó en la diminuta y gris mujer, en la falta de color del rostro de aquella mujer que cocinaba, hacía las camas y fregaba los suelos. Vio a aquella ama de casa que debía conocer el contenido de cada cajón y de cada armario.

—¿Tenemos algún trozo de cristal ahumado en casa?

Ella cerró los ojos. Y los mantuvo así durante un largo momento.

—Miraré por ahí —respondió al cabo de unos segundos—. Tal vez haya alguno en el sótano.

Salió del cuarto.

Lawrence se acercó a la ventana.

Se quedó mirando la astillada pared de la barraca del otro lado del callejón.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX

Pasaban cinco minutos de las doce de la noche, y, en el apartadero de mercancías, los reparadores del último turno dejaban sus herramientas, se desperezaban y se enjugaban el sudor y la grasa del rostro. Alguien le dijo a Lawrence que ya era hora de acabar, pero él no le oyó. Estaba trabajando en una sección de las vías con grandes daños y aquello ocupaba toda su atención. Los otros hombres del equipo se marchaban ya mientras Lawrence seguía inclinado, con los ojos cerca del metal que necesitaba soldar. Midió la hendidura con los dedos, luego se puso el casco y se bajó la visera ante los ojos. Sujetó el soplete. Un largo chorro de llama amarillenta surgió del extremo, y él la ajustó para hacerla más corta con lo que el color cambió a un amarillo más oscuro, luego a naranja, y, por fin, a azul.

A través de las gafas oscuras de la visera vio un charco de brillante agua azul, o tal vez fuese un jardín donde unos helechos y flores blanquiazules danzaban alrededor de unas cintas de diamantes artificiales y saltaban a través de aros de cristal. Otras veces se trataba de un deslumbrante telón de terciopelo azul donde millones de pequeñas y brillantes gemas saltaban arriba y abajo. Pero, cuando la llama alcanzaba el metal, todo se convertía en algo por completo diferente de todo aquello.

Se convertía en una cámara situada en lo alto de una torre. La luz de la torre era de un blanco deslumbrante y las paredes, azules. Sobre una mesa de plata, el paciente descansaba boca abajo, mientras los quebrados miembros eran acariciados con la llama y luego la rotura se iba endureciendo de manera gradual y se estrechaba, hasta que, al fin, quedaba fundida por lo que el proceso de curación se había completado y los miembros podrían funcionar de nuevo. En el interior de la visera, los ojos del soldador eran suaves y apacibles, desplegando cierta actitud que nunca albergaban cuando el protector estaba quitado. En realidad, el casco con visera era como un vehículo que le llevaba de un lado para otro desde el tiempo estancado y la zona deprimida, donde carecía de cualquier propósito

definido, donde nada tenía significado, donde no existía ni un gramo de valor genuino. Allá arriba, en la cámara blanquiazul, estaba haciendo algo que, en realidad, lo redimía todo. Estas vías necesitaban una reparación y él lo estaba haciendo. No pensaba en ello, o deseaba o soñaba, se limitaba a hacer el trabajo. El acero se retorcía y hendía, y él lo enderezaba, lo alisaba y lo convertía una vez más en nuevo. De ese modo, el soplete estaba en el orden de los instrumentos quirúrgicos, y sus ojos, sus manos y su cerebro eran unos elementos de una utilidad sin precio. Allí, en la cima de aquella torre, atesoraba la soledad, la llama azul cortaba de una forma limpia y precisa, y las chispas se lanzaban contra sus ojos y les contaban algo que resultaba muy agradable de saber. Le contaban que ese hombre de allí podía mirar al dañado acero, ver qué andaba mal y seguir adelante hasta arreglarlo. Y en el mismo instante en que la llama se extinguiera y las chispas desaparecieran, los ojos en el interior de la visera quedarían fríos de nuevo.

Se quitó el casco, se incorporó y movió los hombros para aflojar la tensión de los músculos y liberarse de la tortícolis. Luego recogió las herramientas, las metió en una gran caja metálica y la llevó al cobertizo que hacía de almacén. Al salir del cobertizo, se puso el casco debajo del brazo y encendió el cigarrillo que se había puesto en la boca. Echó a andar a través de la red de vías, pasando ante los dispersos grupos de furgones. Miraba aquellos vagones y experimentaba una sensación de cierta envidia. Al cabo de unas horas, aquellos furgones se encontrarían rodando e irían a alguna parte. Siempre iban a alguna parte. Se moverían, viajarían, rodarían sobre las vías, mientras el hombre que las había arreglado se quedaría aquí, como un herrumbroso poste plantado en el cemento.

Anduvo hacia la puerta y llegó a la ventanilla del pequeño cobertizo donde el vigilante de los horarios le hizo un ademán y le indicó que siguiera. Cruzó Eight Street y llegó al desgastado pavimento de Ruxton Street que se extendía ante él, curvándose de acá para allá con su reluciente superficie adoquinada, como la escamosa piel de un reptil brillando a la luz de la luna. Cruzó Seventh Street y dio un puntapié a un cubo de la basura boca abajo que encontró a su paso. El cubo rodó desde el bordillo, alcanzó el adoquinado y produjo un retumbante ruido. Un momento después se

escuchó otro sonido, que le hizo envararse y volver la cabeza hacia el oscuro umbral.

—¿Lawrence? —dijo una voz.

—¿Quién es?

—Sam.

El hombre de color salió de las sombras. Se quedó allí de pie, alto y delgado, con sus pacíficos ojos. No se había puesto la gorra de jockey negra y verde, ni tampoco el delantal. Sam llevaba camisa blanca, corbata negra y un traje oscuro. El cuello de la camisa aparecía torcido y el traje estaba sin planchar; pese a todo aquello, daba la impresión de que se hubiera vestido para dar un paseo dominical o para acudir a una reunión de negocios. Lawrence se preguntó qué estaría haciendo Sam lejos de su restaurante.

—Me he tomado la noche libre —explicó Sam—. Te esperaba.

—¿A mí?

Sam giró lentamente la cabeza, y miró al otro lado de la calle y hacia arriba y hacia abajo.

—Andemos un poco, tío —murmuró—. Vayamos a algún sitio.

Lawrence no se movió.

—¿Para qué?

—Para discutir —respondió Sam en voz baja—. Quiero que mantengamos una discusión.

Sam echó a andar. Lawrence titubeó, frunció el ceño al pavimento; pero se puso en marcha, y se emparejó con el negro. Miró el impasible y torcido cuello, almidonado y solemne, y la corbata, torpemente anudada; sin embargo, todo aquello indicaba algo orgulloso y reservado, como si desplegase un escudo de armas.

Continuaron andando y Lawrence se preguntó adonde irían. El paso de Sam era decidido: movía los brazos a un ritmo fijo, como si marcase el compás de una marcha militar.

—Giremos aquí, a la izquierda —le dijo Sam, y se introdujeron en un estrecho callejón, a cuyos lados se alineaban chozas de papel alquitranado. Lawrence pisó algo, miró al suelo y vio que se trataba de una caja aplastada, con una etiqueta en la que se leía con claridad, a la luz de la luna, que se trataba de una marca popular de tabaco de liar. Instantes después

pisó una raja de sandía, resbaló y casi dio con el cuerpo en el suelo—. Anda con cuidado —le dijo Sam—. Aquí no usan cubos de basura; se limitan a abrir la puerta y se la echan a los perros y a los gatos.

Guió a Lawrence por una senda que bordeaba una masa variopinta de sustancias que los animales callejeros habían rechazado. Lawrence escuchó la voz de una mujer detrás de una ventana, con acento del Sur, que decía:

—Niño, sal de la cama, no estoy jugando contigo, vuelve al suelo…

Y desde otra ventana, un hombre declaraba:

—Anoche soñé con el tres-nueve-cuatro. Jugaré este número durante todo el mes, por favor, créeme…

Otras ventanas le llevaban el sonido de viejas voces que cantaban espirituales y otras voces más jóvenes que trataban de imitar a Ella Fitzgerald y a Billy Eckstine. Casi todas las barracas estaban sin luz, y aquellas en las que había algo encendido parecían reluctantes a permitir que el menor resplandor transpusiera las ventanas hasta llegar al callejón, como si la electricidad fuera uno más de aquellos centavos ganados con tanto esfuerzo y que no podían ser desperdiciados. Por lo tanto, el resplandor resultaba ínfimo, y llegaba desde unas bombillas azules, verdes y púrpuras, junto con el aroma de los guisos de después de medianoche, berza, manos de cerdo y pan de maíz. De una de las barracas surgía un aroma mucho más fuerte, y Lawrence olisqueó el picante olor de la marihuana que los fumadores hacían flotar a su alrededor, cual cometas entre una gentil brisa, haciendo que olvidaran la rutina diaria de desear algo sólo un poco mejor que las ropas de segunda mano y aquellos techos de lona embreada. Un fonógrafo tocaba muy bajito, con lo que parecían innumerables violines acompañando a Louis Armstrong, que permitía al mundo escuchar una voz que era diferente a cualquier otra, un sonido que llegaba rodando desde la cima de una montaña donde Louis recogía el recuerdo de una pálida luna que brillaba a través de los árboles y de los buques de vapor en el río.

Lawrence oyó que Sam le decía:

—Vamos, tío.

Y le siguió, pasando ante todas aquellas barracas hasta que el negro anunció:

—Es aquí…

Al mismo tiempo se detuvo ante una puerta en la que dio un golpe seco. Se abrió casi al instante, como si la mujer hubiera estado aguardando con la mano en el picaporte. Se trataba de una mujer muy grande, de blancos cabellos y la piel del color de las pasas, y más o menos de la misma textura. Se quedó allí de pie, en el resplandor púrpura que procedía de la única bombilla de una lámpara que carecía de pantalla. Luego retrocedió, entraron y Sam cerró la puerta.

Al resplandor púrpura, que era más niebla que iluminación, Lawrence vio una alfombra raída, unos cojines hechos a mano y algunas piezas de mobiliario que supuso que serían también de fabricación propia. A lo largo de las paredes se veía algo de vajilla, y comprobó que tampoco se trataba de la clase que se compraba en las tiendas. Luego divisó una estantería en la que se exhibía una serie de cabezas de tamaño natural, esculpidas en madera. No llevaban barniz, y se habían puesto grises con el paso del tiempo. Se acercó más para observar aquellas cabezas oblongas de caciques tribales o dioses-demonio o lo que fuesen. Sus ojos se sintieron atraídos hacia la parte superior de la estantería, para contemplar una lanza muy larga y un escudo con forma de lágrima. Tuvo la sensación de que no se trataba de una exhibición, que no eran sólo un par de recuerdos que colgasen de la pared, sino un arma y una armadura preparadas, dispuestas para llevar algo a cabo. Todo parecía amontonado, como en una choza cerca del Ecuador. Empezó a respirar un aire enrarecido y cálido, como jarabe que se le fuese introduciendo por la boca y por las ventanillas de la nariz. La idea de encontrarse en el Ecuador fue en aumento, y casi esperó empezar a oír tambores en la distancia, y cánticos, y los alaridos de pequeños animales en los árboles. Para alejarse de todo aquello, bajó la mirada hacia el suelo, en el extremo más alejado de la estancia, y entonces vio tres cocos.

Se volvió con lentitud para echar otro vistazo a la mujerona de cabello blanco; pero ella pasaba en ese momento por delante, dirigiéndose a la estrecha cortina que estaba al lado de los cocos. Se movía sin dar pasos, como si flotase, una paradoja de un bulto carente de forma que daba la sensación de carecer en absoluto de peso. Pasó flotando a través de la cortina, y ésta apenas se movió mientras la mujer desaparecía detrás de ella.

Lawrence se alejó de la cortina y vio a Sam, sentado en un sofá de junco que carecía de patas, y que era sólo una sólida base de junco sujeta con cáñamo, con los cojines alzándose a escasos centímetros de la alfombra. Lawrence se acercó al sofá, se sentó y aguardó a que el hombre de color hablase. Pero no se produjo el menor sonido, sólo aquella niebla púrpura y las grises caras de madera al otro lado del cuarto, además de la lanza y el escudo que colgaban de la pared. Detrás de la cortina no se percibía nada más que un pesado silencio, y visualizó a la mujer de blanco cabello moviéndose por allí con aquellos pies que no hallaban el suelo.

Miró ceñudamente a Sam.

—Dime qué pasa aquí. ¿Cuál es el plan?

Sam habló en voz muy baja, poco más que un susurro.

—No me acogotes, tío. Tengo que decirte bien las cosas para que las comprendas. No puedo soltártelo en un santiamén. Antes de hablar contigo he de charlar conmigo mismo. Debo asegurarme de lo que he de decir.

Lawrence respiró hondo.

—Sea lo que sea, desembucha. Tampoco tienes que largarme un discurso.

El hombre de color inclinó la cabeza. Se pasó los dedos por la frente.

—Hasta ahora, jamás había hecho este tipo de cosas. Es algo que también resulta nuevo para mí. Y apenas sé cómo he de empezar.

—Sam, no puedo estar aquí toda la noche. Tengo que irme a casa, y meterme en la cama.

—Eso es lo que me gustaría hacer.

—¿Y qué te lo impide?

Sam alzó la cabeza con lentitud.

—La muchacha china.

Lawrence miró al negro con atención. En aquella escasa luz, el rostro de Sam parecía oblongo y de madera, como las solemnes esculturas del estante al otro lado del cuarto.

Sam se levantó pesadamente del sofá. Empezó a pasear con lentitud por la habitación; luego, puso las manos en el estante. Su rostro se había alzado hacia los dignatarios de madera, como si desease su aprobación antes de

empezar a hablar. Permaneció así durante unos momentos, después se volvió y miró a Lawrence.

—Desde anoche llevo aquí un gran peso —dijo al tiempo que se golpeaba el pecho—. Y esta noche será más difícil de llevar aún. Tengo que encontrar una forma de desembarazarme de él. He venido aquí y hablado con la mujer. —Hizo un ademán hacia la cortina.

Lawrence se quedó mirando hacia el mismo lugar que él.

—¿Y quién es ella?

—Sólo una mujer muy vieja con muchísima sabiduría en la cabeza. Y algo más. No podría decirte de qué se trata, pero ahí está…

La niebla púrpura pareció moverse a su alrededor en lentos círculos.

—Ya te he dicho que es una mujer muy sabia —prosiguió Sam—. Debe de serlo. Esas estatuas del estante se remontan a once generaciones. La mujer procede de una familia que gobernó en cierta isla durante más de mil años. Ninguno de ellos llevó cadenas jamás. Esa lanza y ese escudo que ves ahí…, su padre estaba muy atareado con ellos cuando murió. Ella salió de la isla hace sólo veinte años. Pero alega que, en realidad, jamás la abandonó. Ésa es la razón de que nunca la veas en la Calle. Dentro de esta choza aún sigue gobernando aquella isla.

Lawrence tuvo la sensación de que la rojiza niebla no procedía de una bombilla, sino de algún lugar situado muy lejos de la habitación.

—Esta noche —continuó el negro—, he cerrado el restaurante a las diez y media. He ido a casa, me he bañado, poniéndome después estas prendas domingueras. Después he acudido aquí, a contarle mis problemas. He hablado durante, más de una hora, mientras ella se limitaba a seguir sentada y a escucharme. Cuando he acabado de hablar, no ha pronunciado una sola palabra durante un espacio de tiempo muy prolongado y, al final, me ha dicho lo que yo debía hacer. Y ahora lo sé. Y voy a hacerlo.

Lawrence miró hacia la deshilachada alfombra.

De una manera vaga se preguntó qué le impedía levantarse y salir de allí.

Escuchó cómo el hombre de color seguía hablando.

—Llega un momento en que la caldera hierve demasiado. Y eso me sucedió anoche. A eso de las tres y media, yo estaba preparando un

bocadillo para un contrabandista de alcohol cuando Hagen entró con ese pequeño compinche al que llama Pancho. El traficante ilegal se fue y Hagen empezó a hablar. Aquel tal Pancho se me quedó mirando. Hagen se echó a reír y le dijo que dejase de mirar, que no ocurría nada con Sam, que no debía preocuparse de que yo los escuchara… Y, por lo tanto, siguió hablando de la chinita. Contó lo que le iba a hacer y cómo la domaría. Luego me dijo que preparase un bocadillo para ella, que se lo iba a llevar al cuarto.

Lawrence mantuvo la cabeza agachada. La niebla púrpura siguió deshilachándose por todas partes; le golpeaba levemente, rebotaba y volvía para alcanzarle otra vez.

Sam continuó:

—¿Has oído lo que te he contado? —preguntó Sam—. Tiene a esa chica en una habitación.

—Eso es asunto suyo. No tuyo, ni mío…

Sam se acercó más al sofá.

—Ahora sí lo es.

—No —replicó Lawrence—. Y lo que necesitas es beberte un vaso de agua helada. Para enfriarte…

—La tiene en un cuarto. Y la está destrozando lentamente.

—Muy bien, Sam. No me cuentes nada más…

—Escúchame. Tú no sabes nada. Crees, cuando te cuento estas cosas, que no se trata de algo literal. Te repito que escuché lo que decían y, cuando te aseguro que la está haciendo añicos, no se trata de una manera de hablar. Hagen dijo…

—No quiero saber lo que Hagen haya dicho —respondió Lawrence con un gruñido.

—Está bien. Pero Pancho se rió. ¿Puedo contarte que Pancho se carcajeó? Se rió; entonces, Hagen lo miró, y te juro que parecía casi triste cuando le dijo que no había nada de qué reírse…

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

Lawrence sintió la losa del silencio, como si la falta de sonidos fuese más pesado que cualquier ruido, algo que pudiera percibir con las manos. Se quedó mirando más allá del hombre de color y vio la alfarería artesana en el suelo de la pared de enfrente. Alzó la vista y contempló la lanza y el escudo. Se dijo a sí mismo que no había razón para que mirara, que no había razón para extraer ninguna clase de idea de todo aquello. Las ideas fluyeron hacia él y trató de alejarlas.

—Voy a intentar ayudar a esa chica —dijo Sam.

Después, el silencio se hizo aún más pesado.

—Pero no se puede hacer solo —continuó el negro.

—Pues no me mires a mí.

—Tío, es a ti a quien miro, sobre todo.

Lawrence prosiguió con su contemplación de la pared del otro extremo de la habitación.

—Pues no cuentes conmigo.

—¿Por qué?

Fue un amplio sonido, junto con un estremecimiento, una especie de suspiro con eco.

—Ya lo sabes —replicó Lawrence—. Anoche, tú mismo me decías que yo tenía que estar muerto de miedo. Pues ahora soy yo el que te digo que se trataba de un buen consejo. Y que lo estoy siguiendo.

—No, no lo hagas. Olvida lo que te dije anoche. El que hablaba no era yo.

Lawrence se puso en pie.

—Es muy tarde, Sam. Estoy cansado…

—Quédate un poco más. Quiero que la anciana hable contigo. Que te repita lo que me dijo.

—No estoy interesado —replicó Lawrence.

Echó a andar hacia la puerta.

—Por favor, Lawrence. Espera un momento. Por lo menos, concédeme unos minutos.

Lawrence tenía ya las manos en el picaporte. Pero lo soltó, se volvió hacia Sam, y gruñó:

—Déjame en paz, Sam. ¿No oyes lo que digo? Déjame en paz de una puñetera vez…

El negro miró al suelo.

—Muy bien, señor… La puerta no está cerrada. Adelante, vete…

Una vez más, Lawrence abrió la puerta. Dio un paso afuera, se volvió, cerró la puerta tras de sí y dijo:

—La chinita no es de mi incumbencia. Ya tengo bastante con mis propios problemas.

Sam se acercó al sofá, se sentó y siguió con la mirada clavada en el suelo.

—¡Maldita sea! —murmuró Lawrence.

Luego se golpeó con violencia la palma de la mano con el puño, fulminó al negro con la mirada y gritó:

—No vas a decirme lo que tengo que hacer. Nadie va a arrastrarme a algo que no deseo hacer en absoluto. Si necesitas ayuda, solicita la de otro…

—No puedo hacerlo.

—¿Y por qué no? —preguntó Lawrence—. En este barrio hay muchos otros hombres.

—Pero no son hombres —repuso Sam—, sólo un montón de carne fofa.

—Pues díselo a la poli.

—Tampoco puedo hacer eso. —Sam levantó la cabeza—. Confío tanto en la Policía como en poder tirar con mis manos una casa. Se supone que aplastan toda clase de cucarachas, pero se aseguran antes de que las grandes escapen. El Ayuntamiento los paga para que establezcan la ley y el orden. La ciudad podría ahorrarse el dinero y contratar más basureros.

—Está bien, nada de Policía. ¿Entonces, quién podría ser?

A Sam le sobresalió el labio inferior.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Sólo te lo estoy preguntando.

Durante unos momentos, Sam no contestó. Después dijo:

—Tendré que hacerlo solo…

—Acabarás en un ataúd.

—Eso es asunto mío.

—Estás loco, Sam.

El negro se incorporó muy despacio. Se acercó a la pared donde la lanza y el escudo relucían en colores negro, verde y amarillo. Miró la lanza con fijeza. Su voz tuvo un registro muy bajo y muy pesado.

—Llega un momento en que la caldera estalla. Y no hay forma de salir corriendo. No se puede escapar del propio dolor. Ni decirte a ti mismo que no está ahí. Claro que está. Y hay que hacer algo al respecto. El alzarse un poco por encima del egoísmo.

Lawrence se encontraba ya junto a la puerta. Se dijo a sí mismo que debía abrir y salir, y bajó la mano en busca del picaporte. Pero en aquel preciso instante vio que la cortina se movía y que la anciana penetraba en el cuarto. Flotó hacia él junto con la niebla púrpura; la mano de Lawrence se envaró en el picaporte. Cuando el rostro de la mujer se aproximó más a él, no pareció en absoluto el de un ser viviente, y, sin embargo, sus ojos contenían más vida que la que jamás había visto en cualquier par de ojos. Se rogó a sí mismo salir pitando de allí y probó de girar el picaporte. Pero no pudo hacerlo. No se movía.

La mujer se situó de pie, muy cerca de él. Sintió su aliento en la mejilla e inhaló el olor de su cuerpo. Era algo parecido a hojas ardiendo, mezclado con el aroma de la menta. Algo que supo que no procedía de colonia ni loción alguna, ni de cualquier clase de jabón, sino que se trataba del olor natural que emanaba de la anciana. Algo que salía desde muy adentro y que fluía también junto con la brillante llama púrpura que le alcanzaba desde los ojos de la mujer. Ella no dijo nada, sólo se limitó a mirarlo.

Pasó casi un minuto completo antes de que la mujer hablase.

—¿En qué trabajas? —preguntó.

—Sueldo vías de ferrocarril.

La mujer se quedó mirando el casco de soldador que llevaba en la mano.

—¿Y para qué sirve eso?

—Impide que las chispas me alcancen los ojos.

La mujer continuó mirando el casco.

—¿Y qué vías de tren sueldas?

—En el apartadero de carga.

La mirada de Lawrence fue más allá de la mujer y vio que Sam seguía delante de la estantería, mirando hacia la lanza.

—¿Dónde vives? —prosiguió ella.

—En Ruxton Street.

—¿No vives en el apartadero de carga?

—Vivo en Ruxton… —replicó él.

Frunció el ceño, preguntándose qué buscaría la mujer, si iba en realidad buscando algo. Intentó decirse que no era otra cosa que una mujer vieja y chocha.

—Ruxton es una mala calle —prosiguió ella—. Diabólica.

—Sí, ya lo sé.

—Necesita que la reparen —dijo ella.

Lawrence vio que Sam se había vuelto a medias y que miraba a la anciana.

—Tú sueldas vías en la estación de carga —volvió a hablar la mujer—. Pero no es el lugar donde vives. Vives aquí. En la calle diabólica. Y necesita una reparación, más que las vías del tren.

Lawrence parpadeó varias veces.

—¿Comprendes lo que digo?

Él no pudo replicar y escuchó que Sam decía:

—Claro que lo comprende. Pero no se quedará con ello. Lo olvidará.

—Déjale que hable por su propia boca —dijo la mujer.

Lawrence se limitó a permanecer allí, mirándola.

—Debes hacer lo que es justo —prosiguió ella—. Debes reparar la calle de aquí, donde tú vives.

Lawrence permaneció en silencio durante otro largo momento.

—¿Con qué? —musitó.

Ella se llevó la mano al pecho.

—Con el corazón. Con mucho corazón.

—Se necesita algo más que eso —aseguró él.

La mujer meneó la cabeza.

—Es todo cuanto se necesita. Mucho corazón. Gran fuerza. Fuego en la sangre.

Sam asentía con lentitud a sus palabras. Lawrence lo miró.

—Seguro que ya te has metido en algo.

La mujer se inclinó hacia él. Sus ojos ardían.

—Quiero decirte lo mismo que he dicho a Samuel. Ningún hombre en todas partes. Cada hombre en alguna parte. El hombre debe saber dónde está. Debe mirar y debe ver lo que ocurre. Y hacer lo que es necesario hacer. Escucha, por favor. Mírame. Piensa.

Pero él no pudo mirarla, ni pensar en nada que no fuese: «Está majareta. Lo único que tengo que hacer es irme a casa y meterme en la cama».

Abrió la puerta, salió y comenzó a andar por el callejón; caminaba de prisa, sin mirar hacia atrás. Salió a la Calle y anduvo más rápido aún. Luego, al aproximarse a su casa, miró al otro lado de la calle, hacia la casa de Bertha, y vio el coche estacionado allí. Era nuevo de trinca, muy adornado y brillante, con un montón de cromados. Su color, verde pálido.

Hacia las tres de la madrugada se encontraba sentado en el borde de la cama. Se dijo que debería levantarse, dado que no tenía objeto el que intentara dormir.

Miró por la ventana y vio una cinta de luz de luna en los tableros de madera de la barraca del otro lado del callejón. La luz de la luna rebotó y llegó hasta él. Volvió la cabeza, y sus ojos siguieron aquel resplandor blanquiazul, que iluminó el rostro de Edna. La mujer dormía como un tronco, con la boca entreabierta. La escuchó respirar. Parecía emitir una serie de suspiros, como si anhelase algo.

Lawrence se levantó de la cama y se acercó al cuarto de baño, donde bebió un poco de agua. Luego regresó reluctante al dormitorio. Se aconsejó a sí mismo que intentase el truco de descansar de espaldas, con un brazo colgando por el lado de la cama. Se colocó en aquella posición, y, veinte minutos más tarde, sus ojos seguían abiertos, con la mirada clavada en el techo. Luego, poco a poco, fue consciente de unos sonidos que procedían del cuarto adjunto, donde Paul y Connie dormían en la cama, y el viejo en un camastro.

Sin embargo, mientras escuchaba la conversación que le llegaba a través de la pared, quedó informado de ciertos cambios que se habían llevado a cabo en el otro dormitorio. Connie había echado a Paul de la cama. El viejo se había levantado de su camastro y metido en la cama con Connie. Pero el plan del viejo no funcionaba esa noche. Resultaba obvio que Connie no había conseguido la suficiente ginebra como para que estuviera del humor apropiado. Hablaba en voz muy alta. Paul le rogaba que callase.

—Levántate del suelo —le dijo Connie a su marido—. Levántate y llévale otra vez al camastro.

—Él no te molesta —replicó Paul.

—Me está pellizcando.

—No hago nada de eso —contestó el anciano.

—Eres un maldito mentiroso —vociferó Connie. Luego, dirigiéndose a Paul, añadió—: No te quedes ahí sentado. Haz algo.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Paul.

—Sácalo de aquí. Llévalo otra vez a su camastro.

—Estoy demasiado cansado —alegó Paul.

Durante unos momentos, hubo silencio; luego, Lawrence escuchó un gruñido por parte de Connie, un grito del viejo y un elevado y agónico gruñido por parte de Paul. Se produjo el ruido de un considerable movimiento alrededor y varios golpes y ruidos sordos.

—Me ha pegado —se quejó el viejo.

—Sucio y viejo hijo de puta —vociferó Connie.

Otro golpe sordo.

—Me está pegando en la cabeza —aulló el viejo.

—Le sacaré los sesos —chilló Connie.

—Déjale tranquilo —dijo Paul.

—Saca a este viejo lagarto de mi cama —chirrió Connie.

—¿Y por qué le has dejado que se metiera en ella? —quiso saber Paul.

—¿Y quién le ha dejado? —gimió Connie—. De repente, está aquí. Se presenta…

—Creo que me sangra la nariz —dijo el viejo—. Tengo la nariz fracturada.

—Lo que tendrás fracturado será el cráneo si no te metes las manos donde deben estar —replicó Connie.

—Dame un pañuelo. Me sangra la nariz.

—Dale un pañuelo —pidió Paul.

—Dáselo tú. Es tu padre…

Entonces se produjo más movimiento de acá para allá, y luego el ruido de cajones de armario que se abrían y se cerraban. Paul le preguntó a Connie dónde guardaba los pañuelos. El viejo le rogó que se apresurase, que necesitaba un pañuelo para contener la sangre, y que si no conseguía uno en seguida, lo más probable sería que necesitase una ambulancia. Connie le dijo a su suegro que siguiese adelante, que se desangrase hasta morir, y que cuanto antes, mejor. La mujer siguió quejándose de que las cosas no andaban bien cuando una mujer decente no podía dormir en su propia cama sin que un asqueroso viejo lagarto se le pusiera encima. Paul declaró que no podía encontrar un pañuelo y aconsejó al viejo que emplease la funda de la almohada. Connie declaró que necesitaba un trago. El viejo manifestó que él también se tomaría uno. Paul se mostró de acuerdo en que se trataba de una buena idea el salir a beber una copa. Connie preguntó qué iban a hacer para conseguir dinero. El viejo declaró que tenía unos dólares que había ganado a los dados. Paul y Connie emitieron grititos de deleite, y ella le dijo al viejo que era una persona maravillosa y que se merecía un gran beso. Anunció que iba a besarle. El viejo le contestó que constituía un privilegio ser besado por una chica tan estupenda, y que estaba orgulloso de tenerla por nuera. Paul les urgió para que se vistiesen de prisa. El viejo habló de lo estupendo que era salir con los niños, y que nada le daba mayor placer que llevar a sus hijos a pasar fuera una velada social.

Lawrence les oyó cómo salían del dormitorio, luego anduvieron por el pasillo y, finalmente, el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. Pero no era como si se hubiesen ido. Su mente viajó con ellos mientras paseaban por la Calle y entraban en la taberna clandestina más cercana, y sus ojos ardieron al verlos beber el alcohol que, como por arte de magia, ahogaba los problemas del día siguiente y de más allá. Se sintió muy solo, y con una envidia aguda al verles ahogar sus mañanas. En cierto modo, deseó que le invitasen a participar en aquella fiesta.

Edna murmuró algo en sueños. Se volvió hacia un lado. Luego, sus ojos se abrieron y se quedó mirando a su marido. La luz de la luna brilló intensamente en la cama y pudieron verse uno a otro.

—¿Estás aún despierto? —murmuró Edna.

—¿A ti qué te parece?

—¿Por qué no puedes dormir?

—No lo sé.

—Entra demasiada luz —declaró Edna—. Deberíamos poner una persiana en la ventana.

Él se incorporó de la almohada, se inclinó hacia delante con las rodillas alzadas y las manos cruzadas, rodeándolas. Se quedó mirando la pared del otro lado del dormitorio.

—Vuelve a dormirte —musitó.

—¿Y qué me dices de ti?

—Me sentaré un rato.

Ella le puso una mano sobre el hombro.

—Pareces agotado.

Él respiró hondo. La presión de la mano de su mujer era como la de una pluma; sin embargo, tuvo la sensación de tener un gran peso encima del hombro, que le impulsaba hacia abajo. Su cabeza cayó y dijo:

—Alarga la mano y coge mis cigarrillos.

—¿Vas a ponerte a fumar?

—Eso es lo que hago, por lo general, con un cigarrillo. Me lo fumo.

La mano de ella se apartó de su hombro.

—No deberías enfadarte. Sólo te he hecho una pregunta.

Él respiró de nuevo con fuerza.

—¿Haces el favor de alcanzarme los cigarrillos?

Edna alargó la mano hacia la coqueta. Luego le tendió la cajetilla y las cerillas. Él lo cogió todo sin mirarla. Se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió muy de prisa, como si aquello fuera a proporcionarle un tratamiento de urgencia. Edna dijo que también quería uno. Estaba sentada junto a él, y le pidió que se lo encendiera. Pero él le pasó la cajetilla y las cerillas. Su mujer lo miró con fijeza durante unos segundos, luego se

encogió de hombros, se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió. Durante un rato permanecieron sentados allí, fumando, sin mirarse y sin hablar.

—¿Me deseas esta noche? —preguntó Edna al cabo de un rato.

—No.

—Vamos, Chet…

—No.

Lawrence chupó con fuerza el cigarrillo. El humo hizo un ruido de siseo al salir de sus apretados labios.

Edna le puso la mano en el brazo.

—Vamos —repitió.

Él la miró; luego, con rapidez, apartó la vista y dio otra profunda calada al cigarrillo.

—Por lo menos podrías mirarme. Háblame.

Lawrence la miró y trató de sonreír.

—He pasado una noche muy dura en la estación. Estoy cansado, eso es todo…

—¿Y por qué trabajas tanto?

—Necesitamos llenar la nevera. Alguien tiene que traer la comida.

—Ahora tratas de encontrar un pretexto —dijo Edna.

—Muy bien, cariño.

Le dio unos golpecitos en los hombros.

—Dejémoslo estar…

La mano de ella permaneció en su brazo. Luego, lentamente, en plan de prueba, dejó caer su mano hacia abajo. Sus dedos juguetearon con el denso matojo de dorado vello del pecho de Lawrence. Él no se ponía nada para dormir, y en ese momento deseó tener puesto el pijama, o una camisa, o tal vez una armadura de acero para impedir que le tocase la desnuda carne. La mano de la mujer se movió hacia abajo a través de su pecho y ahora le acariciaba las costillas.

—Déjame —dijo él.

Pero ella continuó su avance hacia abajo.

Él chupó de nuevo el cigarrillo. Luego se lo quitó de la boca y dejó caer saliva en el reluciente extremo para apagarlo. Colocó la colilla entre los dedos y la arrojó a través de la entreabierta ventana. Intentaba apartarse de

lo que Edna le estaba haciendo con la mano, trataba de librarse de su propia carne.

Y luego la miró. La mujer tenía una leve sonrisa en los labios. O tal vez no se tratase de una sonrisa. Quizá sólo fuese un delgado revestimiento que cubriese una mueca de burla.

Como si dijera: «No puedes irte, jamás te marcharás».

Su mano lo engatusaba ahora, moviéndose un poco más aprisa. Era como si bombease, como si no lo estuviese haciendo a una persona viva, sino a una fuente de abastecimientos que nada tuviese que ver con aquello. Él fulminó a la luz de la luna con la mirada y sintió que el resentimiento le subía a la garganta. La luz de luna le devolvió la sonrisa.

«No sirve de nada el quejarse, has comprado esta mercancía a plazos, tendrás que quedarte con ella y seguir pagando».

Pero su cerebro se revolvió ante ese pensamiento:

«Eso no es justo, maldita sea. Ya he pagado suficiente».

Sus ojos brillaban de furia. Agarró a Edna por los hombros y la arrojó a la otra parte de la cama. La mujer casi cayó al suelo. El cigarrillo le saltó de la mano y no hizo el menor movimiento para recogerlo. Se quedó mirando los anaranjados rescoldos que prendían en la manta.

—¿Por qué me rechazas? —dijo en un apagado murmullo.

Él no replicó.

Edna cogió el cigarrillo con dedos temblorosos y trató de llevárselo a la boca. Pero no pudo alzarlo, y siguió con la vista fija en el pequeño resplandor anaranjado.

—Me miras como si yo no perteneciera a esta cama.

Todo cuanto Lawrence pudo hacer fue fruncir el ceño.

—Pues yo pertenezco aquí, señor mío —prosiguió ella—. Y a ti te ocurre lo mismo.

—Está bien —musitó él—. Está bien.

—Somos marido y mujer —continuó ella—. No lo olvides.

Él miró más allá de Edna y vio la luz de luna que flotaba por la pared.

Oyó que ella decía:

—No es como si yo fuera una fulana que hubieses recogido en la calle. Llevo una alianza en el dedo. Y tú me la pusiste en él. Y firmaste con tu

nombre en un contrato. Y no voy a dejar que lo rompas.

—¿Quién está rompiendo nada?

Durante un momento, la mujer permaneció pensativa como si necesitase reunir las fuerzas que necesitaba para dar una respuesta.

—Tú lo rompiste anoche —gritó.

Él hizo una mueca.

—No quería decírtelo —prosiguió Edna—. Pero será mejor que comprendas que lo sé. No voy a dejar que antepongas a alguien a mí. No soy ninguna tonta.

—Estás hablando demasiado.

—Tengo derecho a hablar. Y tú te quedarás aquí y me escucharás.

—¿Y qué vas a hacer, tenerme así durante toda la noche?

—Sí.

Aquello fue un ahogado sollozo.

—Lo mismo que ella hizo. Esa condenada basura que vive al otro lado de la calle. ¿Crees que las noticias no corren? En la carnicería todo el mundo se rió de mí. Una vieja bruja se me acercó y me dijo: «No permitas que te deje tirada, querida, estos hombres de Ruxton Street son todos iguales». La aparté a un lado y salí corriendo, y ni siquiera supe adónde iba. Fue como si alguien me hubiese cortado la cabeza con un hacha.

Él se quedó mirando el encendido cigarrillo. Ya no quedaba mucho de él.

—Tira esa colilla. Te vas a quemar los dedos…

La mujer no pareció oírle. Se había inclinado hacia él y en su voz se fundieron el ruego y una lúgubre amenaza.

—Te lo juro. Por nuestra vida. Vas a prometerme que no lo harás nunca.

—¿Así que dándome órdenes?

—Te estoy contando de la forma en que van a ser las cosas. No pueden ser de ninguna otra manera.

Él la miró, furioso. Todos los gatos callejeros de Ruxton Street le estaban diciendo lo que debía hacer.

—No tienes nada que ordenarme —musitó—. Haré lo que más me plazca.

—No… —La mujer sollozó—. No puedes hacerlo.

—¿Y quién dice que no puedo?

—Lo digo yo.

—¿Y quién eres tú?

—Soy la mujer con la que vives.

—¿Vivo? —Emitió una ronca risa—. Lo único que hago contigo es morir una muerte lenta.

Él vio cómo el cigarrillo encendido era apuntado contra su cara. Trató de apartarse y sintió la punzada de unos enfurecidos aguijones de fuego que le penetraban en las mejillas. Alzó el puño e intentó hacerlo retroceder, pero no pudo y escuchó el crujido de sus nudillos al aplastarse contra la boca de su mujer. Ella lanzó un chillido y probó de golpear de nuevo con la encendida colilla. Él le sujetó la muñeca y la retorció con fuerza. La colilla cayó de entre los dedos de su mujer, él la cogió y la aplastó contra el travesaño de la cama. Edna se había apartado de su lado y apretaba el rostro contra la almohada.

Lawrence saltó de la cama y buscó sus ropas. Los calzoncillos, los calcetines y el mono se encontraban en el suelo y, cuando los recogió, fue como si agarrara los sucios harapos de otra persona. Los tiró contra la pared. Se acercó al armario, sacó un par de calzoncillos limpios, y calcetines y camisa también limpios. Luego abrió el armario y cogió el único traje que poseía.

Se vistió con gran rapidez. Edna se incorporó y lo miró con atención. Le vio deslizar una corbata debajo del cuello de la limpia camisa blanca.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Una respuesta subió hasta los labios masculinos. Mas la mantuvo allí, doliéndole soltarla y permitiéndole a ella escuchar el tajante anuncio de que había acabado con aquella lucha sin sentido, que se marchaba para no regresar jamás. Pero vio el rostro de su esposa a la luz de la luna, y el resplandor pareció centrarse en su magullado labio. Parpadeó, y entonces observó que la sangre manaba por las comisuras de la boca. Le levantó el mentón un poco, como si quisiera tener una mejor visión del daño que le había hecho.

En ese momento, un fuerte dolor pareció morderle en el rostro. No era en la mejilla, donde el encendido cigarrillo le había levantado unas

ampollas en la piel. Aquello no lo sentía en absoluto. Lo que percibía era un cortante dolor en las comisuras de la boca, como si alguien le hubiese asestado allí un fuerte puñetazo.

—Dime adónde vas —repitió Edna—. ¿Por qué te has vestido?

—Voy a dar un pequeño paseo. Regresaré pronto.

—¿Cuándo?

—Pronto —repitió.

Salió del dormitorio y recorrió el estrecho pasillo hasta la puerta principal. Cuando la abrió y adelantó un pie para salir, la luz de la luna le dio unas palmaditas en el hombro y murmuró:

«Ella no se dormirá hasta que regreses; no la hagas esperar demasiado…».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XI

Se quedó en el umbral, mirando la rajada madera. Luego alzó la cabeza en un gesto lento, y miró hacia el otro lado de la calle. Allí estaba el automóvil verde pálido, el sedán nuevo de trinca, aparcado delante de la casa de Bertha. Bajó los escalones del portal y trató de alejar la vista del coche. Se frotó los ojos y parpadeó unas cuantas veces; al final consiguió apartar la mirada del automóvil. Se alejó a buen paso, encaminándose hacia Seventh Street.

En la esquina de Seventh Street y Ruxton Street había un quiosco que permanecía toda la noche abierto y que regentaba un negro ciego. Lawrence compró un periódico de la mañana y una cajetilla. La abrió y comenzó a sacar un cigarrillo. Pero lo dejó de nuevo en su sitio y sujetó la cajetilla con fuerza. Escuchó el crujido del papel celofán al rajarse. Se apartó unos pasos del quiosco, pero luego dio la vuelta y regresó. El plegado periódico se le había caído de debajo del brazo y no había sido consciente de ello.

Dio unos golpecitos en el mostrador del quiosco.

—Soy yo otra vez.

—¿Lawrence?

—Sí.

Se preguntó por qué había regresado.

—¿Quieres algo más?

Titubeó.

—Otra cajetilla —pidió. Dejó un billete de dólar sobre el mostrador. El ciego le dio una cajetilla, recogió el billete y comenzó a prepararle el cambio.

—Guárdate el dólar —le dijo Lawrence.

—¿Todo el billete?

—Quédatelo, Claude.

El ciego sonrió.

—Vaya, Lawrence, esto es muy agradable por tu parte. Te doy las más expresivas gracias.

—No es un regalo —replicó Lawrence—. Quiero ver a Sam.

—¿A qué Sam?

—No conozco su apellido. Dirige el restaurante de la Calle.

El ciego permaneció inexpresivo.

—¿Y para qué lo quieres?

—Tengo que verle. Dime dónde vive.

El ciego colocó el billete de dólar en el mostrador, con el rostro inclinado hacia él, como si pudiese verlo.

—No lo sé —musitó—. No tengo amistad con ese hombre. No sé nada acerca de él.

—Sólo tienes que decirme dónde vive.

—No puedo decirte eso.

—¿Y por qué no?

—No es asunto mío facilitar información.

—Mira, Claude, nos conocemos desde hace muchos años.

El ciego dejó algunas monedas en el mostrador. Luego cogió el billete y lo dobló con gran lentitud. Después empujó las monedas.

—Aquí tienes el cambio —dijo—. Vamos, recógelo y guárdatelo en el bolsillo. Y vete a tus asuntos.

—¿Pero qué ocurre, Claude? ¿No te fías de mí?

—En esta calle no me fío de nadie.

—¿Crees que trato de engañarte?

—Tío, no sé lo que pretendes. Y tampoco me preocupa. Sólo quiero quedarme al margen.

—Hablas como la «poli».

—Eso puedes serlo tú.

—Eso es estúpido.

—No, en absoluto —replicó el ciego—. En el vecindario, cualquiera puede pertenecer a la Policía. Incluso me han pedido que trabaje para ellos.

Lawrence asintió lentamente.

—Supongo que tienes rezón. Es imposible decir quién es policía y quién no lo es.

—Una auténtica vergüenza —repuso el ciego—. Pero así están las cosas…

Lawrence comenzó a volverse cuando el ciego le dijo:

—Aquí tienes las seis monedas. ¿No las quieres?

—Quédatelas —replicó Lawrence, alejándose.

—Espera —le llamó el ciego.

Lawrence miró por encima del hombro. El ciego estaba inclinado fuera del quiosco y le hacía señas. Él regresó junto al hombre.

—¿Qué ocurre, Claude?

El hombre ciego señaló las monedas que había sobre el mostrador.

—Aquí tienes tu dinero, tío. ¿Quieres comprar algo?

—¿Como qué?

—Algo para Sam. —El ciego sonreía tenuemente.

—¿Y qué podría llevarle a Sam? —preguntó Lawrence.

—Cigarros —replicó el ciego—. Creo que apreciaría unos puros.

—Muy bien —contestó Lawrence—. Dame los cigarros.

El hombre alargó la mano hacia una caja, sacó varios puros y se los tendió.

—Aquí están. Ya los tienes. Todo lo que necesitas es llevárselos a Sam.

Lawrence sonrió.

—Pero no sé dónde vive.

El ciego pretendió ponderar sus palabras durante un momento.

—Supongo que ahora puedo darte su dirección. Si un cliente compra una mercancía, debo ayudarle a entregarla.

—Eres un buen hombre de negocios, Claude.

El ciego le entregó la dirección de Sam y le pidió que cogiese el cambio que aún quedaba después de la venta de los cigarros. Lawrence cogió las monedas y se las metió en el bolsillo de la chaqueta, junto con los cigarros. Después se alejó del quiosco.

«Así que has comprado unos cigarros y se los vas a llevar a Sam, pero tal vez sea mejor que te los fumes tú mismo y olvides esa dirección. No hay razón alguna en especial para que visites a Sam esta noche, no hay nada de lo que tengáis que hablar tú y Sam, él no puede decidir sobre este tema y sí complicarlo aún más. Como aquella vieja loca, que todavía se cree la reina

de una isla, con toda esa cháchara de que hay que arreglar la Calle, como si estuviese poniéndote aquella lanza en la mano, diciéndote que te enfrentes al enemigo. Como en los cuentos para irse a la cama, en los que cualquier estúpido sale por ahí y arriesga el cuello sin ninguna buena razón para hacerlo. Al diablo con todo si eso no constituye un desenlace cuando, de repente, empiezas a creer lo que ella te dice y lo que Sam dice, y eso te impide dormir y comienza a volverte loco. Cuando cierras los ojos ves a esa muchacha china, pero, maldita sea, ella no tiene nada que ver contigo, ni siquiera sabes cómo es, y tampoco se trata de la única persona que tiene problemas esta noche. En todas partes hay gentes con problemas; sin embargo, es como un dedo que te apuntara, y tú no haces más que escuchar a la vieja cuando afirma: “Ningún hombre en todas partes, todos los hombres en alguna parte”. Pero tienes bastantes pesares en tu propia casa sin necesidad de que vayas a buscar más aún. Seguro, como el mismo infierno, que ya tienes la suficiente tristeza en aquella cama donde Edna te espera ahora mismo porque tú eres su maridito, y se supone que debes estar allí con ella, según ciertas promesas que hiciste en una iglesia; por lo tanto, lo que necesitas es pensar en todo eso, incluso debes aborrecer pensar en eso, y lo que resulta de todo ello es que no tienes nada que hablar con Sam. Tu mujer te espera en la cama, y allí es donde se supone que debes estar en este mismo instante; por lo que has de poner las cosas en claro y no ir a ninguna parte, excepto regresar a esa cama».

Todo aquello era lo que iba pensando mientras sus piernas lo llevaban hacia la dirección que el hombre ciego le había proporcionado.

Se trataba de una pequeña barraca en un estrecho callejón. Éste corría paralelo a la Calle, y todas las puertas de las barracas daban a las puertas traseras de las casas de Ruxton Street. La casa de Sam se encontraba a mitad de camino en el callejón entre Third Street y Fourth Street. La única ventana estaba apagada y Lawrence golpeó con los dedos en la ventana. Se dio cuenta que ese ruido no bastaría para despertar a un hombre que dormía. Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos.

Algunos momentos después aún seguía allí, llamando a la puerta.

Por último, decidió probar el picaporte.

La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió un poco y llamó a Sam por su nombre. Aguardó unos segundos y volvió a pronunciar el nombre de Sam. Luego abrió la puerta un poco más y entró. Encendió una cerilla y vio una mesa, una silla y un camastro vacío. No había más muebles. Sobre la mesa, una pequeña lámpara. Se acercó a ella y tiró del cordón para dar la luz. Luego se sentó en el camastro y encendió un cigarrillo.

Cuando se hubo fumado ése, encendió otro, y se levantó para acercarse a la mesa. Había algunos libros apilados. Vio una Biblia, un *Pilgrim's Progress*, un grueso volumen de James Fenimore Cooper y un baqueteado ejemplar de *La cabaña del tío Tom*. Abrió este último y pasó las hojas, en busca de ilustraciones hasta que encontró un dibujo a pluma de una muchacha perseguida a través del hielo. Estuvo mirándolo durante un momento y luego siguió pasando hojas hasta llegar a un dibujo del tío Tom, de pie, en un campo de algodón, con los brazos extendidos hacia el cielo. Entonces se produjo un ruido al otro lado de la puerta. Dejó el libro en la mesa en el momento en que aquélla se abría y Sam entraba.

El negro no pareció sorprendido al verle. Ni siquiera le miró. Se quedó allí de pie, muy erguido, casi rígido. Por un momento, Lawrence se preguntó si el hombre estaría borracho. Luego recordó que Sam no bebía.

—La puerta estaba abierta —explicó Lawrence—. Pensé que podría entrar y esperarte.

Sam no respondió.

—No quise esperar en el callejón —prosiguió Lawrence—. No me gustan los callejones oscuros.

El hombre de color miraba más allá de Lawrence, como si contemplase a otro visitante.

Lawrence dio un paso hacia Sam y se percató de que éste tenía los labios apretados con fuerza.

Sam se acercó al camastro y se derrumbó en él. Dejó caer la cabeza hacia delante, con los brazos colgándole a los lados, y emitió un bajo y tembloroso gemido.

—¿Estás enfermo? —preguntó Lawrence.

Sam meneó la cabeza.

Lawrence se apoyó contra la mesa.

—¿Qué anda mal contigo?

El negro no pareció escucharle. Alzó las piernas hasta descansarlas en el camastro y dejó que su mano fuese lentamente hacia atrás, en dirección de la almohada. Luego descansó por completo sobre la espalda, con las manos dobladas encima del pecho. Tenía los ojos muy abiertos y contemplaba el techo.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó.

—No podía dormir —respondió Lawrence—. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pensé que tal vez pudiéramos mantener una nueva charla.

Sam no replicó.

—No sé qué demonios me preocupa —prosiguió Lawrence—. Tal vez no se trate de nada en absoluto. Pero no he dejado de pensar. Me refiero a lo que me has comentado esta noche. Y en lo que la anciana me ha dicho. En especial en lo que ella ha dicho. No encuentro la manera de quitarme todo eso de la cabeza. Como si ella me lo hubiese plantado en el cerebro.

—¿Y qué ocurriría si hubiese sido así? —Sam seguía mirando al techo—. No hubo mentira alguna en lo que habló.

—Todo cuanto sé es que no puedo dejar de pensar en ello. Y eso es lo que me ha mantenido despierto.

—Hay cosas mucho peores que perderse una noche de sueño —repuso Sam.

Su cabeza giró con gran lentitud, y, en ese momento, miraba a Lawrence.

—Hace muy poco lo he perdido todo.

Luego se produjo el silencio, hasta que Sam prosiguió:

—Ya no soy un hombre. Sólo soy un «carne fofa» más.

Lawrence arrastró una silla hacia el camastro, se sentó y cruzó los brazos. Frunció el ceño mientras aguardaba a que Sam hablase de nuevo.

—Me encontraba en un solar al otro lado de la calle de la casa de Hagen —comenzó Sam su relato—. Tenía una cachiporra en el bolsillo. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. No había otra opción al respecto. Pero luego seguí pensando. Esa casa es sólo de paso, y Hagen vive en la segunda planta. Me dije: «La muchacha no está ahí. Se la ha llevado a algún otro lugar. No la va a tener en esa casa, con todas esas personas alrededor».

Luego seguí pensando: «Tal vez sí. Muchos visitantes no estarán en nada inclinados a mezclarse en las cosas de él. Saben muy bien lo que deben hacer». Y seguí con mis pensamientos: «Se habrá llevado la chica a cualquier otro lugar, para que si causa mucho alboroto no importe demasiado. Tal vez la tenga en algún sótano donde nadie viva en el piso de encima, o quizás en alguna casa a la que los hombres vayan a divertirse, y ninguna clase de ruido les llame la atención». Pues bien, todo eso era lo que yo pensaba mientras permanecía allí. Y, por fin, decidí que la única forma de saberlo era comprobarlo. Debía entrar y verlo por mí mismo. Pero, en aquel preciso instante, la puerta principal se abrió y los vi salir. A Hagen y a Pancho.

»Iban hablando. Comentaban algo referente a un coche nuevo. No lo capté todo, pero, al parecer, se produjo una discusión y Pancho dijo que deseaba que Hagen le llevase a dar una clase de conducir. Hagen habló en voz alta y alegó que no tenía una hora libre para enseñar a conducir y que, además, deseaba pasar parte del tiempo de esta noche con la chica. Pancho se excitó mucho y replicó que Hagen le había prometido darle esa noche lecciones de conducción. Hagen le dijo a Pancho que fuese a casa de Bertha, donde tenía el coche estacionado, y que aguardara hasta que amaneciese, y que luego irían a dar la clase de conducir.

»Así que Pancho repuso que de acuerdo, echaron a andar y yo los seguí. Desembocaron en Ruxton Street. Vi a Pancho alejarse, mientras que Hagen se iba por el otro lado. Seguí a este último, que caminaba con paso rápido, y yo caminé tras él, despacio, por la otra acera de la calle. A continuación, vi que entraba en la casa. Ésa donde vive la elefanta. La gran Tillie.

Sam hizo un ademán con los brazos, para indicar los casi doscientos kilos de mujer; una reliquia de mamut que siempre parecía estar sin aliento, pero que jamás se encontraba demasiado cansada cuando había que llevar a cabo cualquier truco, y que lograba realizar más que cualquier otra profesional en la vecindad.

—Lo vi cómo entraba —prosiguió Sam—. No llamó a la puerta. Se limitó a abrirla y entrar. Por ello supuse que había llegado a algún acuerdo con Tillie, y que la pagaba para que no perdiese de vista a la chica cuando él no estuviera allí. Durante un momento pensé que sería mejor esperar hasta

que él se marchase. Ése sería el método más seguro de llevar el asunto, eso era lo que yo pensaba. Pero la porra me habló de algo diferente. Y me dije a mí mismo que aquella cachiporra no sería para Tillie, sino para Hagen. Por lo tanto, crucé la calle, llegué a la puerta principal y comprobé que estaba cerrada. Llamé un par de veces. Tillie abrió, y me preguntó qué quería. Le conté que era un cliente. Quiso saber si tenía seis dólares. Le dije que conseguiría el dinero si me concedía el tiempo suficiente. Ella me respondió que le gustaría echar un vistazo al dinero, por lo que saqué la cartera. Cuatro dólares. Tillie me replicó que ni hablar. E hizo un ademán para que me acercase a la puerta.

»Bajé la cabeza como una cabra y la golpeé en el estómago. Ella no se movió. Repetí el golpe. Ni se estremeció; aunque soltó un alarido, y, entonces, Hagen se acercó a la puerta. Quería saber qué estaba sucediendo. Saqué la porra, pero él la vio. Se limitó a quedarse allí y mirarme. Le dije que hiciera salir a la chica, que yo iba a devolvérsela a su tío. «Sácala —le dije—, sácala». ¿Y sabes lo que hizo? Pues, se echó a reír.

»Se rió de mí, Lawrence. Te digo que se rió de mí.

La voz de Sam se ahogó. Sollozaba sin lágrimas.

—Le vi reírse de mí y no supe qué hacer. La cachiporra cayó de mi mano. Y eché a correr. Corrí lo más rápido que pude. Me alejé de allí pitando. Como un viejo payaso que lleva a cabo una huida a toda velocidad. Desde luego, debí parecerle muy divertido a Hagen. Le escuché reír a carcajadas. Ni siquiera se preocupó de perseguirme…

Sam alzó la cabeza de la almohada. Tenía los ojos húmedos. Y gritó como si se le estuviese rompiendo el corazón.

—¿Por qué no corrió detrás de mí? Por lo menos podía haber hecho eso. Debió hacerme sentir que yo tenía la suficiente importancia como para perseguirme. Pero todo lo que hizo fue quedarse allí, en el umbral de la casa, y se rió de aquel títere, vestido con ropas domingueras para hacer de aquello una ocasión especial. Y, en realidad, era muy especial. Nunca más llevaré estas prendas. Voy a quemarlas.

—Eso no servirá de nada —murmuró Lawrence.

—Me llevará adonde pertenezco.

—No hables como un bobo.

—Pero si lo soy. Un viejo tonto.

—Lo has intentado, Sam. Por lo menos lo has intentado…

—He armado un lío con lo que he hecho, eso es todo lo que he conseguido.

—Hagen es una especie de martillo viviente. Tiene lo suficiente para dar miedo. Cualquiera hubiera echado a correr.

—¿Pero por qué no me persiguió? Eso es lo que más me avergüenza. Ni siquiera se molestó en bajar los escalones.

—Olvídalo. Deberías estar contento de encontrarte aquí, sano y salvo.

Sam suspiró con fuerza.

—Si por lo menos ese hombre me hubiera perseguido. Sólo unos cuantos pasos, eso era todo. Hubiese sido bueno saber que le había preocupado, por lo menos un poco.

Lawrence se puso en pie. Se acercó a la mesa y echó un vistazo a los libros.

—¿Cómo has conseguido mi dirección? —preguntó Sam.

Lawrence se volvió y se le quedó mirando.

—Te he comprado unos cigarros en el quiosco de Claude.

Sacó los puros del bolsillo y se aproximó al camastro para dárselos al hombre de color.

Sam esbozó una ligera sonrisa.

—Esos comerciantes de Ruxton Street conocen todos los trucos…

—Sí —replicó Lawrence—. Excepto el truco de escapar de Ruxton Street.

Sam estaba desenvolviendo ya un cigarro. Lawrence se sacó sus cigarrillos, se llevó uno de ellos a la boca y encendió una cerilla. Dio fuego a Sam, luego prendió su cigarrillo y se sentó de nuevo. Sam, que permanecía en el camastro sentado, muy erguido, dejó caer las piernas a un lado. La habitación estaba en silencio y el único movimiento era el del humo que ascendía hacia el bajo techo de la barraca de madera.

Luego, Lawrence escuchó algo. Sonaba fuera de la barraca. Miró hacia la puerta; después volvió la cabeza con gran lentitud y observó a Sam. Los ojos del negro brillaban de ansiosa anticipación, como si afuera estuviese el cartero que le traía un regalo de parte de alguien.

La puerta se abrió.

Hagen y Pancho entraron en la barraca.

Hagen sonrió al hombre de color.

—Hola, Sam… —comenzó a decir, cuando vio a Lawrence, y la sonrisa se convirtió en una mueca de perplejidad que acabó en un fruncimiento de ceño lleno de decepción. La mueca se endureció, para extinguirse de inmediato, y el rostro de Hagen quedó inexpresivo.

Se volvió hacia Pancho.

—Cierra la puerta —ordenó.

Pancho lo hizo así; se recostó contra ella y empezó a mirarse las uñas.

—Levántate, Lawrence —prosiguió Hagen—. Quiero esa silla. Deseo sentarme y hablar con Sam.

Lawrence se puso en pie. Estaba observando a Pancho. El caribeño continuó inspeccionando sus bien manicuradas uñas.

Hagen se sentó en la silla y sonrió a Sam.

—¿Dónde has conseguido el puro? —le preguntó.

—De Lawrence —repuso el negro.

Sus ojos seguían brillantes.

Hagen habló como si Lawrence no se encontrase allí.

—No sabía que tú y Chet fueseis tan buenos amigos. Debes tener una gran amistad con Chet, si él te hace una visita especial para traerte puros.

Sam se sacó el cigarro de la boca, lo miró, y luego se lo puso de nuevo entre los dientes para dar una profunda calada.

Hagen, que aún sonreía, habló con gran lentitud:

—¿Hace Chet esto a menudo? ¿Te trae cigarros?

—No —repuso Sam.

Hagen se volvió para mirar a Pancho.

—¿Has oído eso?

Pancho no reaccionó. Estaba examinándose la uña del pulgar, de un lado y de otro, y ahora contemplaba el aspecto de la cutícula desde todos los ángulos posibles.

—No quería venir aquí —dijo Hagen, sin dirigirse a nadie en particular —. No creí que valiese la pena molestarme.

Miró más allá de la cabeza de Sam, a la pared que se encontraba detrás del camastro.

—He tenido un montón de problemas para conseguir tu dirección.

—¿Quién te la ha dado? —inquirió Sam.

—Una chica de color. Una de tus clientas. Tuve que hablar con un montón de gente antes de dar con ella. No me gusta ir por ahí, preguntando dónde viven otras personas. Me hace sentir un poco tonto. Eso me deprime mucho…

Pancho alzó la mirada de sus uñas. Lawrence vio que se metía la mano en un bolsillo de la chaqueta de lana verde pálido y sacaba un guante de algodón. Era un guante fino, como de mujer. Pancho embutió la mano derecha en él, dando unos golpecitos al tejido para ajustarlo a lo largo de los dedos. El guante era color carne, y en la mano de Pancho parecía no haber otra cosa que una fina capa de piel añadida. Cuando se lo hubo colocado a su plena satisfacción, se tocó los enguantados dedos con la lengua, luego los frotó entre sí y flexionó ligeramente la mano.

Todos miraban a Pancho.

—Nunca quedan huellas digitales en los cuchillos de Pancho —dijo Hagen. Habló como si se dirigiera a la audiencia de un circo ambulante—. Pancho te va a enseñar cómo lo hace. Si lo desea, se meterá otra vez el guante en el bolsillo sin emplear la otra mano. No sé cómo demonios lo consigue, juro que no lo sé. He visto a un montón de artistas de navaja de resorte, pero ninguno de ellos puede compararse con Pancho. Es el más grande…

—No tienes por qué contárselo —intervino el caribeño.

—Quiero que lo sepan —sonrió Hagen—. Es mejor si lo saben. Así no habrá la menor conmoción.

—Debemos asegurarnos de eso —dijo Pancho. Hagen se quedó pensativo durante un momento.

—Aún no —murmuró.

El caribeño frotó los dedos de la mano enguantada…

—No me gusta esperar.

—¿A qué tanta prisa? —preguntó Hagen.

—Quiero hacerlo y terminar con este asunto.

Una vez más, Hagen se quedó pensativo.

—¿Los dos? —dijo luego.

Pancho asintió.

—¿Aquí? —inquirió Hagen, indicando el cuarto.

—Claro —repuso el caribeño—. Aquí mismo. Y en este momento.

Hagen se llevó la mano a la coronilla de la cabeza y se alisó los escasos cabellos.

Miró al suelo con el ceño fruncido.

—Esperemos un poco —dijo al fin.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. —Hagen ahondó su ceño—. Estoy pensando.

—¿Y de qué sirve esperar? ¿Has venido aquí a esperar?

—No sabía que íbamos a encontrar a éste…

Y Hagen indicó a Lawrence con el dedo pulgar.

—No permitas que esto te importe —dijo Pancho.

—Ya sé que no debería hacerlo —musitó Hagen.

Seguía mirando hacia el suelo, con el ceño fruncido.

La mano enguantada de Pancho pareció hacer un círculo un poco más rápido en el aire. Luego, la mano quedó inmóvil… con la navaja empuñada.

Hagen alzó la mirada.

—Te he dicho que aún no.

—*¡Dios mío!*[1] —susurró Pancho. A continuación, siguió con voz un poco más alta—: ¿Adónde quieres ir a parar, Matt? ¿Vas a cometer otro error? Anoche ya cometiste uno.

Y señaló a Lawrence.

—Éste, aquí presente, debió desaparecer anoche. Lo habías dejado todo a punto y luego le permitiste que se largara. Cuanto más tiempo permanezca por ahí, peor irán las cosas. ¿Quieres que todo empeore todavía más?

—Cállate durante un momento —replicó Hagen—. Déjame pensar.

—¿Pensar sobre qué?

Los ojos del caribeño brillaron de exasperación. Sin embargo, siguió hablando muy poco por encima de un susurro:

—Sólo hay una cosa que considerar. Los dos deben desaparecer.

Hagen se cruzó de brazos. Volvió la cabeza y miró a Lawrence. Luego se levantó y se acercó a la mesa. Colocó las manos encima del mueble y apretó con fuerza.

—¡Maldita sea! —murmuró.

Luego regresó junto a la silla. Comenzó a sentarse, pero cambió de opinión y volvió junto a la mesa.

—¿Ahora? —murmuró Pancho.

Hagen meneó la cabeza.

—Guárdalo —ordenó, sin mirar la navaja.

Pero la hoja siguió en la mano de Pancho.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Hagen habló en voz alta.

—Cierra la hoja y guarda la navaja.

Se produjo un confuso movimiento. La mano enguantada quedó vacía.

Los ojos de Pancho se habían vuelto inexpresivos.

—No capto esto. Matt —comentó el caribeño—. No acabo de seguirlo. ¿Qué tratas de hacer?

—Deja de atosigarme —musitó Hagen. Se quedó mirando el suelo.

Pancho estudió su mano enguantada.

—Por lo menos, podrías decirme qué estás pensando.

Hagen no replicó.

—Es como si no tuviésemos aquí el menor problema —prosiguió Pancho—. Así de fácil.

Entonces Hagen miró al techo y suspiró.

—Tengo dolor de cabeza, eso es…

—Pues a mí no me duele —repuso Pancho.

Hagen lanzó una triste sonrisa hacia el caribeño.

—Tienes suerte. Careces de sentimientos.

Durante un momento, Pancho trató de copiar la sonrisa de Hagen, pero no pudo lograr que sus ojos reflejasen tristeza.

—No puedes apartarte de esto, Matt. Si algo se cruza en tu camino, hay que hacerlo desaparecer.

—Lo sé —replicó Hagen—. Pero, de todos modos, me gustaría darle un respiro.

—¿Dar un respiro, a quién?

—A éste.

Y señaló a Lawrence.

—Eso no se puede hacer —repuso el caribeño—. Si uno se libra, han de librarse los dos.

Hagen permaneció en silencio durante unos segundos.

—Tal vez los dos deban salvarse —dijo al cabo de un momento.

—¿Estás loco?

—Veamos si podemos resolver algo.

Se volvió lentamente para mirar a Lawrence. Durante unos instantes estudió el rostro de éste. Finalmente suspiró, como si no viera aquello que esperaba ver. En realidad, el rostro de Lawrence no le dijo nada. La habitación permanecía fría y en silencio mientras Hagen apartaba su mirada de Lawrence y la dirigía hacia Sam. Se acercó al camastro donde el hombre de color se sentaba, muy erguido, con los ojos brillantes, ansiosos, como un estudiante que se ha esforzado en aprenderse el texto y está ya preparado para el examen.

Hagen se le acercó.

—Yo te he considerado como una persona del montón. Nunca te he dedicado el menor pensamiento, porque siempre has alegado que sólo te ocupas de tus asuntos. Estrictamente un hombre sin acción. Y eso estaba bien para mí. Pero esta noche te has entrometido. Y con una cachiporra.

Hagen la sacó de su bolsillo, treinta centímetros de arma cubierta de cuero, con unas prominencias en el extremo donde la cobertura negra cubría un trozo de hierro. Dio unos golpecitos con la porra contra la palma de la mano.

—¿Dónde la has conseguido? —murmuró.

—La guardo en el restaurante —repuso Sam.

—¿Para los casos que un borracho te cause problemas?

Sam asintió.

—¿Y te causaba yo problemas? ¿Te he molestado en algo?

—Has estado lastimando a la chica —replicó Sam.

—¿A la chica? —Hagen parpadeó—. ¿Y qué? ¿Adónde quieres llegar?

Sam habló con lentitud, pronunciando cuidadosamente cada sílaba.

—La chica no tiene quien la ayude. Y alguien ha de protegerla. No me parece justo que puedas hacer todo eso con la muchacha y que no te ocurra nada.

El rostro de Hagen comenzó a enrojecer.

—La chica no tiene nada que ver contigo, Sam. No es como si fuese tu hermana o tu hija. ¿Por qué diablos te preocupas de lo que hago con ella?

—Me importa —repuso Sam.

—¿Por qué?

—Me preocupo, eso es todo.

—¿Quieres decir que te inquieta?

—Más que eso. Y me hace saber que debo actuar de alguna manera.

En unos segundos, el rostro de Hagen se había puesto brillante de sudor. Su mano destelló hacia su boca y se enjugó los poros húmedos que rodeaban sus labios.

—No puedes hacer nada, Sam. Ya sabes que no puedes hacer nada.

—Puedo intentarlo.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En cualquier sitio en que tenga la oportunidad.

Hagen se quedó mirando al hombre de color.

—No puedes estar bien de la cabeza, si dices todas estas cosas. Es una charla de lunáticos. La forma en que habla un hombre al que ya no le apetece vivir más. ¿Qué demonios es eso? ¿Quién te ha hecho cambiar así?

—Cuando pienso en lo que estás haciendo a esa chica —replicó Sam—, puedo sentir el dolor que le causas. Afirmas que no es mi hermana. Ni tampoco mi hija. Pues bien, te diré algo, tío. Ella *es*. Está hecha de carne humana. Lo mismo que yo. Y lo que le estás haciendo…, no puedo permitir que suceda.

En un instante, Hagen sonreía de nuevo.

—¿Vas a intentar detenerme?

—Sí —replicó Sam—. Lo intentaré.

Hagen se echó a reír.

La hoja reapareció en la mano de Pancho.

—¿Ahora? —murmuró Pancho.

—No… —Hagen retorció la carcajada y ésta se extinguió—. Yo me haré cargo de él. Vigila a Chet.

—Siéntate, Sam —dijo Lawrence.

—Lo intentaré —repuso el negro.

—¡Por el amor de Dios, apártate de él! —dijo Lawrence—. Retrocede y siéntate.

Sam se estaba apartando muy despacio de Hagen.

—¡Sam! ¡Sam! —gritó Lawrence.

Hagen se echó a reír de nuevo. Miró la porra que tenía en la mano. Luego se la ofreció educadamente al hombre de color, como si le estuviese pasando una cuchara a través de la mesa.

—Aquí tienes, Sam. Veamos lo que puedes hacer con esto.

Lawrence estaba moviendo la cabeza y gritando:

—Sam… ¡NO! ¡No lo hagas!

El negro alargó la mano, cogió la cachiporra y la hizo oscilar hacia la cabeza de Hagen. Éste alzó un codo y bloqueó la trayectoria de la porra; luego se apoderó de la muñeca de Sam. El hombre de color retrocedió y golpeó con la cachiporra. Hagen recibió el impacto en el antebrazo, lanzando un grito de dolor. Sam dio un salto y se subió al camastro.

—¿Y ahora qué, Matt? —dijo Pancho en ese momento.

Pero Hagen reía de nuevo.

—Quédate ahí. Guarda esa navaja. Esto lo manejo yo.

Hizo un rápido movimiento cuando Sam realizó otro intento con la porra, la cual trazó un amplio arco y cortó el aire a escasos centímetros del rostro de Hagen.

Éste emitió otra risotada. Sam seguía de pie, sobre el camastro, ondeando la cachiporra. Hagen se acercó haciendo un regate, fingió que iba a agarrar las piernas de Sam, pero se lanzó hasta estrellar el puño contra el estómago de Sam. El negro se dobló sobre sí mismo, sin hacer el menor ruido al caerse del camastro. Hagen lo atrapó, lo sostuvo con una especie de ternura, sonriéndole, cogió la cachiporra de las manos de Sam y dejó caer a éste sobre el camastro. Sam intentó apartarse, pero Hagen lo sujetó de nuevo. Sam se retorció, con los labios apretados y los ojos cerrados. La sonrisa de Hagen era triste y, durante un instante, volvió la cabeza y miró a

Lawrence como diciéndole: «Es una auténtica vergüenza, ¿pero, qué puedo hacer?».

Alcanzó a Sam en las costillas con un corto gancho de izquierda, luego de nuevo con la izquierda, en el mismo lugar, y otra vez, con lo que Lawrence pudo escuchar el crujido de los huesos al romperse. Pero aquél fue el único sonido por parte de Sam. Hagen respiraba con fuerza por la nariz mientras empujaba al negro, golpeándole en la boca con un derechazo que lo lanzó contra el camastro. Hagen se acercó a la cama y puso a Sam de pie, éste alargó las manos a ciegas, en busca de la cachiporra, al tiempo que repetía:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Entonces se ahogó al pronunciar estas palabras, cuando Hagen lo alcanzó en una parte muy baja del estómago. Una vez más, Sam se dobló por la mitad. Hagen le dirigió un derechazo que le hizo enderezarse; luego se acercó mucho a él y lanzó tres izquierdazos cortos a un lado de la cabeza de Sam. De nuevo, el negro cayó sobre el catre, buscando la cachiporra mientras Hagen se inclinaba encima de él y le golpeaba el rostro con ambos puños. La sangre comenzó a manar de la nariz y de la boca de Sam. Sin embargo, siguió tanteando en busca de la porra. Hagen se sentó a horcajadas sobre el cuerpo del negro y su brazo comenzó a subir y a bajar, a subir y a bajar y, con cada retumbante golpe del puño de Hagen, se producía, al mismo tiempo, el otro sonido silbante de la carne que se rajaba y de la sangre que salpicaba.

Lawrence permaneció inmóvil, con la mirada clavada en la navaja que Pancho sujetaba en la enguantada mano.

Hagen continuó martillando con los puños hasta que ya no hubo nada que machacar. Se separó del cadáver, sacó un pañuelo y se quedó allí, de pie, restañándose la sangre de los nudillos. Luego lo arrojó hacia el camastro. El pañuelo aterrizó sobre el pecho del cadáver. Un poco de sangre goteó por el reborde y salpicó la mano del muerto, con las rojas gotas brillando entre los negros dedos, que aún parecían tratar de encontrar la cachiporra.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XII

En la barraca, el único sonido era el de la pesada respiración de Hagen. No hacía más que andar de un lado a otro por el reducido espacio entre la mesa y el catre. Lawrence no se había movido. Le parecía como si sus pies estuviesen atornillados al suelo. Contemplaba el cadáver que reposaba sobre el lecho y se preguntaba por qué Sam no estaba levantado, hablando. No era el momento oportuno para que Sam durmiese. Era como si se hubiese marchado, dejándole solo con aquellos dos energúmenos. Sintió una especie de furia contra Sam y una terrible soledad.

Apartó la mirada del cadáver y vio a Pancho, aún apoyado contra la puerta, que hacía sus numeritos con la desnuda hoja. El caribeño la hacía desaparecer de su enguantada mano y la materializaba de nuevo, alzaba el arma, la bajaba, la hacía girar, marcando una especie de espuma plateada en torno del guante de algodón. Luego, Pancho la lanzó al aire y la navaja ascendió lentamente, dio un grácil giro y bajó, obediente, como si el caribeño la mantuviera sujeta con una cuerda.

Hagen siguió andando atrás y adelante. De repente, se detuvo y miró a Pancho.

—Dame las llaves del coche —dijo.

La navaja realizaba uno de sus viajes ascendentes y Pancho aguardaba su caída. Cuando llegó a su mano, la sujetó con poca fuerza, frunció el ceño hacia ella y murmuró:

—¿Para qué?

Hagen hizo un ademán hacia el cadáver.

—Debemos desembarazarnos de eso.

—¿Y por qué no lo dejamos aquí?

—Es demasiado arriesgado —replicó Hagen—. Si hay algún desliz, me mirarán los nudillos. —Exhibió sus manos. En sus nudillos se percibían algunos pequeños cortes.

Pancho frunció el ceño aún más y luego, con lentitud, lo dirigió hacia el cadáver.

—¿Y vas a poner eso en mi coche? —preguntó.

—*Vamos* a poner —replicó Hagen—. Dame las llaves.

—¿Las de mi coche nuevo de trinca? —Pancho quedó consternado.

Hagen alargó la mano, en espera de las llaves.

—Va a manchar la tapicería —adujo el caribeño.

—No te preocupes por eso. Ya te pondré unas fundas nuevas en los asientos.

Pancho hurgó en un bolsillo de los pantalones, sacó un llavero y se lo tendió a Hagen. Éste se movió hacia la puerta. Cuando comenzaba a abrirla, Pancho le preguntó:

—¿Y qué me dices de éste de aquí?

Y empleó la navaja para señalar a Lawrence.

—Nos cuidaremos de él cuando yo regrese.

—Puedo hacerlo mientras estás fuera —prosiguió Pancho.

—Aguarda hasta que yo vuelva.

—¿Y si intenta alguna cosa? —murmuró Pancho.

—No intentará nada —replicó Hagen—. Sabe que llevas encima más de una navaja.

Pancho esbozó una leve sonrisa.

—¿Tengo que enseñarle las otras?

—No me importa lo que hagas —musitó Hagen—. Sólo vigila que permanezca tranquilo hasta que yo regrese.

Hagen abrió la puerta y salió.

Pancho mantuvo su ligera sonrisa, exhibiéndola en dirección al suelo. La navaja siguió con sus cabriolas, elevándose y descendiendo hacia la mano enguantada, subiendo y bajando. La otra mano de Pancho desabotonó con lentitud su chaqueta de lana verde pálido, luego abrió uno de los delanteros hacia un lado para revelar la presencia de tres navajas más en el bolsillo interior. A continuación, cerró la chaqueta, se la alisó y la abotonó de nuevo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Lawrence.

Pancho asintió. Señaló la silla derribada en el suelo, al lado del catre.

Lawrence se acercó a la silla y pensó: «Todo lo que tendrías que hacer sería cogerla y arrojársela o apoyarla contra él para poder protegerte».

Pero vio cómo la navaja ascendía por los aires igual que un animalito adiestrado, que hiciese todo aquello que su amo le mandase.

«No, aún no, no con esta silla. Te arrojaría la navaja, agachándose para no tropezar con la silla. Hasta consigue que esa cosa haga curvas. Necesitas algo mejor que la silla, precisas una idea brillante, y lo que debes hacer es empezar a buscarla. Hagen tiene que dar sólo un corto paseo hasta llegar a casa de Bertha, subir al coche, y, luego, en un abrir y cerrar de ojos estará aquí de vuelta; entonces será cuando te despache, ya sabes que va a liquidarte. No puede dejarte con vida, te hará lo mismo que a Sam, y te eliminará de la misma manera. Te forzará a que le des un pretexto para comenzar a golpearte con sus puños. Con su forma de ser, lo único que necesita es una excusa. No podrá hacerlo si no tiene alguna buena. Por lo tanto, tu única oportunidad es hacerle creer que estás muerto de miedo, y tal vez eso te resulte fácil de conseguir, porque, en realidad, estás cagado de miedo, pero a lo mejor ya es demasiado tarde para emplear algo así. Quizás Hagen no te deje emplear ese truco. Es posible que se enfade, y se enfade, hasta que tú mismo te vuelvas loco, de la misma forma que ocurrió anoche en casa de Bertha, y entonces te volverás contra él y Hagen se pondrá muy contento y se dirá a sí mismo que ya tiene ese pretexto».

Se sentó en la silla.

—¿Puedo fumar un cigarrillo? —preguntó.

—Adelante —respondió Pancho.

Lawrence sacó la caja de cerillas y la cajetilla. Se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió.

—Enciende otro para mí —dijo Pancho.

Lawrence prendió un cigarrillo para el caribeño. Se lo tendió, pero Pancho se hallaba de nuevo de pie ante la puerta, y ésta se encontraba a casi tres metros de distancia de la silla. Pancho sonreía y, mientras, movía la cabeza.

—Tíramelo —dijo—. Limítate a lanzármelo hasta aquí.

Lawrence pensó: «Muy bien. Tal vez esto sea algo. Si se lo tiras, tendrá que alargar la mano para cogerlo y, quizá, de ese modo, puedas conseguir

que pierda el equilibrio. En cualquier caso, eso te dará una oportunidad».

Pero Pancho siguió diciendo:

—Sólo tíralo. Y en línea recta. —Que era como si dijese: «Si haces que tenga que moverme de aquí, la navaja se te clavará en la garganta».

Lawrence arrojó el cigarrillo a Pancho, que lo cogió en el aire, con gran destreza, y se lo puso entre los labios.

—Gracias, señor… —se burló.

Y le sonrió como si hubiera otras personas en el cuarto, y aquello no fue otra cosa que una velada amistosa en una noche de sábado. Cuando Lawrence recibió esta impresión, se dijo a sí mismo que de veras era sábado por la noche, y que al día siguiente no tendría que ir a trabajar. Era el único placer que solía encontrar en aquellas noches de sábado: el pensamiento de que al día siguiente podría dormir, o sentarse en la sala de estar en compañía de las páginas deportivas y de los cómics del periódico. Durante un instante, sus pensamientos fueron en aquella dirección, previendo ya las horas dominicales, cuando no tenía nada que hacer excepto pasar el tiempo ociosamente.

Pero, al momento, pensó:

«No limites esto al domingo, porque dentro de un ratito, nunca más tendrás que preocuparte por eso de trabajar. No habrá absolutamente nada de lo que debas preocuparte. Estarás muy alejado de preocupaciones, pesares y todo…».

Pero mientras pensaba en esas cosas, se acordó de Edna, y comenzó a preocuparse acerca de lo que ella haría cuando él se hubiera ido. La preocupación giró, más o menos, en tomo de cosas prácticas, y se preguntó cómo se las arreglaría ella para ganar dinero. Lo único que Edna sabía hacer era ser ama de casa, y si se ahondaba un poco más en esa idea, tampoco era gran cosa para las tareas domésticas. Si conseguía un empleo como asistenta, o para fregar suelos en cualquier edificio de oficinas, se vería despedida en un abrir y cerrar de ojos. Carecía de la energía necesaria para limpiar un cuarto de la forma en que debía hacerse. Y no se trataba de que fuese una mujer perezosa, o una palurda total, o cualquier otra cosa por el estilo, sino, ante todo, de la falta de fuerza en brazos y piernas. Siempre necesitaba algo en que apoyarse. Durante todos aquellos años, había

buscado algo así, y ahora iban a quitárselo. Volvió a preguntarse qué le sucedería a Edna. En el Banco había 193,46 dólares exactamente. Recordaba haberlo visto en el extracto bancario unos días atrás, y pensó en cómo no poseía algo más, al cabo de años y años tratando de ahorrar dinero. Había sudado a fondo en el apartadero del ferrocarril, intentado que en el Banco hubiese un saldo decente. Había escatimado en todo, aun en sí mismo, hasta el punto de no tener más que ese par de zapatos de vestir que llevaba puestos, ese traje y un reloj de bolsillo de tres dólares. El único extra que se permitía era el de los cigarrillos. Fumaba más de tres cajetillas diarias. Siempre se estaba diciendo que debía dejar de fumar, que aquello le costaba más de cinco dólares a la semana, pero el tabaco era bueno para sus nervios y, en realidad, necesitaba algo para controlarlos. Había pasado por demasiadas cosas durante aquellos años, y, por lo menos, podía permitirse unos cigarrillos. Pero, de todos modos, no le acababa de parecer justo el gastarse todo aquel dinero en tabaco. De haber podido ahorrar algo de aquel dinero, habría más para Edna en el Banco. Lo poco que había ahora allí, desaparecería muy pronto. Sus parientes políticos se cuidarían de ello. Se lo beberían, o se lo jugarían. Edna carecía del menor control sobre su padre y su hermano, y ellos lloriquearían, pordiosearían e insistirían hasta que Edna se lo diese todo, dólar a dólar. Y, poco después, todo habría desaparecido. ¿Y qué sucedería luego? ¿Dónde iría Edna? ¿Qué haría? Seguro que sería incapaz de pagar el alquiler. ¿Adónde se iría? Y la respuesta llegó flotando como el sonriente rostro de un duendecillo, que se reía de él y le decía: «Eso ya no será problema tuyo; por lo tanto, no estás obligado a pensar en ello».

Al momento siguiente se preguntaba sobre qué debía pensar, diciéndose a sí mismo que, incluso en un momento así, era necesario pensar en algo. No valía para nada tratar de encontrar la forma de salir del lío en el que se hallaba metido. No había manera de librarse de él, y eso era de lo más seguro. Iba a suceder y no podía hacer nada al respecto. Los duendes alegaron que el rezar constituía una ayuda, que por lo menos resultaba consoladora. Pero no sabía gran cosa acerca de rezos. Hacía mucho tiempo que no acudía a la iglesia. Tenía fe pero, de alguna manera, jamás había sentido la sensación de que eso de ir a la iglesia sirviese de ayuda para él en

realidad. Por supuesto, algunas personas conseguían mucho de ello, afirmaban que los fortalecía, les proporcionaba ayuda, consuelo. Pero aquélla no era la única forma de lograr apoyo. Por lo tanto, en ese momento se encontró pensando en la noche anterior, en Bertha.

«La tuviste anoche como jamás te había ocurrido antes, y trataste de decirte a ti mismo que no te gustaba, y le dijiste a Bertha que no era más que otra de sus artimañas, para poder reírse luego de ti una vez más, como solía hacer en otros tiempos; pero, si piensas en ello, verás que no se reía. Tenía cierta expresión en su rostro, como si intentara transmitirte algo que no podía expresar en palabras, como darte las gracias por estar allí, o algo por el estilo, que podías aceptar su apoyo si lo querías, y puedes imaginarte que ella deseaba que te quedases.

»Y tú querías quedarte, ahora ya sabes que sí lo deseabas, y éste es un buen momento para despertar, mirar el marcador y ver qué aparece escrito en él. Años y años atrás, siempre experimentabas cierta sensación cada vez que la mirabas; el mero hecho de verla te estimulaba, y ahora mismo sientes elevarse tu espíritu sólo por pensar en Bertha, por lo que debes seguir pensando en ella, no sobre su animado rostro y su cuerpo, todo eso ya lo sabes, sino en su forma de hablar; sobre todo la forma tan especial en que hablaba anoche, cuando estaba embriagada con aquellas bebidas de alto voltaje, las cosas que dijo entonces, la forma en que las dijo cuando estabas sentado allí en la cama, y ella se encontraba de pie, con aquella botella en la mano, haciendo ver que se dirigía a la botella, pero tú sabes condenadamente bien que te hablaba a ti, que intentaba comunicarte algo. Siempre había estado tratando de decirte algo».

—¿Por qué estás tan silencioso? —preguntó Pancho de pronto.

—Pensaba.

—Pues deja que me entere de algo.

—No creo que te interese…

Alzó la mirada hacia el caribeño.

—O tal vez sí. No lo sé…

—Pues averigüémoslo —respondió Pancho.

Lawrence sonrió.

—Estaba pensando en lo agradable que es cuando te sientes del todo abatido y, de repente, consigues un apoyo, un consuelo.

—¿Como cuál?

—Como pensar en una mujer.

—¿En tu esposa? —preguntó Pancho.

—No —replicó Lawrence—. En mi esposa, no.

—¿Y de quién se trata? ¿Alguien de la que estás encaprichado?

Apartó la mirada de Pancho y guardó silencio durante unos momentos.

—Supongo que lo puedes expresar de esa forma —murmuró.

Pancho dio una larga chupada a su cigarrillo. Exhaló un anillo de humo perfecto y pasó el dedo por el interior.

—No voy detrás de las mujeres —replicó—. Esas tipas me aburren, me fastidian al máximo.

—Pero se las necesita de vez en cuando.

—Nunca las necesito —repuso Pancho.

Lawrence alzó un poco una ceja.

—¿Nunca?

—Tengo esto —explicó Pancho, y miró hacia la navaja—. Así es como consigo mis placeres.

Acarició la reluciente empuñadura.

—¿No ves lo bonita que es? Y nunca te contradice. Siempre está donde debe. A veces, cuando me encuentro solo, me siento y juego con ella durante horas y horas. La tiro a la almohada. A la pared. A cualquier sitio. Y, al cabo de un rato, la arrojo más de prisa. Y luego más de prisa aún. Y, finalmente, me encuentro empapado de sudor, y entonces es cuando empiezo a sentirme bien. Incluso hasta venden entradas para observarme hacer estas cosas. Pues deberían ver lo que soy capaz de hacer cuando estoy sentado, a solas.

La mano enguantada realizó un pequeño movimiento. La navaja describió un círculo por detrás de Pancho, reapareció luego por encima de su hombro y cayó de nuevo en la mano enguantada. Luego, el caribeño movió con un destello su brazo hacia la pared del lado derecho del cuarto. La navaja salió disparada en dirección opuesta, efectuó un pequeño giro y regresó a su mano.

—Anoche la hice funcionar incluso mejor. Realicé una exhibición para el chino. El que lleva la lavandería. El tío de la chica.

Lawrence vio cómo la navaja casi llegaba al suelo, era alcanzada por la empuñadura, rebotaba y caía de nuevo en el guante.

Pancho prosiguió:

—El chino estaba bastante excitado —prosiguió Pancho—. Me dijo que iba a informar del asunto a las autoridades. Le contesté que si lo hacía, eso sería muy malo para la chica. Me observó hacer unos cuantos trucos con la navaja, y eso consiguió calmarle un poco.

—¿Y crees que se quedará siempre así?

Pancho asintió lentamente.

—Tal vez no —dijo Lawrence—. Quizá descuelgue el teléfono y haga una llamada.

La navaja efectuó un nuevo viaje alrededor de los hombros de Pancho y se deslizó de nuevo en la mano enguantada.

—No va a hacer ninguna llamada —replicó Pancho—. No tiene a quién llamar. Y eso lo sabe muy bien.

Lawrence observó cómo subía la navaja para describir una serie de ochos, y aterrizar luego por encima del hombro de Pancho, deslizándose a lo largo de su brazo, luego por la muñeca, donde trazó un nuevo ocho, y acabando en la mano con el guante.

Pancho rió, aunque sin emitir el menor sonido. Tenía la navaja viajando en torno de su cabeza, controlando su avance con los enguantados dedos. Después hizo girar el mango de la manera como una *majorette* haría con su bastón.

—Me gusta la forma en que he graduado el tiempo en este asunto. Y así lo he hecho justo desde el principio.

Una vez más, sus labios liberaron aquella insonorizada risa, mientras la navaja seguía girando en torno de su cabeza.

—La forma en que manejé a la muchacha, fue algo perfecto en verdad. Le dije que era abogado. Le expliqué que no le iba a costar un centavo, que sólo deseaba ayudarla a que saliese del lío. Luego regresé a casa de Bertha e hice los arreglos pertinentes para lo del automóvil; a continuación regresé a la lavandería y le conté a la muchacha que no había moros en la costa y que

la llevaba a la comisaría. Y ella me dio las gracias. Y siguió dándomelas mientras caminábamos por la calle. Muy ingenioso, ¿verdad? Me refiero a que incluso Ale estaba agradecida. Me decía que era muy agradable saber que alguien se preocupaba por ella. Me explicó, además, que aquél era un barrio muy violento y que ella tenía mucho miedo. Le contesté que se tranquilizase. Pero luego me puse el guante, y ella se quedó con la mirada clavada en la navaja. Y así continuó durante todo el trayecto hasta llegar al cuarto de Hagen.

—Sí —murmuró Lawrence—. No la culpo por mirar esa navaja. Es algo digno de ver, la forma en que la haces girar a tu alrededor.

Pancho quedó complacido.

—Impresiona a la gente.

—Claro que sí —repuso Lawrence. Y sonrió de una forma mecánica.

La navaja se deslizó por el aire, como si éste fuera una pista de hielo y una hábil patinadora estuviese dando una exhibición. Lawrence pudo ver al tío de la chica sentado en el cuarto trasero de la lavandería, observando cómo la navaja salía disparada de la enguantada mano, y regresaba a ella; volvía a salir y regresaba de nuevo…

Todo eso como si aquella navaja fuese alguna clase de fuerza supercargada, que hacía que cualquier otra fuerza pareciese muy pequeña en comparación.

Excepto tal vez la fuerza de un cadáver.

Mientras la idea penetraba en el cerebro de Lawrence, éste sostenía el cigarrillo en sus labios con una mano, y dejaba caer la otra a un lado de la silla. Alargó esta última hacia el borde del camastro donde la ensangrentada manta había sido metida debajo del colchón. Lo hizo con lentitud, casi como por casualidad, y observó que sus caderas ocultaban el movimiento a los ojos de Pancho. Luego dio un pequeño tirón de la manta y el cadáver se movió. En ese momento, la navaja se encontraba en el aire, por encima de la cabeza de Pancho, cuando el cadáver rodó hacia el borde del catre. Pancho echó un vistazo a aquel cuerpo en movimiento. La navaja descendió y pasó ante la mano enguantada, que no se encontraba donde debería estar. El arma cayó al suelo, y Lawrence se levantó de la silla y se precipitó contra el caribeño.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIII

Los ojos de Pancho se convirtieron en hielo cuando su cerebro trató de restablecer el contacto con la mano enguantada. Durante la mínima parte de un instante, el hielo desapareció, y, en el transcurso de esa fracción de tiempo, la mano con el guante emprendió el movimiento hacia el interior de la chaqueta, donde las otras navajas aguardaban. Pero el caribeño era del todo consciente de lo sucedido y de la forma en que había sido engañado. Estaba pensando en ello, en vez de concentrarse en otra de las navajas y, cuando la mano enguantada se alzó, no se dirigió hacia la navaja, sino para hacer una especie de seña a Lawrence, rogándole que se mantuviera apartado durante una décima de segundo. El sonido que Lawrence emitió fue una mezcla de carcajada y de aullido, y cuando la mano del guante descendía, Lawrence retorció la muñeca de Pancho y uno de sus puños se estrelló contra el rostro del caribeño.

Pancho se dobló. Lawrence le soltó la muñeca, retrocedió y aguardó a que el otro cayese al suelo. El caribeño se derrumbaba con gran lentitud; pero, en un instante, se incorporó a gran velocidad, con una sonrisa mientras decía, sin emitir palabra alguna:

«Todo lo que has sacado de esto son méritos por haberlo intentado».

Lawrence siguió intentándolo. Cuando la mano enguantada se movió de nuevo, Lawrence apuntó a la cabeza del caribeño, conectó un golpe, y, a continuación, se acercó más y martilleó con ambos puños en el estómago de Pancho. Éste abrió la boca para emitir un chillido, y Lawrence le lanzó un derechazo seguido de un golpe con la izquierda. Vio que la sangre comenzaba a manar, y saboreó aquella visión, como si quisiese beberse parte de ella. Después lanzó un derechazo que alcanzó a Pancho entre los ojos.

El caribeño quedó seriamente lastimado y se tambaleó hacia atrás. Pero aunque en ese momento la mayor parte del cerebro de Pancho estaba fuera de combate, todavía seguía en funcionamiento un pequeño rincón del

mismo para enviar órdenes a la mano enguantada. Mientras Lawrence se lanzaba de nuevo hacia delante, la mano del guante se movió, se introdujo bajo la chaqueta y salió empuñando otra navaja. Fue una acción muy rápida, aunque, según los niveles de movilidad del caribeño, se trató de un movimiento más bien lento. Pancho pareció muy decepcionado consigo mismo mientras apuntaba al pecho de Lawrence con la navaja.

E intentó apuñalarle.

Pero falló. Lawrence se ladeó unos centímetros y la hoja sólo rasgó el aire. Pancho trató de retroceder y asestar una nueva puñalada. Lawrence alargó ambas manos, agarró la garganta del caribeño y comenzó a apretar. La mano enguantada se alzó muy por encima de la cabeza de Pancho y permaneció allí, intentando apuntar el cuchillo a todo el mundo viviente, como si el mundo fuera un fruto precioso que estuviese apartándose de él, y la navaja, la única cosa que pudiese hacerlo volver.

Cuando la navaja comenzó a descender, Lawrence arrastró a Pancho al suelo. Tenía un pulgar sobre el otro y con los dos presionaba la laringe de Pancho, hendiendo los cartílagos de la garganta del navajero. El cuchillo se desprendió de la mano enguantada sin llegar a realizar un número final de devoción hacia el dueño, el cual no podía ver lo que la navaja hacía en ese momento. El arma realizó un perfecto salto mortal que llevó la empuñadura hasta el hombro de Lawrence, para rebotar en él y precipitarse, inofensiva, al suelo. Lawrence aflojó la presión de sus pulgares sobre la garganta de Pancho, y se incorporó. El caribeño permaneció tendido en el suelo. Con su laringe destrozada y la sangre y los tejidos bloqueando la tráquea. Pancho intentó respirar, mas no pudo hacerlo. Los hinchados ojos se hundieron en sus órbitas, un sonido gorgoteante subió hasta el extremo de la lengua extendida y el corazón de Pancho cesó en sus latidos.

Lawrence miró hacia abajo, a la chaqueta de lana verde pálido, a sabiendas de que tenía un cadáver a sus pies. Se acercó a la puerta con pasos de autómata.

El callejón permanecía en silencio y no había luz alguna en las barracas vecinas.

«Nada les despierta —pensó—. Están acostumbrados a cualquier clase de ruidos».

Luego echó a andar despacio por el callejón hacia el cruce con Fourth Street, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Pero su cerebro parecía una carretera señalizada con interminables señales de desvío. Los pensamientos daban bandazos por las esquinas y chocaban con otros pensamientos, hasta que se obligó a no pensar más, y se dijo que lo que debía hacer era proseguir su camino.

Y anduvo por el centro del callejón, con las puertas principales de las pequeñas barracas a un lado y las ventanas traseras de las viviendas de Ruxton Street al otro. De repente, y de forma alarmante, escuchó a sus espaldas el motor de un automóvil.

Se volvió cuando el sedán color verde pálido giraba lentamente en Third Street y se abrió camino por el callejón, donde el espacio era casi el justo para permitirle el acceso. Antes de que las luces del coche lo enfocaran, Lawrence se lanzó de cabeza a un portal.

Se aventuró a sacar la cabeza por uno de los laterales de madera y vio que el coche se detenía a la puerta de la barraca de Sam. Los faros siguieron encendidos, lo mismo que el motor, mientras Hagen se bajaba del vehículo. El resplandor de las luces, reflejándose en los cristales de las ventanas próximas, mostró la inmensa mole de Hagen, su recio cuello, aquellos brazos que parecían garrotes y las manos, con todo el aspecto de pedazos de roca unidos a las muñecas.

Vio cómo Hagen entraba en la barraca y se preguntó cuánto tiempo se quedaría dentro. Trató de asegurarse a sí mismo que no estaba en absoluto interesado en averiguarlo. Pero, de repente, las señales de desvío se extinguieron de su cerebro y éste empezó a trabajar.

«Has sido tú quien se ha metido en esto, te has interesado por ello y ahora te vas a quedar ahí».

Aguardó entre las sombras del portal. Transcurrieron unos minutos y vio a Hagen, que sacaba a Pancho de la barraca. El caribeño colgaba encima de un hombro de Hagen como si fuese una vieja estera. Hagen abrió la puerta trasera del sedán, se volvió de espaldas al coche y dejó caer a Pancho dentro. Luego, regresó a la barraca y salió de nuevo con Sam sobre el hombro. Al parecer, Hagen tenía prisa, pero no se vio torpeza alguna en sus

movimientos cuando cerró la portezuela trasera, abrió la de delante y se metió en el coche.

Lawrence parpadeó ante el resplandor de los faros. Ocultó la cabeza más allá del lateral de madera del umbral y escuchó el motor del vehículo aumentando de sonoridad al acercarse hacia él. Tenía la espalda adosada con fuerza contra la puerta, y, aunque intentaba ocultarse a los ojos de Hagen, en cierto modo, confiaba en que éste lo viera, detuviera el coche, saliera y se precipitara contra él.

Y luego, mientras el vehículo se acercaba aún más, comenzó a pensar: «Tómatelo con calma, hazlo así. Si tienes que pelearte con él, te ganará, y no puedes permitir que te venza. Debes dejarle que acabe lo que está haciendo, que se los lleve a alguna parte y se desembarace de ellos. Eso te dará tiempo para actuar».

Sabía lo que tenía que hacer, y estaba dispuesto a llevarlo a cabo. Tenía auténticas ganas de hacerlo. Y, al instante, tuvo la satisfacción que siempre le acompañaba cuando llevaba puesto el casco con visera mientras el soplete brillaba delante de sus ojos; la bondadosa sensación de realizar una operación en una cámara azulada en lo alto de una torre. Excepto que esa cámara parecía hallarse un poco más alta.

Vio al sedán pasar por delante del portal a toda velocidad, sacó la cabeza y divisó las luces de posición traseras alejarse de allí, cuando el sedán giró hacia Fourth Street. Luego, el silencio volvió a apoderarse del callejón, y, en la oscuridad, sacó el reloj de bolsillo y se lo acercó a los ojos. La esfera señalaba las cuatro y veinte. La noche acabaría pronto.

«No —se dijo a sí mismo—, la noche acaba de empezar».

Anduvo con rapidez por el callejón hasta Fourth Street; después continuó por ella hasta Ruxton Street. Encendió un cigarrillo, que dio a un borrachín que apareció ante su vista al llegar al bordillo. El borracho no quedó satisfecho y le pidió una moneda de diez centavos; él sacó una moneda del bolsillo y se la tiró por encima del hombro.

El borrachín la cogió al vuelo y se la quedó mirando.

—¡Un centavo! —gritó—. ¿Qué puedo hacer con un piojoso centavo?

Lawrence siguió andando; mas, de repente, se detuvo. La presencia del borracho pareció darle una idea. Dio media vuelta y regresó para mirar más

de cerca a aquel hombre. Vio una especie de espantapájaros manchado de barro. Los ojos aparecían vidriosos; pero, aparte de eso, la criatura parecía bastante sobria.

—¿Cuál es la queja? —preguntó Lawrence en tono bondadoso.

El borrachín mostró la moneda que tenía en la palma de la mano. Habló con más tristeza que resentimiento.

—¿Es esto lo mejor que puedes hacer?

—Tal vez sí —murmuró Lawrence—. O tal vez no. Eso depende.

—¿Tienes más?

Lawrence hizo tintinear las monedas en su chaqueta.

—Veamos un poco de eso —pidió el beodo.

—¿Quieres trabajar para ganártelo?

—¿Trabajar?

El borrachín cerró los ojos con fuerza, como si la palabra fuese una aguja que se le hundiese en la carne.

—No será gratis —replicó Lawrence—. Tendrás que ganártelo.

Entonces, los ojos se abrieron, muy brillantes, y miraron a Lawrence de arriba abajo. Un matiz de aprensión se traslució en la voz del borrachín:

—No voy a fiestas, compañero. Eso se acabó. No soy ningún monstruo de circo.

—¿Y quién dice lo contrario?

—Sí que soy algo simple, pero es todo. No parezco un monstruo de barraca. Ni tampoco poso para fotos asquerosas. Tengo mujer y un hijo, y los respeto. Este maldito moscatel es mi único vicio.

—¿Cuánto vale el moscatel?

—Cincuenta centavos el litro.

—¿Quieres los cincuenta centavos?

El borrachín, sediento, se humedeció los labios, y pareció apartarse de su mujer, de su hijo y de cualquier pensamiento de rehabilitación.

—¿Qué he de hacer para conseguirlos? —preguntó.

Lawrence se mordió la uña del pulgar. Aún no estaba preparado para dar una respuesta específica, pero tuvo la definida sensación de que el borrachín estaría siempre a mano. Eso dependía, desde luego, de la buena voluntad del borracho para ser contratado como señuelo.

El borrachín se movió impaciente.

—Vamos, jefe —gruñó—. ¿Cuál es el trabajo?

—¿Quieres realizar una simulación?

—¿De qué clase?

—Para engañar a alguien. Tardarás sólo un minuto.

El borrachín siguió lamiéndose los labios y mirando el bolsillo donde Lawrence guardaba las monedas. El beodo era como un hombre que se arrastrase por la arena y contemplase un lejano oasis.

—¿Cuál es el riesgo? —preguntó el borracho al fin.

—No hay riesgo.

—Facilítame los detalles.

—Te los daré cuando lleguemos a un acuerdo.

—Quiero conocerlos ahora mismo —replicó el hombre. Pero se estaba debilitando.

Lawrence se percató de ello.

—¿Quieres el dinero o no?

El borracho tragó saliva de forma audible.

—Vale, jefe.

—¿De acuerdo?

El borracho asintió. Luego sus ojos se entornaron.

—Págame por adelantado.

Lawrence se acercó más y sacó dos monedas de veinticinco centavos del bolsillo de la chaqueta. El borrachín se apoderó de ellas, cerró la mano, pero unos fuertes dedos se apoderaron de su muñeca.

—Eh, suelta —dijo el borracho—. No voy a salir corriendo.

—¿De veras?

Lawrence sonrió ligeramente y aumentó la presión sobre la muñeca del hombre, imprimiendo en el alcoholizado cerebro la idea de que había sido contratado y que tenía un jefe.

—Vas a hacer con toda exactitud todo lo que yo te diga. ¿De acuerdo?

Aplicó un poco más de presión en la muñeca y una ligera torsión.

El borrachín hizo una mueca.

—¿Quieres tener cuidado? Este brazo se me ha roto ya dos veces.

—Pues se te romperá la tercera si me engañas.

—De acuerdo, jefe. Pero suéltame. Suéltame, por favor.

—Cállate —le dijo Lawrence.

Disminuyó la presión un poco.

—Deja de moverte. Estate quieto y escucha. Voy a darte una dirección. Es un poco más allá de la calle, al lado de un solar, y estaré esperando aquí mientras haces el recado.

—Vaya trabajo más asqueroso —gruñó el borrachín—. Debería haberlo sabido.

—¿Quieres escucharme? —lo amenazó Lawrence.

Aumentó la presión a la muñeca del borracho. El borrachín quedó sometido y permaneció allí, en espera de ser aleccionado.

—No se trata de nada asqueroso —prosiguió Lawrence—. Todo lo que tienes que hacer es llamar a la puerta. Y seguir llamando hasta que ella salga.

—¿Quién saldrá?

—*Big Tillie*.

—¿Ella? —El beodo parpadeó—. La conozco.

—Estupendo… —replicó Lawrence—. Eso lo hace todo más fácil.

—¿Engañar a Tillie?

El borrachín empleó su mano libre para hacer un ademán despectivo.

—Has dado con un mal cliente. Esa mujer se sabe todos los trucos del libro.

—No se trata de ningún truco —repuso Lawrence—, sino de algo nuevo.

—Así será mejor —respondió el borracho.

Ya tenía la muñeca liberada y jugueteaba con las dos monedas de veinticinco, pasándoselas de una mano a otra.

—Si yo estuviese en tu lugar, lo pensaría dos veces. Tillie no es una ovejita. En cuanto se irrita, emplea una llave inglesa…, ya he visto esa llave inglesa en otras ocasiones.

—¿Cuándo?

—Antes de casarme.

—¿Y qué sucedió?

—Yo no tenía más que un par de dólares —replicó el borrachín—. Y ella dijo que el precio eran cinco.

—Ahora son seis —murmuró Lawrence—. Y todo lo que posees son cincuenta centavos.

El borracho se lo quedó mirando.

—No te sigo…

—Limítate a escuchar. Cuando ella abra la puerta, le dices que deseas un poco de juerga. Y le enseñas los cincuenta centavos.

El beodo parpadeó varias veces.

—Se los enseñas —siguió Lawrence—. Le dices que es todo cuanto tienes de momento, pero que le pagarás el resto mañana.

—Debes estar de broma —repuso el borracho.

—Te estoy explicando lo que tienes que decirle.

Los ojos de Lawrence eran fríos y amenazadores.

—¿Prestarás atención?

El hombre se apresuró a asentir.

Lawrence le pidió que repitiera las instrucciones hasta aquel punto. El otro obedeció a desgana, luego se encogió de hombros.

—Todo lo que hará será escupirme a la cara y darme con la puerta en las narices.

—No te dará con la puerta en las narices.

—¿Y quién va a impedírselo?

—Tú lo harás.

El borracho parpadeó de nuevo.

—Por el amor de Dios, ¿me estás pidiendo que pelee con ella? Pesa más de una tonelada.

—No habrá pelea alguna —siguió Lawrence—. Sólo una discusión. Limítate a quedarte allí y a discutir con ella.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El suficiente para que se enfade.

—¿Y entonces, qué? —inquirió el otro.

—Yo me presentaré y os separaré.

—¿Y qué hago yo cuando eso ocurra?

—Largarte —concluyó Lawrence.

—Y después, ¿qué me sucederá?

—Nada. Ya te habrás ido. Quedarás fuera del asunto.

Los relucientes ojos mostraron curiosidad.

—¿Y dónde estarás tú?

Lawrence miró más allá de los hombros del borracho.

—No lo sé —murmuró—. Tal vez en un aprieto.

Echaron a andar. Al pasar frente a la casa de Bertha, Lawrence miró hacia las iluminadas ventanas y visualizó a los alborotadores en la cocina, pasándolo en grande. O tal vez estuvieran en silencio, sentados a la mesa de las bebidas, mirando el reloj de la pared y deseando que hubiese alguna manera de detener sus manecillas. Cuando amaneciera, ellos saldrían de casa de Bertha, cabizbajos; un lento desfile de chiquillos abandonando, alicaídos, el país de las vacaciones para regresar a las aulas donde el maestro, un demonio sin nombre, les enseñaba la misma y vieja lección, día tras día, inculcándoles la idea de que no valían lo más mínimo, que eran sólo basura.

Luego miró al otro lado de la calle, hacia la puerta de su casa, y pensó: «Otro cubo de basura».

No lo miró como el lugar en el que vivía, sino como un receptáculo de todos aquellos años desperdiciados. Pero, de repente, se dio cuenta de que se alejaba de allí, y no sólo porque pasase por delante.

—No tan de prisa —jadeó el borrachín.

—Vamos —contestó Lawrence—. Vamos.

Miró hacia delante, donde la calle se curvaba, y comprendió que, al fin, había llegado el momento decisivo entre él y la Calle. Era el momento de devolverle los golpes a aquella serpiente llamada Ruxton. No había sido capaz de huir de ella o de esconderse de ella, o de creerse que jamás lo tocaría. Desde el día de su nacimiento se había sentido impotente, como otro bocado más en sus fauces. Lo había puesto en adobo y hecho macerar durante todos aquellos violentos años, cuando corría por los callejones con la pandilla de Fifth Street. La Calle le había puesto a prueba, había entrenado al cada vez más crecido gatito a convertirse en un gato inteligente, en un pendenciero de callejón, haciendo que perdiera el gusto por la leche, y adquiriera el de la basura. Cuando se había rebelado contra

aquel código de la escoria, la serpiente se había tomado su tiempo, con la seguridad de que lo tenía acorralado y que, más pronto o más tarde, estaría preparado para el cebo que le conduciría de nuevo a la porquería y le permitiría sentirse como en su casa entre la otra basura.

«Es mucho más fácil de esa manera», se dijo.

Y ahora, mientras andaba por el lado más mugriento de la calle donde la iniquidad florecía y el maligno llevaba corona, pensaba: «Sí, es mucho más fácil de esa condenada manera. No existe fórmula alguna más suave para mantenerse alejado de la tumba. Pero es preferible estar muerto que vivir aquí».

Tiró de la manga al borrachín y ambos se detuvieron. Estaban al lado del solar donde la noche anterior un habitante de la calle, de metro veinte, había muerto aullando, y un mes antes, dos criaturas de poco más de medio metro habían emitido idéntico lamento mientras recibían el mismo tratamiento.

—Esperaré aquí —le dijo al borracho.

Señaló más allá de la iglesia ortodoxa griega y de la iglesia del Espíritu Santo, las pequeñas fortalezas de madera que hacían lo mejor que podían contra las desigualdades. La mirada del borrachín siguió la senda del dedo que señalaba más allá del estrecho callejón, apuntando a la barraca de madera, al otro lado de la calleja.

No había luz alguna encendida en las ventanas de la barraca y el borrachín dijo:

—Tal vez no esté en casa —murmuró el borrachín.

—Está allí —respondió Lawrence, y propinó un empujón al hombre—. Adelante…

Se quedó allí y observó cómo el otro se alejaba a desgana. Luego retrocedió hasta las sombras del solar y aguardó hasta escuchar el sonido de unos nudillos golpeando madera. Se mordió la uña del pulgar mientras el sonido cesaba y se reanudaba, cesaba y comenzaba de nuevo.

«Tal vez no conteste a la llamada —pensó—. Después de lo sucedido con Sam no abrirá la puerta a nadie, o, si lo hace, será empuñando su llave inglesa, un cuchillo de cocina o un objeto por el estilo».

Y en ese preciso momento, oyó el ruido producido por la puerta al abrirse y una voz aguda y nasal, que parecía proceder de la garganta de un enano, cuando Tillie le preguntó al borracho qué deseaba. Éste musitó algo que Lawrence no pudo entender, pero Tillie le contestó que se largase; entonces, el hombre replicó algo más, que resultó inaudible para Lawrence a aquella distancia. Sin embargo, la voz de Tillie resonó clara y taladrante, cuando le dijo al borrachín que la había sacado de un profundo sueño, que era un caradura, y que si sabía lo que le convenía, debía marcharse al instante.

Lawrence se apartó del solar, aunque se quedó cerca del muro de la iglesia ortodoxa griega, desde donde podía ver a su enviado en el umbral de la barraca. También le era posible distinguir el inmenso vientre de Tillie sobresaliendo del umbral, aunque no alcanzaba a ver su rostro.

Avanzó muy despacio hacia la barraca mientras Tillie le repetía al borrachín que se largara.

—Pero si tengo dinero —insistió éste.

—Lo que no tienes son sesos —vociferó Tillie.

—Mira esto —dijo el borrachín, y le mostró las monedas que tenía en la mano.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Tillie.

—Lo traeré mañana.

—¿Que harás qué?

—Ya me has oído —replicó el borrachín—, lo traeré mañana.

«No lo está haciendo nada mal, realmente sale adelante», pensó Lawrence.

Luego echó a andar un poco más de prisa y escuchó a Tillie y al beodo soltar palabrotas. Vio que el hombre alargaba la mano para asir el picaporte, y a Tillie sacando el brazo para apartar al borrachín del umbral. Pero el espantapájaros se mostraba escurridizo y mantenía el rostro y el pecho fuera del alcance de la extendida palma de la mujer, mientras la puerta seguía abierta y las maldiciones de Tillie subían de tono otra octava.

Lawrence echó a correr por el callejón, se lanzó hacia el umbral y agarró al borrachín por los hombros.

—Suelta —le dijo, y le propinó un buen empujón, que alejó al borrachín del umbral, mientras le asentía levemente con la cabeza, y le hacía un claro guiño.

El hombre se largó al salón clandestino más cercano donde vendían el moscatel a cincuentas centavos la botella.

Tillie respiraba con fuerza. Estaba de pie en el umbral, con su metro setenta y sus casi doscientos kilos de peso, un peñasco de carne informe, con el rostro de una vaca y grandes orejas, que le sobresalían casi en ángulo recto de la cabeza. Su cabello era de un color anaranjado chamuscado y lo llevaba en pequeños rizos apretados contra el cráneo, como una gorra muy encajada. Durante unos segundos, fue apenas consciente de la presencia de Lawrence en el mismo umbral. Sus coléricos ojos estaban dirigidos a la figura en huida del borrachín. Luego, cuando éste dobló por la esquina de un callejón, miró a Lawrence, y le sonrió en señal de agradecimiento.

—Gracias, Chet.

—¿Te ha lastimado?

—¿Lastimarme? —Se echó a reír, desdeñosa, hacia todos los hombres, en especial los inútiles de Ruxton Street—. Estaba preparada para sacarle los sesos.

Dio un paso atrás y comenzó a cerrar la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó Lawrence—. Te he visto poco últimamente.

Tillie encogió sus macizos hombros.

—Estoy haciendo lo adecuado. —La mujer lo miró de arriba abajo—. ¿Y qué novedades hay contigo?

—Ninguna.

Imitó su encogimiento de hombros. Prendió una sonrisa en sus labios mientras se decía que debía mostrarse cuidadoso con su manera de sonreír para no exagerarla.

—Ya sabes cómo son las cosas. La misma rutina de siempre.

Lawrence borró la sonrisa y decidió que el momento de empezar a trabajar con los ojos había llegado. Entonces comenzó a mirar a la gorda desde el rostro hasta las rodillas, y de nuevo hacia su rostro, y a continuación su enorme vientre. Mientras llevaba a cabo su acción, inyectó

fascinación en sus ojos, y movió los labios un poco, como si la boca comenzase a hacérsele agua.

Tillie frunció el ceño, intrigada.

—Llevas un bonito vestido —exclamó él de repente.

La mujer no respondió. El frunce de su ceño se hizo más hondo, y su rostro mostró mayor perplejidad.

—Me gusta ese color —prosiguió Lawrence—. Ese naranja brillante. Hace juego con tu cabello.

Tillie ladeó la cabeza. Una vez más observó a Lawrence de arriba abajo.

—¿Y qué significa esta charla de modas?

—Es un traje muy bonito —repitió Lawrence, mientras la miraba con ojos hambrientos.

Tillie alzó un dedo y se tocó las tres papadas. Su ceño había desaparecido, pero la perplejidad seguía presente. Lawrence se preguntó si se estaría convirtiendo en suspicacia.

Entonces los ojos de Tillie se entornaron.

—¿Dónde has dejado a tu mujer?

—En casa…

—¿Y por qué no estás allí también? ¿Y por qué vas vestido de un modo tan formal?

Él forzó una sonrisa santurrona.

—Es sábado por la noche.

Los ojos de la mujer siguieron diminutos.

—Nunca sales los sábados por la noche. En realidad, jamás sales. La única vez que te veo en la calle es cuando vas de casa al trabajo.

—El trabajo… —suspiró Lawrence.

—Eso es todo lo que haces, ¿verdad? Nunca te diviertes.

Él recurrió al suspiro de nuevo.

—Supongo que ya me he olvidado de todo eso. Hace ya demasiado tiempo, Tillie…

—Claro que sí…

Luego fue ella la que sonrió ligeramente.

—¿Recuerdas la noche que me tomaste en el garaje?

—¿Cuándo?

—Mírale —exclamó ella, con una mezcla de piedad y de reprimenda—. Ya ni siquiera se acuerda.

Él se encogió de hombros.

—Debió de ocurrir hace bastante años.

Un velo de nostalgia nubló los ojos de Tillie.

—Entonces éramos unos chiquillos —murmuró.

Lawrence asintió con gesto lento, diciéndose a sí mismo que debía dejarla en esa línea de pensamiento; tal vez así acabara donde él quería llevarla.

—¿No te has cansado nunca de ser esclavo de la rutina? —escuchó Lawrence que ella decía.

Él mantuvo la cabeza baja. No respondió.

—La vida es muy corta, Chet —prosiguió Tillie—. Y te estás perdiendo un montón de diversión.

Lawrence alzó un poco la cabeza.

—¿Y eres tú la que me lo dice?

«Esto hay que manejarlo de modo que ella sea la que llegue al meollo de la cuestión. Tendrás que permitir que ella lo haga todo. Es la única manera de que puedas traspasar esta puerta. En este momento no lleva llave inglesa, cuchilla o hacha alguna; pero, sin embargo, sabes condenadamente bien que algo tendrá, para convencer, escondido en alguna parte de ese vestido. No puedes correr riesgos con aquello que tus ojos no puedan ver».

Escuchó a Tillie murmurar:

—Pobrecillo mío. Vestido con tus mejores galas y sin tener sitio alguno donde ir.

—Parece estúpido, ¿verdad?

—No parece, lo es. Trabajas sin descanso durante toda la semana, y cuando el sábado por la noche llega, no tienes tu postre. Sólo un solitario paseo por la calle. Para lo que disfrutas de la vida podrías estar en una silla de ruedas.

—Tienes razón —musitó él—. Tienes toda la razón.

Sus ojos pretendieron estar fascinados por aquella montaña de carne femenina, por aquel famoso torso y por toda su flojedad sin formas, que resultaban el caramelo más caro de Ruxton Street. Allí acudían los

buscadores de emociones fuertes. En términos de impuestos por cada kilo de peso, ella era la cima de su frenética ascensión hacia alguna oculta forma de placer o conquista de lo que fuera aquello que andaban buscando. Pero, a veces, él los veía salir de la barraca con una profunda expresión de abatimiento en el rostro, tras haber llegado hasta la cumbre sólo para encontrar que era más baja que cualquier otro punto en el mapa de las cosas inicuas.

Por lo tanto, sus ojos siguieron fingiendo, como si en realidad dijesen: «Yo no soy mejor que el resto de ellos, sólo un agitado chiquillo más, que sale de casa esta noche en busca de una clase de compañera diferente». Y su boca se movió de nuevo sin pronunciar ni una palabra, como si se le hiciese agua.

La mano de Tillie seguía subiendo y bajando a lo largo de sus tres papadas. Parecía realizar una estimación de cuánta hambre debía haber en los jugos vitales del hombre, y ponderar las razones de que se encontrase en aquel lugar.

Se trataba de un calmado proceso de cálculo. En el rostro de la mujer no aparecía la menor muestra de sospecha. A fin de cuentas, no era igual que si él hubiera llamado a su puerta. Paseaba por la calle y, por casualidad, vio al borrachín en el umbral de la mujer, haciéndola pasar un mal rato. Una vez hubo alejado al pesado, iba a dedicarse de nuevo a sus asuntos cuando el mes de abril desarrolló su truco favorito y le dijo que permaneciera allí, mirándola.

La mujer sacó la cabeza más allá del quicio de la puerta y observó un lado y otro de la calle. Luego le miró a él.

—¿Qué te ha hecho salir esta noche? —preguntó.

—Sólo pensé que necesitaba que me diese un poco el aire —respondió Lawrence.

—¿El aire? —Y siguió en tono de burla—: ¿Es eso todo lo que deseas?

Él se dijo que debía tragar saliva con algo de ruido, para darle a ella la impresión de que se encontraba un tanto incómodo. Tragó con fuerza y luego siguió con su actuación, abrió la boca como para decir algo, y, luego, apretó los labios para hacer retroceder lo que fuese.

«Ten cuidado ahora, anda con mucho tiento. Es muy astuta con todos los que se presentan por aquí, y cualquier pequeño desliz puede echarlo todo a rodar».

Tillie esbozó una leve sonrisa.

Al parecer, disfrutaba con la sensación de timidez y falta de decisión por parte de él.

—Necesitas muchísimo más que aire fresco —dijo—. Eso puedo verlo con mucha claridad.

Cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro de una forma torpe.

—¿Se me nota?

—Condenadamente bien. Pareces un hombre que necesite de un cambio de clima.

Él efectuó un ademán de desconsuelo.

—El viajar sale muy caro.

—No siempre. Todo depende del lugar al que quieras ir.

Lawrence no contestó. «El tiempo se está agotando —pensó—, y tal vez, de un momento a otro, aparezca ese sedán girando en una esquina, siga por esta calle, se detenga junto al bordillo, Hagen se apee de un salto, compañero, y todo cuanto había para esta noche llegue a su fin».

—¿Tienes seis dólares? —preguntó Tillie.

Él asintió.

La mujer le cogió de la mano y le hizo entrar en la barraca.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV

La barraca era mucho más grande de lo que a simple vista parecía desde fuera. Tillie lo condujo por un pasillo hasta una puerta abierta que mostraba una sala de estar. El mobiliario constituía una desconcertante contradicción respecto del ruinoso aspecto exterior de la vivienda. Había un elegante sofá de estilo moderno y vislumbró de refilón un gran cuadro colgado en la pared verde oscuro. La pintura era el retrato de una muchacha desnuda, arrodillada en la orilla de una charca, que tiraba un cacahuete o algo parecido a un gran cisne blanco. Siguió a Tillie hasta otra puerta abierta y vio que se trataba del cuarto de baño. Pensó que ella debía de haber gastado mucho dinero en aquellos arreglos, y tuvo un destello de un alicatado, también verde oscuro, y de muchos y relucientes cromados. Luego miró de nuevo hacia delante y ya no pudo ver más puertas porque Tillie era casi tan ancha como el pasillo y su brillante vestido anaranjado era lo único que él podía divisar. Excepto algo metálico que sobresalía de un bolsillo, que se inclinaba hacia su parte trasera. Se acercó a ella para observarlo más de cerca y comprobó que se trataba del mango de una llave inglesa.

«Vaya, aquí está, el convencedor que tiene siempre a mano para casos urgentes. Ya hemos oído hablar de qué forma emplea esta herramienta, y cuentan que resulta increíble lo rápida que es con ella; que aparece en su mano antes de que uno pueda llegar siquiera a parpadear. Afirman que, asimismo, resulta increíble el que, con tanto peso como el que aguanta, sea capaz de moverse como un rayo cuando las cosas se ponen feas, por lo que debes esperar a que tenga la guardia bajada antes de que lo intentes».

Llegaron ante otra puerta. Estaba cerrada, y cuando Tillie se volvió para abrirla, Lawrence lanzó una ojeada más allá de la mujer y vio una cuarta puerta, también cerrada, y el pasillo que se ensanchaba para dar paso a la cocina.

Tillie observó que él miraba hacia la cocina.

—¿Qué atrae tu atención? —preguntó.

Él buscó una respuesta, la encontró y la emitió con acento de indiferencia.

—Admiro lo bien arreglado que tienes este lugar…

Tillie quedó complacida.

—¿Te gusta de veras?

Él asintió.

—Tiene auténtica clase…

—Ya puede tenerla —replicó Tillie—. Cada centavo que consigo viene a parar aquí. Lo que en realidad me gustaría hacer sería reconstruir la parte exterior. Pero si quedara demasiado elegante, tal vez los clientes se espantasen.

La siguió al dormitorio. La mujer encendió la luz. El cuarto era una cacofonía de colores brillantes negro y naranja y de espejos. Los había de todos los tamaños a lo largo de cada pared; parecían unas lentes enfocadas hacia una cama de tamaño extragrande. Se quedó de pie, sobre una alfombra enorme, y miró hacia la colcha de satén negro, luego parpadeó ante el resplandor de una pared de un naranja brillante. Después miró la puerta de un armario que mostraba querubines anaranjados nadando en una charca de lacado negro. Se acercó más a la puerta del armario y vio que los angelitos llevaban pequeños mantos negros en vez de alas. Y en lugar de angelicales sonrisas, sus rostros reflejaban la idiota expresión maliciosa de unos chiquillos deficientes mentales. En la pared, formando ángulo recto con la puerta del armario, vio una pintura hecha con diferentes tonalidades de acuarela gris. Mostraba a una mujer enorme, con cuernos sobresaliéndole de la cabeza, que cogía fruta de un árbol. Miró la pintura más de cerca y comprobó que la mujer era Tillie y que la fruta tenía la forma de un hombrecillo que colgaba de las ramas.

Tillie se detuvo al lado de Lawrence.

—Un artista loco hizo esta obra. Me la dejó gratis. Durante años ha venido a verme dos veces a la semana, y hace unos seis meses recibí un telegrama en el que me comunicaban que había metido la cabeza dentro de un horno y encendido el gas. Otro chiflado solía venir por aquí, se sentaba en el suelo y se ponía a tocar una flauta mientras yo me bañaba. Yo chapoteaba en el agua de la bañera, y él tocaba la flauta aquí, siempre la

misma canción, ya no recuerdo cuál era. Pero eso era lo único que hacía, tocar la flauta, y ni siquiera me lanzaba una ojeada cuando yo salía del cuarto de baño. Seguía tocando su música mientras yo me vestía; luego me pagaba seis dólares por cualquier tipo de emoción que sacase de aquellos jueguecitos y se iba la mar de satisfecho.

Entonces oyó un ruido a través de la pared. Fue una combinación de jadeo, quejido y sollozo ante cuyo sonido Lawrence reaccionó con un estremecimiento. Luego, a sabiendas de qué se trataba, se dijo que debía exagerar su reacción.

—¿Por el amor de Dios, qué es eso? —exclamó.

—No le prestes atención —murmuró Tillie.

Aquel agónico grito se repitió de nuevo, más alto esa vez. Tillie se acercó a la pared, y golpeó en ella con el puño.

—Cierra el pico —chilló—, o entraré ahí y entonces sí que gritarás con razón.

Otra vez se escuchó el lamento a través de la pared.

—¡Maldita sea! —musitó Tillie.

Sus manos se convirtieron en puños, que ella se quedó mirando con frustración en los ojos, como si tuviese demasiada pereza para utilizarlos.

Lawrence hizo un ademán hacia la pared.

—¿Está enferma o algo parecido?

—No —respondió Tillie—. Nada de enfermedad. Sólo está asustada, eso es todo. Ya sabes lo que sucede con esas novatas. Están destempladas hasta que se acostumbran al asunto.

Entonces se oyó el grito de nuevo.

Tillie echó a andar hacia la puerta.

—Espera aquí, Chet. En seguida vuelvo.

Salió del dormitorio, dejando la puerta abierta. Lawrence se acercó a los pies de la cama, lo más cerca posible del umbral. Escuchó cómo la otra puerta se abría y se cerraba, y pensó: «Aún lleva esa llave inglesa. Esa llave inglesa te da miedo. Le tienes tanto miedo como si se tratase de un cable de alta tensión de varios miles de voltios. Pero, demonios, se trata sólo de Tillie. En un tiempo, te sentabas a su lado en la misma aula, y ella ponía las manos encima del pupitre; en el historial de sus notas había altas

calificaciones en Historia, Geografía, esfuerzo y conducta. Sin embargo, no se trata de lo que aprendes en la escuela, siempre es lo que aprendes en la Calle. La Calle es la que, al fin, hace el truco, apaga las luces y, a partir de entonces, uno se convierte en gato, todos los lazos desaparecen, y ya no se trata de la colegiala Tillie, sino de Tillie la del mazo, la trituradora profesional. Habla de esa chica como si no fuese nadie, ella da las cosas por garantizadas, como un carnicero cuando despieza una oveja, excepto que ésta no ha muerto aún y van a destrozarle las entrañas. Ya no puedes aguardar más. Has esperado suficiente, e incluso quizás ahora sea demasiado tarde para sujetar esa llave inglesa».

Se acercó a la puerta, pero retrocedió rápidamente cuando Tillie apareció en la jamba. Se dirigió a una cómoda de un negro anaranjado y abrió un cajón. En aquel momento ella se encontraba de espaldas a Lawrence, con el espejo delante, pero a él no le preocupó el espejo; nada le importaba ya, excepto la llave inglesa.

Tillie se dio la vuelta, y su mano aferraba la llave inglesa. Lawrence se precipitó hacia la cabeza de la mujer y le asestó un fuerte golpe, justo debajo del oído. Tillie emitió un extraño silbido y se aferró a él con ambos brazos, formando éstos una especie de manguales. Él se soltó, agachándose; se hizo a un lado, apuntó de nuevo hacia la cabeza y conectó un sólido puñetazo en una de las sienes. Tillie se quedó inconsciente, de pie, y luego se derrumbó como un pilar de piedra. Quedó de bruces en el suelo y él hubo de saltar por encima del gran montículo que eran aquellos hombros. Corrió por el pasillo y abrió la puerta del otro cuarto.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

Era una habitación muy pequeña, más parecida a un armario. No había alfombra en el suelo y ningún mueble, excepción hecha de la estrecha cama donde la muchacha china estaba tendida sobre la espalda. Al leve resplandor procedente del pasillo, él pudo ver que tenía los brazos alzados por encima de la cabeza y atados al travesaño de madera de la cabecera de la cama.

A tientas, buscó un interruptor en la pared, lo encontró e hizo una mueca en el mismo instante en que se encendió la luz. La chica fue por completo inconsciente de su presencia. Miraba al techo y tenía la boca muy abierta. Había hematomas en las partes más blandas de los brazos, y en un lado del cuello se veía una pequeña marca más oscura, que parecía obra de unos alicates.

Se acercó a la cama y desató la cuerda que inmovilizaba las muñecas femeninas. Pero los brazos de la muchacha quedaron alzados, como si aún permaneciesen ligados.

—¿Dónde tienes la ropa? —preguntó.

La chica volvió la cabeza con gran lentitud y se le quedó mirando.

—Vete.

—Voy a sacarte de aquí.

Buscó debajo de la cama, mas no encontró ninguna clase de ropa.

—Déjame sola —dijo la muchacha—. Por favor, vete.

Su voz parecía llegar desde debajo del suelo. Lawrence comprendió que no tenía sentido alguno hablar con ella. Lo único que podía hacer era envolverla en la manta de la cama y sacarla de allí. La rodeó con la manta y la alzó en sus brazos.

—No —repitió ella—. No quiero irme.

Ya se encontraban en el pasillo, y la llevaba en dirección de la cocina.

—Por favor —pidió la china—, déjame otra vez en la cama. Me gusta la cama. Se está muy bien en ella. Es muy cómoda.

La llevó a través de la cocina, salió por la puerta trasera y echó a andar por el callejón.

—No tienes derecho a separarme de Mr. Hagen. Le pertenezco. No importa dónde puedas llevarme… Me escaparé y regresaré con Mr. Hagen. Me ha dicho que le pertenezco a él, a nadie más. Prometió que cuidaría de mí y que me compraría cosas bonitas que ponerme y que me traería flores cada día.

La mujer se debatió débilmente en sus brazos. Lawrence la sujetó con más fuerza, anduvo lo más de prisa que el peso de la chica le permitió, recorriendo el callejón hacia Fourth Street, preguntándose dónde llevarla.

«No puedes ir con ella a la Policía, la incluirían en la lista de los locos; tal vez la encerraran, se pondrían en contacto con Hagen y luego creerían al pie de la letra todo lo que él les dijese. Si lo piensas bien, te darás cuenta de que no tienes la menor prueba contra él. Ahora debe de haberse desembarazado ya de Sam y de Pancho. Lo tiene todo de su parte».

La chica forcejeó de nuevo.

«No puedes llevarla a casa de su tío. Hagen irá allí a buscarla; por lo tanto, el tío queda descartado, y también la Policía está descartada… ¿Dónde diablos voy a llevarla?».

Retorciéndose y dando patadas, la chica casi se le escapó de los brazos.

—No hagas eso —dijo él en voz baja—. Sólo trato de ayudarte.

—Me llevas lejos de Mr. Hagen.

—Eso espero —musitó él.

—Pero a mí me gusta Mr. Hagen. Quiero quedarme con él.

—Relájate —respondió Lawrence—. Por lo menos, intenta relajarte.

—¿Adónde vamos? —preguntó la chica.

—¡Maldita sea, lo ignoro!

Lawrence miró hacia delante, a la oscuridad del callejón.

—Sea adonde fuere, llegaremos más de prisa si no tratas de soltarte…

—No me gustas —repuso la china—. Eres malo.

«Igual que una niña diciendo cosas así al dentista, o como alguien, metido en una camisa de fuerza, hablando al mundo, y tal vez pronto necesite, de verdad, una camisa de fuerza; pero, por otra parte, quizás exista una oportunidad de librarla de esto antes de que siga aquí y se pierda para

siempre. Un médico sabría algo al respecto, pero tampoco puedes llevarla ahora a que la vea un médico. Será mejor que te apresures y decidas dónde vas a llevarla».

En aquel momento localizó la ventana iluminada, el pequeño resplandor que salía desde detrás de las persianas bajadas de la cocina de Bertha. Podía oír el murmullo de voces que procedía de la mesa de los bebedores y de la de póquer. Se dijo a sí mismo que debía apresurarse antes de que algún chivato que saliese a tomar un poco el aire lo localizase, o la misma Bertha lo viese al abrir la puerta trasera y dejar algunas botellas vacías en los escalones. Cada rostro de aquella cocina era una herramienta que pertenecía al enemigo; todos ellos eran miembros de una no declarada organización, que se regía según el código de Ruxton Street. Los recios puños de Hagen permanecían siempre allí delante de sus ojos, para hacerles saber lo que les ocurriría si alguna vez dejasen de estar cagados de miedo.

Ahora estaba exactamente debajo de la iluminada ventana. La chinita había intensificado sus forcejeos y trataba de zafarse. Él no quería sujetarla con mucha fuerza. Aquello le produciría dolor a la muchacha, y ya había sufrido hasta ese momento penalidades suficientes.

Por lo tanto se detuvo allí, afuera de la cocina de Bertha.

«Te la tienes que jugar», pensó. Se quedó mirando la puerta mientras, muy adentro, en la parte posterior de su cerebro, el rostro de un duende le sonreía y su voz decía: «Si llamas a esa puerta puedes considerarte fiambre. Cuando Bertha te vea, te escupirá al rostro».

Pero alguien derribó al duendecillo y apagó su voz. Mientras se acercaba a la puerta trasera casi le pareció como si ésta fuese la que se acercase a él. Golpeó la madera con el pie y gritó:

—Abre…

Escuchó a Bertha que gritaba:

—Usa la puerta delantera.

La chinita se le rebullía en los brazos, retorciéndose y pataleando, por lo que tuvo que sujetarla con más fuerza. Golpeó de nuevo en la puerta y dijo:

—No se trata de un cliente. Vamos, abre.

—¿Quién está ahí fuera?

—Lawrence.

La puerta se abrió. Bertha se quedó allí, parpadeando. Pero su asombro persistió sólo durante un momento. El rostro de Bertha era inexpresivo mientras daba un paso afuera y cerraba con rapidez la puerta detrás de ella. Se quedó mirando a la muchacha china. Luego miró a Lawrence.

—Debes de haberte vuelto loco…

Él no supo cómo responder. La muchacha le empujaba encima de los hombros mientras gemía:

—Devuélveme a Mr. Hagen. Quiero ir con Mr. Hagen.

—Está enferma —explicó Lawrence—. La han sacudido hasta ahora bastante…

Bertha se estaba mordiendo los labios.

—Ya lo veo…

—La tenía en casa de Tillie.

—Ya lo sé —le cortó Bertha—. Cállate un momento. Déjame pensar.

Y se apretó la mano contra la frente.

Lawrence guardó silencio, aguardando a que ella se aclarase las ideas. Se dijo que no debía apresurarla para que tomase una decisión. En realidad, en ese mismo momento la estaba forzando a ponerse en un lugar donde tenía todo que perder, incluso la propia vida. Si hacía cualquier clase de movimiento en su ayuda, se convertiría en el segundo nombre en la lista negra de Hagen. Y eso significaría el mismo tratamiento con aquellos puños que eran como martillos. O tal vez alguna clase diferente de final, reservado especialmente para las mujeres. Por lo tanto, empezó a confiar en que ella le dijera que no podía, que se llevara a la chica a otro sitio.

Pero no quedaba ya mucho tiempo. Era igual que estar atascado en la vía y ver cómo se acercaba una locomotora. Cerró los ojos y, sin emitir el menor sonido, suplicó a la muchacha que cesase de forcejear entre sus brazos. Ella había comenzado a recuperar fuerzas, la fuerza de un lunático, emitiendo raros y ahogados sonidos mientras trataba de liberarse de su sujeción. Su mano se cerró en forma de puño y se preguntó si debería golpearla para que perdiese el conocimiento. Tuvo miedo de hacerlo, pensando que tal vez no despertase nunca.

Luego oyó cómo Bertha decía:

—Muy bien, métela adentro.

Pensó que acababa de escuchar unas palabras que no habían sido pronunciadas. Se quedó mirando a Bertha y vio decisión en sus ojos.

—Adentro —repitió ella—. Y luego al piso de arriba. Apresúrate…

Bertha abrió la puerta y Lawrence entró en la cocina. Al instante, los bebedores y los jugadores de póquer se quedaron mirando aquel fardo envuelto en mantas que llevaba en sus brazos. Al pasar ante la mesa de las bebidas vio a sus parientes sentados entre otros borrachines, beodos de ginebra y de ron, y oyó a Paul que decía:

—¿Qué demonios pasa aquí?

Y Connie que declaraba:

—En este momento quiero otro trago.

El viejo le llamó:

—Ven aquí, Chester… ¿Qué estás haciendo con esa chica?

Pero él no les respondió. Se encontraba ya en la sala de estar y se encaminaba hacia la escalera. Bertha corrió a ponerse delante de él y Lawrence la siguió por las escaleras, mientras la chica trataba aún de zafarse de sus brazos. La manta se había caído mientras la llevaba por el pasillo. Bertha abrió una puerta.

—Por aquí. Rápido.

Metió a la muchacha en el dormitorio, la colocó encima de la cama y la tapó con la colcha. La muchacha intentó levantarse, por lo que Bertha se sentó al lado de ella y la hizo acostarse de nuevo.

—Todo va bien, cariño —musitó a aquellos ojos que rodaban, salvajes—. Vamos a tratar de ayudarte, bonita. Estate aquí tranquila. Tranquila.

Lawrence permaneció de pie, de espaldas a la cama. Trataba de encender un cigarrillo.

—No sabía dónde llevarla —murmuró—. Tenía que llevarla a algún sitio.

—Ya me lo contarás después —respondió Bertha.

Se produjo el silencio durante un largo y atareado momento, mientras los ojos de ella parecían una lupa que hiciese una inspección. De repente, su voz sonó crispada de decisión:

—El cajón de arriba de la cómoda. Tráeme el matarratas.

Él se acercó a la coqueta, sacó una botella de aquel licor sin color y la llevó a la cama. Bertha abrió el tapón de rosca.

—Ahora ve al cuarto de baño y llena la bañera con agua caliente.

Él obedeció de una manera automática. Al regresar al dormitorio vio a Bertha, que manipulaba con el gollete de la botella en los labios de la chica. Los ojos de la china estaban cerrados y su cuerpo inmóvil, excepto los convulsos movimientos de los músculos de la garganta cuando el licor entraba en su cuerpo.

—Si algo puede devolverle el juicio —explicó Bertha—•, es esta pócima.

Lawrence se quedó allí de pie, observando la extraña terapia del whisky de contrabando de Hagen, tratando de reparar el daño ejercido por el retorcido cerebro y las manazas de Hagen, y oyó ruido de salpicaduras procedentes del cuarto de baño, donde el grifo del agua caliente estaba abierto al máximo.

—¿Por qué agua caliente? —quiso saber—. ¿Y por qué no fría?

—Un baño frío la echaría a perder —repuso Bertha—. No saldría jamás viva de esa bañera.

Se oyeron ruidos en el pasillo. Bertha le hizo un ademán para que siguiera ocupándose de la botella. Se levantó de la cama, salió corriendo de la habitación y la oyó gritar:

—Bastardos, quedaos en el piso de abajo…

Las voces replicaron, pero fue un murmullo incoherente.

Luego, más distintamente, escuchó la voz de Paul:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué ocurre con la chinita?

—Iros abajo —aulló Bertha.

Paul se mostró insistente. Mientras el «Tokay» le goteaba con cada palabra, prosiguió:

—Escucha… Tengo derecho a saber qué está sucediendo…

—Vuelve a tu lugar o te tiraré escaleras abajo.

—Muy bien, muy bien.

Pero aquello era más una advertencia que una retirada.

—Está casado con mi hermana, recuerda eso. Le diré a Edna que está aquí con una fulana, compréndelo.

—Deja a Edna fuera de esto —oyó la voz de Connie.

—Si quieres que te diga la verdad —insistió el viejo—, estoy confundido. Siempre había creído que Chester era un buen padre de familia.

—De esa especie es de la que salen los peores juerguistas —declaró Paul—. Pero no va a salirse con la suya. Juro que se lo contaré a Edna.

—No harás nada de esa clase… —aulló Connie.

—¿Y quién me lo impedirá?

Sus voces subieron de tono hasta un alto alarido, dominado por la orden fulminante de Bertha para que fuesen a seguir la discusión al piso de abajo. Luego la puerta se abrió y Bertha volvió a entrar en el dormitorio.

—Escúchales —dijo ella—. Creen que has traído a la chica aquí para una fiestecita en el catre.

Los parientes siguieron la cháchara en el pasillo, pero Lawrence casi no los oyó. Era como el sonido de las moscas caseras zumbando en un debate por encima de un trozo de miga de pan. Él se encontraba a miles y miles de kilómetros de aquello; de todos los asuntos concernientes a su hogar al otro lado de la calle. Sin palabras, suplicó a la muchacha que lo mirase, que lo reconociera, que supiera que tenía un amigo. Deseaba que comprendiera que no se encontraba sola en un país de sombras, donde todos los ciudadanos fuesen unos demonios que la lastimaran o unos idiotas que se rieran de ella. Pero los ojos de la chica continuaron cerrados, y de la única cosa que parecía ser consciente era del fuego líquido que entraba por su boca y que penetraba profundamente en ella para combatir el dolor de otro fuego. En el pasillo, las voces habían disminuido.

—Ya basta con la botella —dijo Bertha—. Intentemos incorporarla.

Colocaron a la muchacha en posición sedente. Abrió los ojos como si saliese de un prolongado sueño; luego, hizo una mueca al percibir el sabor del alcohol en su boca. Se quedó sentada en la cama de una manera pasiva, mientras la cabeza se le inclinaba poco a poco.

—Vamos, cariño —dijo Bertha a la chinita—. Te sentirás mucho mejor después de un agradable baño caliente.

Agarró a la chica del brazo, la ayudó a levantarse de la cama y la guió hasta el cuarto de baño. Lawrence se sentó en el borde de la cama y encendió otro cigarrillo. Algunos minutos después, la chica y Bertha

entraron de nuevo en el dormitorio. La muchacha llevaba un albornoz de Bertha y su negro cabello relucía sobre el paño de rizo blanco. Parecía muy cansada, pero andaba sin ayuda y sus ojos reflejaron una expresión de agradecimiento cuando Bertha la ayudó a quitarse el albornoz y a meterse en la cama.

Una vez la muchacha estuvo debajo de los cobertores, sus ojos se cerraron de nuevo; muy pronto quedó profundamente dormida.

—¿Crees que lo conseguirá? —murmuró Lawrence.

Estaba de pie a un lado de la cama, mirando a la chinita.

—Se pondrá bien —dijo Bertha. Y añadió en voz más baja—: Si podemos mantenerla aquí durante un buen rato.

Lawrence no replicó.

Bertha se lo quedó mirando.

—Supongo que ya sabes que la cosa no va a ser sencilla…

El hombre chupó fuerte de su cigarrillo.

—Esos buitres de allá abajo no hacen más que darle vueltas a lo que ha sucedido —prosiguió ella—. Pero no les llevará demasiado tiempo averiguar la verdad. La mayoría de ellos están de parte de Hagen, y saben que guardaba a la chica en casa de Tillie. Tal vez en este mismo momento estén dando ya el chivatazo. Dentro de poco irrumpirá aquí como un elefante en una cacharrería.

Lawrence permaneció silencioso durante un momento.

—Tal vez no —murmuró al cabo de un instante—. Quizá sepa que ya ha hecho bastante por una sola noche.

Luego le contó lo de Sam. Describió el fin de Pancho y el sedán color verde pálido avanzando por el callejón, con Hagen al volante y los dos cadáveres en el asiento trasero.

Bertha miraba al suelo.

—Los habrá enterrado en algún sitio. O los habrá 230 troceado para meterlos en un horno; ya ha hecho este tipo de cosas antes. Por lo tanto, no creas que se olvidará de este asunto. Seguirá adelante con él hasta que todo quede de la forma en que él lo desea.

—No, si puedo impedírselo.

—¿Cómo?

—Usaré el teléfono —manifestó.

Ella lo miró de reojo.

—¿A quién vas a llamar? ¿A la infantería de Marina?

—A la Policía. Por mucho que aborrezca hacerlo, no tendré más remedio que telefonearles.

—¿Y qué les vas a decir? ¿Crees que si les pides protección van a acudir a la carrera? Te olvidas de la clase de Policía que tenemos en esta ciudad. La única protección que dan es la prevaricación y el cohecho. En cuanto hables con la Policía estarás tratando con los compinches de Hagen.

Él asintió con lentitud, en señal de hallarse de acuerdo.

—Si tuviésemos un poco de ley decente por aquí… —musitó después.

—Pero sucede que no la tenemos —replicó Bertha—. Debemos pensar en otra cosa.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo algunas cosas en la cocina. Un punzón para el hielo. Un cuchillo de pan. Un bidón de lejía.

Lawrence se preguntó por qué comenzaba a sonreír a Bertha.

—¿Y no tienes nada aquí arriba?

—Claro —respondió Bertha, devolviéndole una leve sonrisa—. Una caja de alfileres de sombrero. Una lima de uñas. Un par de tijeras…

—¿Y nada de ametralladoras? —preguntó él—. ¿No hay ningún bazoca?

Bertha respiró hondo. Estaba a punto de decir algo cuando, de repente, sus ojos se dilataron y los hombros se le envararon. En la escalera se escucharon unas fuertes pisadas.

Lawrence salió a escape del dormitorio, recorrió el pasillo y vio que Matt Hagen subía la escalera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVI

Hagen intentaba llegar al final de la escalera antes de que Lawrence se presentase allí. El hombrón subía los escalones a saltos, como un animal hambriento, con aquel gordo y redondo rostro muy brillante de sudor, partido por una ancha y grotesca sonrisa que hacía sobresalir la lengua por encima de su labio inferior. Sus ojos ardían de algo que iba más allá del frenesí y de la sangre lujuriosa. Los sonidos emitidos por aquel energúmeno eran una mezcla de gruñidos y aullidos que se abrían camino desde sus mismas entrañas y parecían arrastrarse hasta las puntas de los dedos que intentaron aferrar las piernas de Lawrence. Pero él se echó hacia atrás, fingiendo una retirada, y luego se lanzó con rapidez hacia delante para propinarle a Hagen una patada cuando éste hizo otra intentona de agarrarle. El pie de Lawrence alcanzó a Hagen de lleno en el rostro. Sus gruesos brazos se alzaron, el recio cuello osciló hacia atrás, el torso de barril quedó rígido por completo durante un momento mientras Hagen volaba por los aires. Pero, a mitad de la escalera, el hombretón consiguió dar un salto que rompió la caída, por lo que la mayor parte del impacto repercutió en sus caderas y el sonido fue sólo un ruido sordo en vez de un chasquido. Después, Hagen siguió el resto de la trayectoria en aquella posición. Se quedó sentado al pie de la escalera, sonriendo hacia el hombre que se estaba despojando de la chaqueta con gran lentitud, se aflojaba el cuello de la camisa y se subía las mangas.

Hagen asintió en señal de aprobación e hizo un ademán.

Lawrence comenzó a bajar las escaleras. Sintió que unas manos en sus hombros intentaban hacerle retroceder.

—No, Chet —dijo Bertha—. Por el amor de Dios…

—Suéltame…

Pero ella insistió.

—Maldito loco, no vas a conseguir otra cosa que verte aplastado y convertido en pulpa. —De nuevo se aferró a sus hombros—. Vuelve al

dormitorio —le urgió frenética—. Salta por la ventana. Súbete al tejado.

—Apártate… —Lawrence se volvió y le propinó un violento empujón que la tiró por el pasillo.

Él siguió bajando la escalera, con gran lentitud, mientras Hagen se levantaba del suelo y se preparaba para recibirle; contemplando cómo los espectadores se habían reunido en el salón, los bebedores y los jugadores de póquer, maniobrando para encontrar una zona segura donde sólo hubiera sitio para permanecer de pie. Para entonces, ya habían apartado las sillas y se habían llevado una mesa al recibidor. En cuestión de segundos tuvieron preparado el salón para que fuese la arena de un espectáculo, en vez de una habitación. Ahora se arracimaban junto a las paredes y Lawrence les vio alzar la vista hacia él y en sus rostros no apreció otra cosa que una calma anticipada.

Pero mientras continuaba el descenso de la escalera y observaba las cosas más de cerca, vio también algo más en sus rostros. Una fría malicia. Eran los miembros de un clan dispuestos a hacer frente a un advenedizo. En aquellos momentos no miró a Hagen. Observó los rostros de los ruxtonitas[2], la gente que había conocido durante toda su vida. Los mismos rostros que había visto desde un cochecito de bebé parado delante de una tienda de comestibles, mientras les arrullaban desde otros cochecitos. Rostros adornados con chupetes en el jardín de infancia, y manchados de mermelada o chocolate o sólo de polvo en los anocheceres de abril, cuando cualquier vieja escoba se convertía en un bate de béisbol y empleaban papel arrugado para hacerce una pelota.

—¿No me conocéis? —le hubiera gustado decirles—. ¿No sabéis quién soy?

Pero estaba seguro de que ellos no le responderían. Pues, aunque hubiese nacido y crecido allí, se viese castigado con la misma porquería y pobreza de los callejones y hubiese sido golpeado lo mismo que los demás, ellos lo veían en ese momento como un extraño, un usurpador. Sus ojos le decían que tenía lo que se merecía por entrometerse, por tratar de quitarles su privilegio.

El privilegio de hundirse lo más bajo que pudiesen. De conseguir sus placeres de la forma que más les gustara. De besar los pies de Hagen o de

cualquier otro contrabandista de licores, o jefe de los juegos, o político, que pagase a la Policía por mantenerse apartada, permitiendo que casi todos los ruxtonitas se creasen la clase de infierno que les hacía olvidar todos los demás infiernos de las arruinadas viviendas, los harapos en vez de ropas, y sus perdidas esperanzas.

Y por ello, mientras bajaba por la escalera y sentía sus ojos maliciosos asaetearle, no podía devolverles las miradas; no podía ofenderse por aquel rencor que mantenían contra él. No eran el enemigo. Sólo los primos del enemigo. Los líderes elegidos por ellos no eran otra cosa que sanguijuelas que les tendían el señuelo de la paga de un día, mientras sus hijos, en sus hogares, abrían una nevera para ver que apenas contenía nada. Y los caseros estaban hartos de que les pagasen los alquileres tarde y permitían que los suelos se rompieran y los tejados tuviesen goteras. Hasta que colocaban el letrero de «edificio en ruina», y aquel letrero abarcaba cada fibra de una madera podrida y cada unidad de carne que se veía obligada a mudarse.

«Tontos —pensó—. O cautivos. O víctimas». La Calle había realizado su trabajo. Les había hecho comprender que el único amigo auténtico era Hagen, y que la única amenaza auténtica era algún presunto cruzado que realizase cualquier intento para cambiar ese estado de cosas.

—Dale, Hagen —siseó uno de ellos—. Sácale las tripas.

—Rómpele el cuello —cacareó una mujer—. Rómpele todos los huesos del cuerpo.

—Mata a ese bastardo.

—Eso es… ¡Mátale!

—¡Mátale! ¡Mátale!

Lawrence se encontraba en el quinto escalón antes de llegar al suelo, donde Hagen seguía sonriéndole y haciéndole ademanes.

—Vamos —le dijo Hagen—. Baja…

Lawrence se tensó. «Eso es, Chet —pensó—. Jamás saldrás vivo de aquí».

Luego saltó.

Hagen se detuvo y lanzó una risotada que se convirtió en un gorgoteo cuando un puñetazo le acertó debajo del mentón. Lawrence retrocedió un paso, se agachó y se cubrió el cuerpo con ambas manos. Lawrence se hizo a

un lado, y corrió hacia el centro del salón, donde miró a su alrededor en busca de algo que arrojar, no vio nada, y sintió cómo el granito se precipitaba sobre su cabeza cuando Hagen le propinó un derechazo en la sien. Mientras Hagen se aproximaba para asestarle otro golpe de derecha, Lawrence giró sobre sí mismo y, con la izquierda, lanzó un gancho largo que se aplastó contra la mandíbula de Hagen. El hombretón se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó sobre un costado. Lawrence se lanzó hacia delante y le propinó un puntapié en el rostro. Luego intentó darle otro más, pero Hagen alargó los brazos y sujetó las rodillas de Lawrence con ambas manos hasta que lo derribó. Los dos rodaron por el suelo, con Hagen tratando de sentarse a horcajadas sobre él, mientras los codos de Lawrence golpeaban en el vientre de su enemigo y escuchaba cómo el hombrón gemía y gruñía hasta que, por fin, lo soltó.

Lawrence se levantó muy de prisa. Hagen lo hizo con mayor lentitud. Lawrence se precipitó sobre Hagen mientras pensaba en el arruinado hígado del gigante y sus puños se convertían en unos martillos pilones contra aquella inmensa cintura. Hagen soltó un grito. Lawrence permaneció lo más cerca posible de su contrincante y le lanzó otro izquierdazo, luego otro directo con la derecha, bastante bajo, y otro con la izquierda, más bajo aún. Hagen producía mucho ruido e intentaba cubrirse. Lawrence lo empujó, le midió el cuerpo, lo martilleó con un derechazo largo a la mandíbula, seguido de un gancho corto de izquierda que le alcanzó de lleno y derribó al hombrón.

Hagen cayó de rodillas, moviendo la cabeza, y golpeando la alfombra con los puños.

Lawrence aguardó. Deseaba con toda su alma lanzarse de nuevo sobre el otro, pero eso hubiera significado más lucha cuerpo a cuerpo, y él sabía que no podía llevar la pelea a ese terreno con Hagen dada la diferencia de pesos. También sabía que Hagen se incorporaría muy pronto y empezaría a actuar con más cuidado, reuniendo toda la habilidad profesional que había causado conmoción en los cuadriláteros hacía sólo una década. Por lo tanto, aparte de sus problemas de hígado y del exceso de peso en la cintura, seguía siendo un púgil muy diestro y una auténtica apisonadora; aún tenía unas manos que podían fracturar un cráneo de un solo golpe. El palpitante dolor

que Lawrence tenía en las sienes le decía que no podía recibir ningún otro golpe así. Tal vez uno, o dos, y todo habría acabado. Al instante se sintió muy cansado; pero, en aquel preciso momento, vio que Hagen se levantaba.

Escuchó las voces que urgían a Hagen a que acabase con él.

—Hazle pedazos…

—Sácale los sesos…

—Dale, Hagen. Acaba con él…

Deseó gritar contra su soledad. Luego entrevió a Bertha, inclinada sobre la barandilla de la escalera. No decía nada, sólo le observaba. Pero sus ojos intentaban mandarle fuerza para infundírsela a sus brazos. «Por lo menos —pensó— tengo un partidario aquí». Luego escuchó voces que le indicaron que había más de uno.

—Pégale, Chet —gritaba Connie—. Sigue sacudiéndole…

—Sigue con eso, Chester —aulló el viejo—. Dale en la cara con la izquierda. ¡Tu izquierda! ¡Tu *izquierda*!

Dio un golpe seco con la izquierda, bailoteó para librarse de un gancho, propinó otro *jab*, rodeó de prisa a su adversario, le propinó otro golpe seco y corto con la izquierda, lanzó un derechazo y falló. Retrocedió, pero dejando el puño izquierdo extendido, con lo que Hagen perdió el equilibrio.

—Eso es —le entrenó el viejo—. Usa la *izquierda*…

Durante un instante miró más allá de los hombros bajados de Hagen y vio al viejo y a Connie. Estaban de pie, alejados de los demás, cerca del vestíbulo, formando su propia sección de admiradores. En aquel mismo instante escuchó el ruido de la puerta principal. Pero no pudo ver quién entraba, ya que Hagen se movía aprisa. Retrocedió el puño izquierdo extendido, se inclinó, rehuyéndolo, mientras lanzaba golpes con ambas manos a las costillas y a los riñones. Una cinta de fuego pareció rodear la cintura de Lawrence, que se trabó. Entonces oyó un grito y miró hacia el vestíbulo, donde vio a Edna que se liberaba de la sujeción de Paul.

—¡Paradlo! —chilló Edna—. ¡Oh, detenedlo, que alguien lo detenga…!

Connie le asestó unos golpes a Paul y gritó:

—Ya te dije que no la trajeras aquí…

Paul estaba demasiado borracho como para sentir remordimientos y demasiado atareado con Edna para poder rechazar los golpes que Connie le

daba con el dorso de la mano; golpes que le alcanzaban la cabeza, las orejas y el cuello. Connie rodeó al viejo y le fulminó con la mirada.

—Hijo de puta —aulló—. Tío listo. Tenías que ir a casa a despertarla.

Luego dio otra vuelta para seguir su asalto sobre Paul. Le agarró un mechón de cabello y tiró con fuerza. Paul se vio obligado a soltar a Edna. El viejo la agarró entonces, pero ella se evadió de los dedos que la sujetaban y echó a correr por el cuarto. En aquel momento, Hagen lanzaba un derechazo corto que alcanzó a Lawrence en el estómago, seguido de otro izquierdazo al mismo sitio. Edna gritó y se arrojó sobre Hagen.

Desde la escalera, Bertha le gritó una advertencia a Edna, pero no llegó a tiempo. En el momento que los dedos de Edna sujetaron el brazo izquierdo de Hagen, éste se volvió, con una maldición, y su puño derecho se estrelló contra la mandíbula de la mujer, que salió despedida por los aires hasta el otro extremo del salón, sin tocar el suelo con sus pies. Se produjeron gritos por parte de cualquier mujer de las que estaban en la habitación, mientras Edna se golpeaba contra la barandilla de la escalera. La barandilla se derrumbó entre un ruido de astillas.

Lawrence echó a correr hacia la escalera. Hagen le persiguió, le sonrió, le inmovilizó con un izquierdazo en un parietal y le midió bien para acabarle con un golpe de derecha. Pero en ese preciso instante, el viejo le tiró un cenicero y Connie un jarrón. Otras personas comenzaron a arrojarle todo lo que tenían a mano. Cualquier clase de objeto empezó a ser dirigida contra Hagen, como si hasta la última alma presente en aquella estancia fuese de repente consciente de lo que había que hacer. Todas las voces parecieron entrar en una hirviente rebelión, para hacer saber al gigante que se había equivocado y dado un paso demasiado lejos. Por lo tanto, toda clase de proyectiles salieron volando: bandejas, jarras, lámparas, vasos y botellas. Hagen se quedó mirando todo aquello con un sentimiento de asombro que pronto se volvió consternación. Su cabeza comenzó a sangrar del impacto de algunos rebordes cortantes y de otros objetos puntiagudos.

—¡A por él! —gritó Bertha—. Él es el veneno. ¡Desembaracémonos de él!

Cogió un trozo de la quebrada barandilla, se inclinó sobre el borde y golpeó al hombretón; la astillada madera rajó la mejilla y un lado del cuello

de Hagen. El dolor fue espantoso, pero él no emitió sonido alguno. Sus ojos se salieron de las órbitas ante la visión de algo que jamás había soñado que llegara a ocurrir. Los vio avanzar hacia él, con unos rostros que siempre habían mostrado señales de espanto, pero que en ese momento aparecían contorsionados por una mortífera decisión. Se dio la vuelta y echó a correr, dirigiéndose hacia la cocina, pero cayó al suelo antes de poder llegar a la puerta trasera. Mientras se ponía de rodillas para incorporarse, se tiraron sobre él. Le sujetaron contra el suelo y lo mantuvieron así mientras Connie abría el cajón superior del armario de la cocina y sacaba el punzón para el hielo. Y Paul, borracho como estaba, mantuvo firme la mano que agarraba el cuchillo del pan, al mismo tiempo que el viejo encontraba alguna otra cosa en el estante superior. El bidón de lejía.

En el salón, Lawrence y Bertha estaban inclinados encima del sofá y miraban a Edna. La habían transportado hasta ese mueble, sólo porque no había ningún otro lugar donde ponerla. Respiraba con dificultad y tenía los ojos semicerrados. Luego los abrió poco a poco por completo y también trató de abrir la boca para una última y honda aspiración. Aspiró con fuerza y eso fue todo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lawrence.

Apenas se pudo oír su propia voz. Había mucho ruido que llegaba desde la cocina. Después, el ruido fue disminuyendo y se convirtió en un duro murmullo, como el sonido del océano después de una tormenta.

Vio que sus parientes políticos entraban en el salón, seguidos de un lento desfile de hombres y mujeres manchados de sangre. Se apartó del sofá y avanzó en dirección del vestíbulo.

Quería salir de allí.

Necesitaba en seguida aire. O quizá sólo echar una mirada al cielo.

Y se encontró en el umbral, con las primeras cintas de la luz del amanecer inclinándose ante sus ojos, mientras muy lejos, por encima de los tejados de Ruxton Street, el gris era como una cortina que descendiese encima de la luna.

Se escuchó un ruido detrás de él. Se volvió y encontró a Bertha junto a él.

—Han acabado con Hagen —dijo ella.

—¿Por completo?

Bertha asintió.

—Lo han cortado a trozos. Apenas va a quedar nada para enterrar.

Lawrence miró hacia el pavimento.

—¿Has telefoneado a la Policía?

—Sí.

Durante un momento, el hombre permaneció en silencio.

Luego dijo:

—Es de suponer que te cierren el local y te impidan seguir con el negocio…

—No, no lo harán —le contestó—. No tendrán esa oportunidad. Estoy acabada para dirigir un garito así. Tendré que vender la casa lo más pronto posible.

—¿Y adónde irás?

Bertha se encogió de hombros.

—Ya encontraré un cuarto en alguna parte.

—¿En el barrio?

Se miraron mutuamente. Desde el apartadero de ferrocarril les llegó el ruido de un tren que iba a salir. Lawrence oyó el sonido del silbato, el entrechocar de los topes de los vagones, el rodar de las ruedas por las vías.

La música de aquel tren parecía una invitación. Era casi como el ruido de campanas, de cuernos, de címbalos procedentes de alguna sala de baile del piso de arriba, mandando una tentadora melodía que hablaba de que había llegado un más dulce abril, allí, al Este, al Oeste, a cualquier lugar que estuviese muy alejado de Ruxton Street.

Y todas las luces eran de señales, que destellaban en verde, como si dijeran: «Ya habéis estado demasiado tiempo en el sumidero, ya es hora de irse, pues, tan seguro como el infierno, ya nada hay aquí que os retenga».

«Correcto —le dijo el cerebro—. Todas la obligaciones han acabado».

Cualquier sentimiento de culpabilidad quedaba cancelado. Lawrence se dijo que todo cuanto tenía que hacer era llenar su maleta y marcharse.

Escuchó a Bertha que decía:

—Claro que me quedaré en el barrio. ¿Dónde más podría vivir? Yo pertenezco a esta calle. Estoy plantada aquí…

Aquello fue declarado en voz baja. Sin embargo, mientras él la escuchaba, las palabras parecieron ahogar el ruido del tren que partía.

Sabía que, en realidad, Bertha había hablado tanto para él como para sí misma.

Asintió con gestos lentos, y sus ojos condujeron a la mujer hacia el lugar donde tendría su próximo hogar, diciéndole que había un corto paseo, sólo tendría que cruzar la calle y llegar a su casita de una planta.

OceanofPDF.com

CRONOLOGÍA-BIBLIOGRAFÍA-FILMOGRAFÍA DE DAVID GOODIS

por JAVIER COMA

1917 David Loeb Goodis nace, el 2 de marzo, en Filadelfia, Pensilvania. Sus padres, William Goodis y Mollie Halpern Goodis, pertenecen a la clase media, a la comunidad judía, y a un sector culto y liberal.

1923 Poco después de la muerte por meningitis, a los tres años, de Jerome Goodis, hermano menor de David, otro hijo llega a la familia: Herbert. En el futuro sufrirá diversos y graves problemas de salud, y suscitará la constante preocupación de David por solucionarle la subsistencia.

1935 David finaliza sus estudios en la Simon Gratz High School, donde ha sido redactor-jefe de la revista del centro, *Spotlight*, y presidente de organismos representativos del alumnado.

1936 Estudios en la Indiana University; ya ha empezado su itinerario profesional como escritor.

1937 Un amigo de David muere en la guerra civil española después de enrolarse como voluntario; David le había llevado a la oficina de reclutamiento en Nueva York y contagiado su entusiasmo por la causa republicana.

1938 Diploma de técnico en ciencias comerciales tras dos cursos en la Temple University. Allí ha escrito dos novelas, destruyendo la primera y remitiendo la segunda a la editorial neoyorquina Dutton.

1939 Publicación de *Retreat from Oblivion*, novela con abundantes contenidos autobiográficos. El protagonista se llama Herb, como el hermano del autor, y uno de los personajes más emotivos fallece en la contienda española, la cual es contemplada en diversos momentos de la obra.

1940 Instalado en Nueva York, trabaja en agencias de publicidad y colabora en los *pulps*, las célebres revistas de narrativa popular. Suministrará a estas últimas numerosos relatos, firmados con su nombre y apellido reales o con seudónimos.

1941 A sus colaboraciones en los *pulps* añade una contribución paulatinamente creciente a los seriales radiofónicos; interviene, así, en el de Superman, difundido por la ABC.

1942 Breve estancia en California con motivo de haber sido contratado por la Universal para escribir el texto inicial del filme *Destination Unknown*, que dirigirá Ray Taylor. Allí conoce a Elaine, con la que se casa, y vuelve a Filadelfia. Es declarado inútil (al parecer, por un tímpano roto) para el servicio militar.

1943 De regreso a Nueva York, Elaine decide separarse de David, quien prosigue su dedicación a los pulps y a la radio. Colabora en el serial *Hop Harrigan, America's*

Ace of the Airways, para el que, más adelante, trabajará también como productor.

1945 La Warner adquiere, en diciembre, por 25.000 dólares la novela aún inédita *Dark Passage* con vistas a una versión cinematográfica.

1946 En enero el magazine *Saturday Evening Post* compra los derechos de publicación como serial de *Dark Passage*, también por 25.000 dólares; se difundirá en verano, a partir del 20 de julio. La editorial neoyorquina Messner publica luego el libro (que aparecerá en España bajo los sucesivos títulos de *Tras el rostro* y *Senda tenebrosa*). En agosto Goodis firma un contrato con la Warner para trabajar como argumentista y guionista por 750 dólares semanales. Ya ha escrito la novela *Vicious Circle*, definitivamente llamada *Nightfall*. En diciembre termina el texto inicial para un filme cuyo título provisional es *Up Till Now*.

1947 Publicación de las novelas *Nightfall* (en España, sucesivamente, *Al caer la noche* y *Al anochecer*), por Messner, y *Behold This Woman* (*Cuidado con esa mujer*), por Appleton. En febrero Goodis ha terminado el guión de *The Unfaithful*, con la colaboración de James Edward Gunn; el filme, realizado por Vincent Sherman, se estrena en junio. El 27 de setiembre llega al público *Dark Passage* (*La senda tenebrosa*), dirigido por Delmer Daves e interpretado por Humphrey Bogart y Lauren Bacall. Al finalizar el año se desestima el proyecto de *Up Till Now*.

1948 Redacción de una historia de casi doscientas páginas, *Of Missing Persons*, con destino a un hipotético filme, y obtención del permiso de la Warner para su edición como novela; el filme no se realizará.

1950 Publicación de *Of Missing Persons* por el editor neoyorquino Morrow; es el último libro de Goodis en tapa dura. Regreso a Filadelfia y al hogar paterno.

1951 Comienzan las ediciones de novelas de Goodis en formato de bolsillo y rústica: *Cassidy's Girl* (*La chica de Cassidy*) es publicada por la editorial de *paperbacks* Fawcett, con el famoso sello Gold Medal. En julio, emisión de la versión televisiva, homónima, de *Nightfall* a través del programa *Studio One Summer Theatre*.

1952 También en la colección Fawcett Gold Medal: *Of Tender Sin y Street of the Lost* (*La calle de los perdidos*, en la colección ***BLACK***). La primera resulta probablemente autobiográfica en cuanto la visita a los barrios bajos por un representante de la clase establecida parece coincidir con experiencias análogas de Goodis.

1953 Viajes del novelista a Kingston y Haití que repercutirán en la confección de la novela *The Wounded and the Slain*. Ha remitido por correo *The Burglar* (*Rateros*) a Arnold Hano, de Lion Books, sin trato previo, y es inmediatamente publicada. Fawcett edita *The Moon in the Gutter* (*La luna en el arroyo*). Diferentes relatos breves aparecen en la revista *Manhunt*, entre ellos las novelas cortas *The Plunge*, *The Blue Sweetheart* y *Black Pudding*.

1954 El antiguo texto para un filme *Up Till Now* se ha convertido en la novela *The Blonde on the Street Corner* (a publicar probablemente en España como *La rubia de la esquina*), y Lion la ha editado, al tiempo que *Black Friday* (aquí *Viernes 13* y *Viernes negro*). A la Lion se debe también una reimpresión de *Nightfall* con cambio de título a *The Dark Chase*. Y Fawcett presenta *Street of No Return* (*Calle sin retorno*).

1955 Publicación de *The Wounded and the Slain* (*Descenso a los infiernos*) por Fawcett. Al realizador francés Pierre Chenal se le propone en Argentina una adaptación de *Of Missing Persons*.

1956 Estreno de la coproducción francoargentina *Sections des disparus*, dirigida por Pierre Chenal sobre guión propio y con la colaboración de Bernard Borderie en los diálogos; Maurice Ronet y Nicole Maurey son los protagonistas. En abril termina la producción de *Nightfall*, a cargo de la pequeña compañía Copa y con base en el libro de Goodis; el título suscita también la canción, para la banda sonora, *Nightfall*, interpretada por Al Hibbler. Asimismo queda completada, en este mismo año, la homónima versión cinematográfica de *The Burglar*, que ha sido llevada a cabo en Filadelfia por otra empresa independiente, Samson Productions; David Goodis ha escrito la adaptación de su novela sin moverse de su domicilio. Fawcett edita la obra maestra del escritor, *Down There* (*Disparen contra el pianista*).

1957 La Columbia presenta, uno tras otro, los dos filmes rodados en el año anterior a partir de novelas de Goodis: en enero, *Nightfall*, dirigido por Jacques Tourneur, con guión de Stirling Silliphant y fotografía de Burnett Guffey, e interpretación por Aldo Ray, Brian Keith, Ann Bancroft y Jocelyn Brando; en junio, *The Burglar*, realizado por Paul Wendkos, y con Dan Duryea, Jayne Mansfield y Martha Vickers en los principales roles. Siempre mediante la serie Gold Medal, la editorial Fawcett publica ahora *Fire in the Flesh* (*Fuego en la carne*, en la colección ***BLACK***).

1960 Estreno en Francia de *Tirez sur le pianiste*, adaptación de Down There, dirigida por François Truffaut y protagonizada por Charles Aznavour y Marie Dubois.

1961 Knox Burger, que ha remplazado al fallecido (en 1960) Richard Carroll en la labor de dirección de Gold Metal y que está en la Fawcett desde 1959, choca con Goodis al pretender que éste introduzca modificaciones en su última novela. Se trata de *Night Squad*, que aparece, de todas formas, en este año, pero que cierra la producción literaria del autor; sólo escribirá una novela más y no aparecerá hasta después de su muerte.

1962 Con motivo del estreno en Estados Unidos de *Tirez sur le pianiste*, Grove Press edita en tapa dura la novela original, bajo el título americano de la versión cinematográfica, *Shoot the Piano Player*.

1963 Goodis, que había sufrido (a principios de la década) una brutal agresión con lamentables consecuencias para su físico, padece problemas psicológicos, agravados por las depresiones de su hermano Herb; se recrudecen cuando muere su padre.

1965 En febrero pleitea, por presunto plagio, contra los productores de la serie de televisión *The Fugitive* (*El fugitivo*) y contra la cadena que la emite, la ABC (American Broadcasting Co.). El proceso se extenderá más allá de la vida de Goodis.

1966 La muerte de la madre de David Goodis ocasiona el desplome del novelista, que ingresa en una clínica mental y redacta un testamento mediante el que pretende asegurar los medios de vida de Herb. Internado éste en otro centro de salud, David Goodis queda solo en la mansión familiar, seriamente aquejado de los nervios. Desde Francia, Jean-Luc Godard tributa un homenaje al novelista, incluyendo en su filme *Made in USA* un personaje llamado David Goodis.

1967 El 7 de enero, fallecimiento de David Loeb Goodis en el Albert Einstein Medical Center de Filadelfia. La editorial Dell reimprime, en *paperback* y con las apariencias de novela erótica, *Cassidy's Girl*; y Banner publica la póstuma

Somebody's Done For (*La víctima*), que también será conocida como *The Raving Beauty*.

1971 Los últimos deseos de David Goodis con respecto a su hermano Herb no han sido respetados; internado en un asilo. Herb huye y muere de desnutrición. Se estrena en Francia *Le Casse*, versión cinematográfica de *The Burglar* (*El furor de la codicia*), con dirección de Henri Verneuil, fotografía en panavision y eastmancolor por Claude Renoir, música de Ennio Morricone, e interpretación de Jean-Paul Belmondo, Omar Sharif, Robert Hossein y Renato Salvatori.

1972 Otra adaptación de Goodis por el cine francés: *La course du lièvre a travers les champs* (*Como liebre acosada*), con dirección de René Clément, guión de Sébastien Japrisot sobre *Black Friday* y un fragmento de *Somebody's Done For*, música de Francis Lai, e interpretación de Robert Ryan, Aldo Ray, Jean-Louis Trintignant. La administración de la herencia de Goodis pacta con los demandados en el pleito de resultas de *The Fugitive* y obtiene en compensación 12.000 dólares cuando, en un principio, se había reclamado medio millón; de alguna forma se reconoce que la serie televisiva, tal como pretendía Goodis, se había inspirado abusivamente en *Dark Passage*. Pero, entretanto, Japrisot redacta una novelización del libreto para *La course du lièvre a travers les champs* y la publica, pretendiendo públicamente que tal obra debe poco a Goodis.

1980 El décimo número de la revista especializada *Polar* (marzo), dirigida en París por François Guerif, dedica un dossier a David Goodis.

1982 Jean-Jacques Beineix rueda en Francia *La lune dans le caniveau* (*La luna sobre el asfalto*) con Gerard Depardieu, Nastassia Kinski y Victoria Abril; es una versión de *The Moon in the Gutter*.

1983 Versión francesa de *Street of de Lost: Rue Barbare* (*El más salvaje entre todos*), con dirección de Gilles Behat e interpretación de Bernard Giraudeau y Christine Boisson. Zomba Books edita en Londres un ómnibus con cuatro novelas de Goodis, *Nightfall*, *Down There*, *Dark Passage*, y *The Moon in the Gutter*.

1984 Éditions du Seuil, de París, presenta en febrero el primer libro sobre el novelista: *Goodis - La vie en noir et blanc*, biografía escrita por Philippe Garnier tras una intensa y amplia labor de investigación en las ciudades donde vivió el autor objeto del análisis. Es hasta hoy la principal fuente de datos sobre David Goodis.

1989 Estreno en París del filme francés de Samuel Fuller, con Keith Carradine, Valentina Vargas y Andrea Ferreol al frente del reparto, que conserva el título original de la novela adaptada, *Street of No Return* (*Calle sin retorno*), y añade el de *Sans espoir de retour*.

NOTA: En el segundo número de la colección ***BLACK***, integrado por la novela de Goodis *Fuego en la carne* (*Fire in the Flesh*), la sección *Documentos* ***BLACK*** está compuesta por un microdiccionario sobre este novelista.

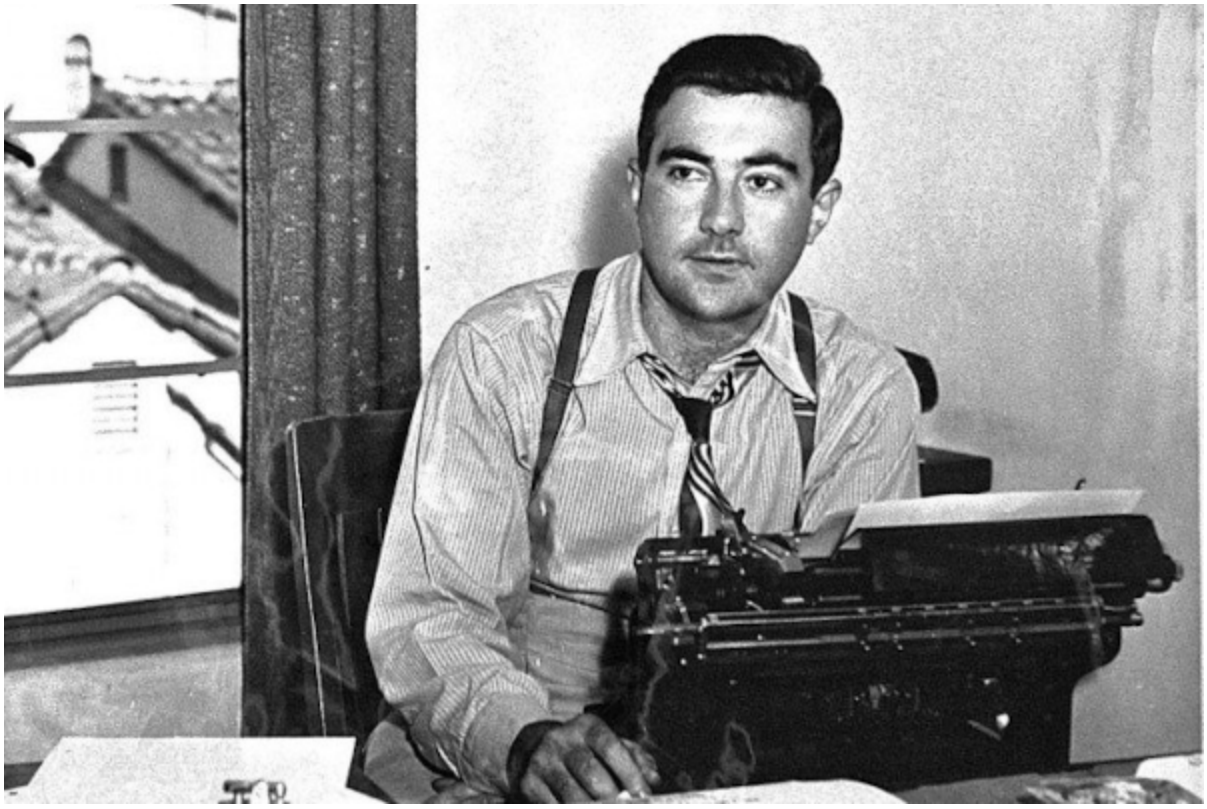
OceanofPDF.com

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *El hombre frío* (William R. Burnett)
2. *Fuego en la carne* (David Goodis)
3. *La mujer del pelirrojo* (Bill Ballinger)
4. *Son ladrones como nosotros* (Edward Anderson)
5. *La educación de Patrick Silver* (Jerome Charyn)
6. *La viva imagen* (Fredric Brown)
7. *La viña de Salomón* (Jonathan Latimer)
8. *Ligeramente escarlata* (James M. Cain)
9. *Romelle* (William R. Burnett)
10. *Johnny el guapo* (John Godey)
11. *El asesinato como diversión* (Fredric Brown)
12. *La calle de los perdidos* (David Goodis)
13. *Telaraña para matar* (Harry Whittington)
14. *Atraco perfecto* (Lionel White)
15. *En bruto* (Jim Thompson)
16. *El gorrión caído* (Dorothy B. Hughes)
17. *El último refugio* (William R. Burnett)
18. *Noche salvaje* (Jim Thompson)
19. *Plenilunio sangriento* (Fredric Brown)
20. *Persecución en la noche* (Dorothy B. Hughes)
21. *El odiado* (Don Tracy)
22. *El hijo de la ira* (Jim Thompson)

23. *El abrazo de la muerte* (Don Tracy)

OceanofPDF.com



DAVID GOODIS (Filadelfia, Pensilvania, Estados Unidos, 2 de marzo de 1917 – 7 de enero de 1967). Cursó un año en la Universidad de Indiana; entre 1937 y 1938 estudió en la Universidad de Temple, donde finalmente se graduó en 1938 en periodismo. Empezó a trabajar en agencias de publicidad para ganarse la vida.

Escribió su primera novela mientras se ganaba la vida como empleado de una agencia de publicidad. Una vez publicada, el flamante autor se instaló en Nueva York y, escondido tras varios seudónimos, empezó a sumar experiencia como colaborador de revistas *pulp*. Su oportunidad llegó en 1946 cuando su novela *Dark Passage* se publicó por capítulos en la revista *The Saturday Evening Post*, editada por Julian Messner. Pocos meses después Warner Bros la adaptó al cine de la mano del director Delmer Daves, con Humphrey Bogart y Lauren Bacall como actores principales. Actualmente es considerada uno de los clásicos en el género del cine negro.

Al llegar a Hollywood, firmó un contrato de seis años con Warner Bros, donde escribió el guion de *The Unfaithful*, una reedición de *The Letter de Somerset Maugham*. Algunos de sus guiones nunca llegaron a ser producidos, como *Of Missing Persons* o una adaptación de *The Lady in the Lake* de Raymond Chandler.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Español en el original. <<

[2] Habitantes de la Calle Ruxton. <<

OceanofPDF.com